
Una noche de bodas muy canalla
JAINE DIAMOND

UNA NOCHE DE BODAS MUY CANALLA

DIRTY: CHICOS MALOS DEL ROCK

JAINE DIAMOND

DREAM WARP PUBLISHING Ltd.

Título original: A Dirty Wedding Night
Copyright © 2018 Jaine Diamond

Primera edición en español 2026

Todos los derechos reservados.

Ninguna parte de esta publicación puede reproducirse, distribuirse, almacenarse en un sistema de recuperación ni transmitirse de ninguna forma ni por ningún medio, ya sea electrónico, mecánico, por fotocopia, grabación u otros, sin la autorización previa por escrito de la editorial, salvo breves citas en reseñas literarias.

Esta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, organizaciones, lugares, acontecimientos e incidentes son producto de la imaginación de la autora o se utilizan de manera ficticia. Cualquier parecido con personas reales, vivas o fallecidas, o con hechos reales, es involuntario y fruto de la casualidad.

ASIN: B0GX2XWVVQ

Publicado por DreamWarp Publishing Ltd.
www.jainediamond.com

Diseño de cubierta de Jaine Diamond / DreamWarp Publishing Ltd.
Fotografía de cubierta por 4PM Production

Para cada lector que quiso más…

ÍNDICE

Playlist
Nota de la autora

A Dirty Vow
- Nota de la autora
1. Jesse
2. Jesse
3. Katie
4. Jesse

A Dirty Secret
- Nota de la autora
1. Maggie
2. Maggie
3. Zane
4. Zane

A Dirty Lie
- Nota de la autora
1. Roni
2. Roni
3. Jude
4. Roni

A Dirty Deal
- Nota de la autora
1. Ash
2. Elle
3. Ash
4. Elle

Libros de Jaine Diamond
Agradecimientos
Avance de Tan canalla como Seth
Sobre la autora

PLAYLIST

Encontrarás los enlaces a las playlists en Spotify y Apple Music aquí.

A Dirty Vow
Every Little Thing She Does Is Magic — The Police
No Diggity — Chet Faker
Everlasting Light — The Black Keys
A Sky Full of Stars — Coldplay

A Dirty Secret
Sex Type Thing — Stone Temple Pilots
Animals — Maroon 5
Fireside — Arctic Monkeys
The Trouble with Us — Marcus Marr & Chet Faker

A Dirty Lie
Closer — Nine Inch Nails
Do I Wanna Know? — Arctic Monkeys
Hey Jude — The Beatles
She's Long Gone — The Black Keys

A Dirty Deal
Emotional Rescue — The Rolling Stones
Snap Out of It — Arctic Monkeys
You Used to Hold Me — Calvin Harris
No Good — KALEO

NOTA DE LA AUTORA

En *Tan canalla como Brody* (*Dirty Like Brody)*, asistimos a la boda rockera de Jesse y Katie desde el punto de vista de Brody (el *manager* de Dirty de toda la vida) y Jessa (la hermana de Jesse y antigua compositora de Dirty).

Este libro, *Una noche de bodas muy canalla (A Dirty Wedding Night)*, es una colección de cuatro historias sobre lo que ocurre entre Jesse y Katie en su noche de bodas… ¡y sobre otras tres parejas que se lían en secreto esa misma noche!

Las cuatro historias de *Una noche de bodas muy canalla* están en cierto modo entrelazadas y pensadas para leerse en orden.

Con cariño desde la preciosa costa oeste de Canadá,
Jaine

A DIRTY VOW

NOTA DE LA AUTORA

La historia de amor de Jesse y Katie comienza en *Tan canalla como yo (Dirty Like Me)*, y en ese libro consiguen su final feliz… aunque en realidad no es un final. Es solo el comienzo de su vida juntos.

En *Tan canalla como Brody (Dirty Like Brody)*, asistimos a la boda rockera de Jesse y Katie en un lujoso resort aislado llamado Cathedral Cove, en la costa canadiense del Pacífico.

En ese libro, la noche de bodas de Jesse y Katie —*después* del banquete— termina con la banda de Jesse, Dirty, tomando unas copas e improvisando una *jam* musical con unos cuantos amigos íntimos alrededor de una hoguera al aire libre. Vivimos la *jam*, que se alarga hasta altas horas de la madrugada, desde el punto de vista del *manager* de la banda, Brody.

Cuando la *jam* por fin llega a su fin y algunos de los que quedan deciden darse un baño improvisado en cueros en las gélidas aguas de la cala, Jesse y Katie han desaparecido. Obviamente, los recién casados se han ido a su lujosa cabaña para celebrar la noche de bodas con sexo, ¿verdad?

En esta historia, vemos la dinámica de relaciones alrededor de la hoguera desde el punto de vista de Jesse. Después… descubrimos qué pasa cuando Jesse y Katie por fin pueden celebrar su noche de bodas a solas.

¿O quizá no tan a solas…?

Aunque en el libro de Jesse y Katie, *Tan canalla como yo*, hay sexo de sobra, en realidad no hay ninguna escena de sexo desde el

punto de vista de Jesse. En *A Dirty Vow*, lo tenemos, y mucho más.

Así que, para todos los que habéis pedido MÁS de Jesse y Katie, incluso después de conseguir su final feliz (¡y gracias por eso!)… esta va por vosotros, con cariño.

— Jaine

CAPÍTULO 1

JESSE

EL FUEGO BAÑABA el rostro de Katie con una luz dorada y ondulante. Estaba sentada justo a mi lado y era tan jodidamente guapa, con su piel de porcelana, sus rasgos dulces y su pelo oscuro… se rio de algo que dijo Zane y el estómago me dio un vuelco.

Mariposas. Esa chica me provocaba mariposas de verdad.

Cuando se llevó la copa de champán a los labios, con la mirada perdida en el fuego, vi de refilón la alianza de platino que le había puesto en el dedo esa misma noche; brilló en la oscuridad, reflejando las llamas, y me dio un subidón brutal. Aquella alianza reluciente marcaba a Katie Bloom como casada. Como *mía*.

Y esa mierda me estaba poniendo duro.

Tenía las mejillas y la punta de la nariz sonrosadas; hacía frío, pero ese rubor también podía ser del alcohol. Estaba un poco borracha, sí, pero era una borrachera mona. Se había ido dosificando a lo largo de la noche. Me había encargado yo de eso. Porque a veces, cuando Katie se pasaba de copas, no podía correrse, y eso no iba a colar de ninguna puta manera.

No en nuestra noche de bodas.

No cuando me moría por verla correrse; por *sentirla* correrse.

Varias veces.

Me pilló devorándola con la mirada y sonrió. Sus grandes ojos azul verdoso se abrieron de par en par a la luz del fuego, y esa

expresión dulcemente sorprendida me fue directa a la polla. Como siempre.

No ayudaba precisamente que no me hubiese dejado follármela en dos largos y dolorosos días.

Guárdatelo para la noche de bodas, me había dicho, apartando mis manos errantes cuando llegamos aquí, al resort, la mañana del ensayo de la boda. *Será mejor si esperamos.*

Lo cual sonó muy bonito en su momento. Romántico. Caliente.

Pero eso fue ayer. Antes de que se dedicara a bailar conmigo, a flirtear conmigo, a morrearse conmigo en su despedida de soltera —con una parte de arriba de bikini finísima y unos shorts vaqueros minúsculos— y luego me mandara a dormir a una cama separada.

Hoy volvió a bailar conmigo, flirteó conmigo un poco más, se casó conmigo con un vestido que me dejó con la boca abierta y, en el banquete, me dejó quitarle el liguero con la lengua. Sin darle a mi polla dolorida *ni una sola* pajita de consolación.

Si llego a saber que con «noche de bodas» se refería en realidad a casi el amanecer del día siguiente, me la habría tirado hasta dejarla sin sentido a cada paso del camino.

Porque que le jodan a esperar.

Le sostuve la mirada mientras bebía de mi cerveza, con la lengua jugueteando distraídamente con el cuello de la botella, pensando en todo lo que iba a hacerle en cuanto la tuviera a solas… hasta que su sonrisa se derritió en otra cosa, y sus dientes atraparon ese labio inferior carnoso.

Entonces mi mirada se deslizó deliberadamente hacia abajo… hasta el asomo de escote y ese tentador hueco entre sus pechos, al descubierto por la cremallera medio bajada de su plumas… hasta sus piernas curvas y sexys, cruzadas, enfundadas en unos vaqueros ajustados… hasta sus botas peludas. Eran nuevas, y todavía no me la había tirado con ellas puestas.

Iba a tener que remediarlo. Pronto.

—Hostia puta. Deja de devorar a la novia con los ojos y ve a hacerlo de una vez.

Miré a Zane, mi vocalista y uno de mis padrinos de boda. Tuve que parpadear un par de veces para enfocarle, de lo bizco que

estaba de pura calentura.

Estaba sentado al otro lado de Katie, con una sonrisa sucia y chulesca en la cara. La que solía usar con las mujeres a las que planeaba tirarse. Como me la estaba dedicando a *mí* en ese momento, pretendía cabrearme, y encima tenía el brazo alrededor de mi mujer.

—Ya sabes, ahora estás casado —continuó, con las yemas de los dedos rozando el hombro de Katie—. Ya no es pecado. —El contacto era tan sutil que ella probablemente ni lo notó a través de la chaqueta acolchada. Pero no iba dirigido a ella. Iba dirigido a mí, porque así era como Zane se entretenía cuando mi mujer andaba cerca—. A no ser que estés esperando a que alguien te dé indicaciones…

—Zane, no le provoques —le regañó Katie, pero seguía sonriendo. Le caían bien mis amigos; eso me gustaba. Incluso aguantaba el flirteo de Zane, lo cual era guay y molesto a partes iguales.

—Sí, tío. ¿A qué cojones estás esperando? —añadió Dylan. Mi batería me sonreía ahora con una sonrisota desde el otro lado de la hoguera.

Mal asunto.

Que Zane y Dylan se aliaran contra mí nunca era buena señal. A diferencia de Zane, Dylan rara vez me tocaba los cojones con el tema Katie… lo cual significaba claramente que los recién casados ya estábamos de más junto al fuego.

Lo cual me parecía de puta madre.

Me había sentido un poco obligado a quedarme con los invitados, aunque el banquete había acabado hacía rato, y sabía que Katie sentía lo mismo. Al fin y al cabo, habían venido hasta aquí, horas al norte de la ciudad, en hidroavión, solo para asistir a nuestra boda —en un resort remoto en plena naturaleza que ni siquiera tenía Wi-Fi— pese a que muchos de ellos eran estrellas del rock, o gente que trabajaba con estrellas del rock, y por tanto tenían otras cosas que hacer. Me pareció que lo mínimo que podíamos hacer era tenerlos bien alimentados, con copas y entretenidos.

Aun así; si no conseguía meterle la polla a mi flamante esposa pronto, iba a explotar. Quizá literalmente. Había estado empalmado todo el puto día.

Bueno, no *todo* el día. Pero cada vez que Katie me besaba, o se rozaba contra mí, o me miraba como lo estaba haciendo ahora mismo…

Empalmado a tope.

Me recoloqué un poco dentro de los vaqueros, pensando en el acogedor calor del coño de Katie, resbaladizo, húmedo e hinchado… todo caliente por mí y tan dulce y apretado…

Joder.

Le di un trago a la cerveza para refrescarme.

Hora de largarse de una puta vez.

Un solo problema menor. A saber, que no me hacía gracia dejar a mi hermana pequeña con los lobos.

Solo quedaban unas pocas personas junto al fuego, y mi hermana era una de ellas. Después de que el banquete fuera apagándose y la mayoría de los invitados se largaran a la cama dando tumbos, mi banda, Dirty, y algunos de nuestros amigos más cercanos habíamos salido a la hoguera en uno de los acantilados bajos sobre la cala para hacer una *jam*. Habíamos estado bebiendo y tocando canciones, y había sido increíble. Con mi hermana, Jessa, allí, era como en los viejos tiempos. Como cuando estábamos todos juntos y ella seguía con la banda. Los *mejores* tiempos.

Pero ahora la música se había apagado y todos se habían emparejado más o menos para charlar. Jessa y su amiga Roni estaban acurrucadas juntas, cuchicheando en voz baja con aire conspirativo, lanzando miradas hacia Dylan y su colega, Ash. Ni quería saber de qué iba aquello, aunque estaba bastante seguro de que era por Roni, no por Jessa.

Dylan y Ash bebían y hacían el tonto, como siempre.

Brody, nuestro *manager* y otro de mis padrinos, estaba sentado en silencio al lado de Maggie, nuestra subdirectora, con cara de tenso, igual que durante toda la boda. Al menos, siempre que mi hermana andaba cerca.

Y ahí estaba Zane, con el brazo alrededor de mi mujer y esa infame sonrisa mojabragitas en la cara.

—A no ser, claro, que no estés a la altura. —Hostia; ¿todavía seguía dando la puta chapa? ¿A mí?—. Igual necesitas una siestecita, ¿no? Ha sido un día muy largo, y te estás haciendo viejo. Casi treinta. Y has estado bebiendo… Igual necesitas que alguien te sustituya. Ya sabes, que vaya calentando motores…

—Ese tipo de comentarios no colaban cuando salía con ella —le dije, manteniendo un tono casual. Ni de coña iba a dejar que Zane me jodiera esta noche, y que él fuera un alcohólico recuperado y por tanto estuviera sobrio no significaba que tuviese derecho a ganar un concurso imaginario de pollas. Yo estaba más que capacitado para follarme a mi mujer. Daba igual lo tarde que se hiciera o cuántas cervezas se repartieran; yo también me había dosificado—. Y desde luego no van a colar ahora que me he casado con ella.

Zane se limitó a reírse.

Puto tío.

No veía la hora de que se enamorara. Me lo iba a pasar de puta madre con eso. El tío siempre estaba tocándole los cojones a todo el mundo; se merecía un poco de su propia medicina.

Claro que no iba a contener la respiración esperando a que Zane se pusiera serio con una mujer. Ir de lío en lío era básicamente su razón de vivir.

Ejemplo perfecto: acabábamos de terminar una *jam* con una versión acústica de *Brown Eyed Girl* —idea de Zane. Se la había cantado a mi hermana de ojos marrones como una serenata, en parte probablemente porque estaba contento de que estuviera allí —todos lo estábamos; hacía un montón de putos años que no venía a vernos— pero también en parte para cabrear a Brody. Porque nada disparaba los instintos metomentodo de Zane como un tío que estaba claramente coladito por una chica y, sin embargo, no movía ficha.

—Siento decirlo, pero tiene razón —me dijo Brody en voz baja, para que Zane no le oyera, mientras se sentaba a mi lado; yo observaba al capullo chulesco susurrarle algo a Katie al oído, haciéndola reír—. Volveos a vuestra cabaña y yo me encargo del

resto. Son más de las tres. A este paso, vuestra noche de bodas habrá terminado antes de que la consuméis.

Puede que tuviese razón, pero no me gustaba que me dijeran cuándo, cómo o dónde follarme a mi propia mujer. No era culpa de Brody; simplemente había nacido mandón. Normalmente no me importaba.

—¿Y tú qué? —Arqueé una ceja—. ¿Amanda?

Le dio un trago a su cerveza con cara de funeral.

—Luego.

Lo dudaba.

Brody se había traído a su última «novia» a la boda, pero eso no significaba gran cosa. Nunca significaba nada. Siempre eran perfectamente agradables y perfectamente guapas, con nombres perfectamente agradables como Amanda o Jennifer o Michelle, y siempre se aburría de ellas antes de que aquello empezara siquiera. Las probabilidades de que se acostara con esta esa noche parecían escasas, dado cómo se había comportado con mi hermana todo el día… evitándola a toda costa, y luego mirándola desde lejos como un acosador enamorado.

Mi hermana pequeña era guapísima; eso lo entendía. Hacía que los tíos volvieran la cabeza allá donde fuera, y no solo porque fuera modelo de lencería y lo pareciera. Había algo en ella que a los tíos siempre les había vuelto locos, incluso cuando era una cría torpona; lo había tenido que presenciar toda mi vida. Era esa especie de dulzura torpe que tenía, una especie de magia atrapa-pollas que hacía que los niños la siguieran a casa desde el colegio y convertía a hombres hechos y derechos en idiotas. Hacía que todos —niños y hombres por igual— quisieran plantarse delante de ella, picarla; arrancarle una sonrisa en su dirección para sentirse mejor consigo mismos.

Nadie más que Brody.

No tenía ni idea de lo que había pasado de verdad entre ellos dos, aunque aquello que una vez di por hecho que era una atracción más o menos mutua se había torcido claramente, y ahora ninguno de los dos parecía capaz de ignorar del todo al otro ni de soportarlo.

Miré a mi hermana al otro lado de la hoguera. Jessa me pilló mirando y me lanzó a toda velocidad su infame cara de borde —la que le había ganado el mote de «carademona» entre mis amigos, hacía años, cuando todos estaban coladitos por ella pero no lo admitían delante de mí; era la cara que me ponía de pequeña cuando la cabreaba. Ni siquiera sabía que todavía fuera capaz de poner esa cara, y sin embargo bastaron unas pocas horas cerca de Brody para que ahí estuviera otra vez.

No me encantaba, pero poco podía hacer. No era precisamente un experto en relaciones.

El hecho de que hubiera conseguido llevar a Katie al altar todavía me dejaba flipado.

Miré a Brody. Fingió no ver a Jessa enfurruñada y me clavó una mirada gris.

—Deja de hacerte el puto héroe y llévate a tu mujer a la cama —murmuró.

—Ajá. —Le miré fijamente, calibrando su reacción a mis palabras —. Supongo que alguien debería echar un polvo esta noche.

Ni tocó el tema. Se limitó a dar un trago a su cerveza y hacer como que no me había oído. Pero seguía sin mirar a mi hermana.

—No te preocupes por eso —dijo finalmente, cuando notó que le estaba taladrando con la mirada.

Y me di cuenta de que no tenía por qué preocuparme. No de verdad. Brody era de los buenos. Si alguna vez había tenido reparos con la idea de que alguno de mis amigos se liara con mi hermana —y los tenía—, con Brody no era el caso. Aun así; si no se sacaba la cabeza del culo y dejaba de provocarle esa cara de borde, iba a tener que decirle algo al respecto… en algún momento.

Mi noche de bodas, sin embargo, no era ese momento.

Pero al menos una cosa sabía seguro: Brody no iba a dejar que Zane ni nadie más se pasara con Jessa.

Suspiré.

—Nena —dije, poniéndome de pie y tendiéndole una mano a Katie—. Vámonos.

Katie me dedicó su sonrisa dulce desde abajo, como si llevara toda la noche esperando esas palabras. Cogió mi mano y tiré de ella

para ponerla en pie. Se chocó contra mí, sus tetas aplastándose contra mi pecho, justo como yo quería.

La rodeé con los brazos por la cintura y me incliné para darle un beso. Fue suave y lento, y nos ganó una oleada de aullidos y gruñidos de los tíos.

Así que quizá estaba faroleando. Un poco.

Luego hicimos la ronda obligatoria de abrazos de buenas noches, besos y palmadas en la espalda. Nos felicitaron, otra vez. Después cogí a mi flamante esposa y me la eché al hombro, pese a sus tibias protestas, y por fin nos largamos de allí de una puta vez.

—¡No volváis hasta que te haya desvirgado! —nos gritó Zane mientras desaparecíamos en la oscuridad de los árboles.

—¡Sé blanda con él, Katie! —añadió Dylan—. ¡Es nuevo en esto!

Y entonces mis amigos se echaron a reír, lo cual era comprensible. Estaban, al fin y al cabo, celosos.

No podía culparles por eso.

CAPÍTULO 2

JESSE

—ME VOY A MORIR si no me meto entre tus piernas…

Ni siquiera llegamos a nuestra cabaña.

Tenía a Katie contra la barandilla de la pasarela de madera que serpenteaba entre los árboles centenarios. Oía las olas de la cala rompiendo contra las rocas en algún punto debajo de nosotros. Le había bajado los vaqueros hasta las rodillas y le estaba besando el pecho, abriéndole la cremallera de la chaqueta mientras iba descendiendo. Rápido. Luego le subí el jersey de un tirón y fui besándole el estómago hacia abajo.

Jadeó y resopló en respuesta, arañándome el cuello.

—Jesse… ¿y si viene alguien?

—No va a venir nadie.

Probablemente era cierto. Estábamos en un tramo de la pasarela entre la hoguera y la cabaña más grande, la nuestra, y nadie tenía motivos para pasar por aquí. Aparte de quizá mi mejor amigo, Jude, mi padrino y jefe de seguridad de Dirty, que andaba merodeando por algún sitio, siempre vigilante. Como si algún paparazzo chalado fuera a tirarse en paracaídas sobre este resort remoto en la costa del Pacífico, en la punta de Vancouver Island, en plena noche.

Bueno, era posible.

—Estamos solos —le dije mientras me ponía de rodillas y, bajándole las bragas blancas de un tirón, le metí la lengua entre las piernas.

—Oh… Jesse… —gimoteó Katie, expectante. Me agarró el pelo a puñados como si fueran riendas, como si pudiera frenarme, pero y una mierda. Yo me zambullía de cabeza…

—Oh… *mierda*.

Elle. Conocía esa voz, pero no me cuadraba del todo.

Mi lengua se congeló a un suspiro del clítoris de Katie.

Elle. La bajista de Dirty, y mi exnovia.

—¡Oh… Perdón!

Esa era Katie. Mi mujer, intentando taparse frenéticamente, sin puto éxito, ya que sus vaqueros pitillo estaban por las rodillas, enredados con las bragas.

Me levanté para cubrirla y me giré.

Elle estaba ahí, a mitad de las escaleras que subían a la terraza perimetral de nuestra cabaña. Estaba bastante oscuro, pero era ella, sin duda. Su pelo rubio platino era imposible de pasar por alto.

Puede que no hubiese visto nada del todo… pero toda aquella piel cremosa y pálida de Katie bajo la luz de la luna probablemente también era difícil de pasar por alto, incluso casi a oscuras. Y, de todas formas, Elle no era idiota.

—Estaba en el mirador —dijo, señalando por encima del hombro.

Claro… La pasarela continuaba al otro lado de nuestra cabaña, trepando por los acantilados hasta un mirador sobre la cala. Casi se me había olvidado mientras intentaba meterle la lengua en el coño a Katie.

—Bonito ahí arriba —añadió Elle, incómoda.

—Bonito —asentí. La sangre no me estaba llegando exactamente al cerebro.

—Voy a… solo tengo que pasar. Para ir a mi cabaña…

—Adelante —dijo Katie, agarrada a mí y asomándose por detrás de mi hombro—. Eh… espero que hayas pasado buena noche.

Estaba oscuro, pero vi la mirada de Elle pasar de mi cara a la de Katie.

—Sí —dijo tras un momento. Luego bajó las escaleras y pasó de largo. Desapareció en la oscuridad, sin dedicarnos otra mirada.

Katie me pegó en el brazo.

—¿«Bonito»? ¿Eso es todo lo que se te ocurre?

Me giré hacia ella.

—¿«Espero que hayas pasado buena noche»?

—Bueno, lo espero de verdad.

—Katie. Se mire como se mire, joder, nuestra boda no ha sido agradable para ella.

—¡Ya lo sé!

—Nena. —La cogí de la cintura desnuda y suavicé la voz—. No te preocupes por eso. —Pero ya lo veía. Para Katie, el momento se había jodido.

—Igual no deberíamos…

—¿No deberíamos? Ni de coña. Ni de puta coña. —La agarré del cuello y la atraje hacia mí, apoyando mi frente contra la suya—. No vas a pisarme el freno en nuestra noche de bodas. Para empezar, estoy bastante seguro de que es ilegal.

—¿Qué?

—Tenemos que consumar el matrimonio o no es válido, ¿no?

Se soltó de mí y se apartó.

—No lo sé. ¿Eso es verdad siquiera?

—¿Qué más da? Vamos a follar. —Le cogí el brazo y tiré de ella hacia las escaleras, pero se resistió.

—Jesse… no seas tan frío.

—No estoy frío, créeme. Estoy ardiendo.

Cuando se plantó, me giré y la cogí en brazos. Me la eché al hombro otra vez, con los pantalones aún bajados.

—¡Jesse! Bájame.

No la bajé. La llevé hacia las escaleras, tanteando la barandilla casi a oscuras.

Ella me daba manotazos en el culo.

—¿En serio estamos discutiendo en nuestra noche de bodas?

La dejé en las escaleras y me coloqué encima de ella, mirándola fijamente a los ojos.

—¿Vas a sentirte culpable cada vez que la veas, solo porque somos felices?

—¿Tú no? —Sus grandes ojos azul verdoso parpadearon mirándome y me ablandé, suspirando. Ella también suspiró—. Vale. Lo trabajaré —susurró.

—Yo también. —Le besé el cuello.

—¿Vas a trabajar en sentirte culpable?

—Voy a trabajar en ser más compasivo. Es difícil, ¿sabes? La mayor parte del tiempo estoy demasiado pillado con lo feliz que soy como para que me importe una mierda nadie más. —Mis manos se deslizaron bajo su culo desnudo y apretaron, atrayéndola contra mí. Restregué mi polla dura contra ella para darle énfasis.

—Eso ni siquiera es verdad —dijo ella—. Sé que te importa la gente. Si no fuera así, me habrías sacado de allí como un cavernícola en cuanto dijimos los votos.

—Casi lo hice.

Mis labios encontraron los suyos y la besé, suave, hambriento, con la urgencia creciendo al sentir su lengua bailar tímidamente contra la mía. Se estaba conteniendo.

Me aparté.

—Katie, sé que tienes sentimientos muy grandes. Sientes cosas por Elle. Eso es parte de lo que me encanta de ti. Pero ¿podrías ahora mismo poner lo que sientes por mí y por mi polla por delante de esos otros sentimientos? Estamos sufriendo bastante por aquí.

Le cogí la mano y se la froté contra el paquete para darle énfasis. Joder, qué bien sentó… y qué tortura. Los vaqueros me apretaban de cojones, y eran de corte holgado. No recordaba la última vez que había pasado dos días sin correrme.

Desde antes de conocer a Katie, seguro.

—¿Estás sufriendo? —preguntó, poniendo ojitos. Medio en broma, medio compadeciéndose.

—Joder, sí. Quiero enrollarme con mi mujer.

Sonrió.

—Vale —dijo en voz baja—. Vamos a enrollarnos.

Tenía a Katie tumbada boca arriba en las escaleras que subían a nuestra cabaña, gimiendo, con mi cara entre sus piernas y mi lengua en su coño, cuando lo oí.

—Hostia, buscaos una habitación.

Katie saltó; en realidad, soltó un grito de la hostia.

Me giré y encontré una figura grande y morena —mi mejor amigo— asomándose en la pasarela, con una puta sonrisota chulesca y creída de cojones.

Me di la vuelta y me senté, tapando a Katie otra vez. Ella se hizo una bola avergonzada detrás de mí.

—¿Sabéis que la suite nupcial está como a tres metros en esa dirección? —dijo Jude arrastrando las palabras, señalando escaleras arriba.

—Sí —dije, con mi mejor tono de *vete-a-tomar-por-culo*—. Somos conscientes. ¿Qué te trae por aquí?

—Haciendo la ronda. He pensado que mejor me hacía notar al veros ahí. Si no, igual no digo nada, me escabullo sin más, pero Katie abre los ojos en el último momento y me ve, y piensa que me estoy largando como un pervertido.

—Claro. Bueno, se agradece. —Y era verdad—. Ahora lárgate.

Jude se rio. Luego le dedicó un saludo con un sombrero imaginario a mi mujer.

—Buenas noches, preciosa. —Se dio la vuelta y se fue hacia la oscuridad.

—¡Buenas noches, Jude! —le gritó Katie con dulzura. Cuando se hubo ido, me pegó en el hombro—. Dios mío. ¡Sácame de aquí!

Sonreí un poco.

—¿Te da vergüenza, nena?

—¡Sí! ¡Méteme dentro antes de que todos los putos miembros de tu séquito te vean comiéndome el coño!

—¿Séquito? No sabía que tuviera un séquito…

—Ya sabes. Tu séquito de estrella del rock.

—Creo que se le llama *entourage*.

—Da igual. No necesitan verte con la cara entre mis piernas. Vámonos.

Intentaba subir las escaleras con los pantalones bajados y subírselos a la vez. Me lancé a por ella y la cogí en brazos. Crucé con ella el umbral de nuestra enorme cabaña de lujo, en plan recién casados.

Luego la tumbé sobre la mesa del comedor.

Parecía una ofrenda a algún dios primitivo del amor, desparramada ahí toda revuelta y sexy sobre ese gran tablón de madera, con los pantalones por las rodillas. Una gigantesca lámpara de araña de tres niveles hecha de cuernas de ciervo brillaba sobre ella, salpicándola de luz.

—¿Qué? —preguntó, un poco sin aliento.

—Solo quiero recordar este momento —dije, admirándola.

—Pues recuérdalo después como el momento en que echaste un polvo. —Se estiró para manotearme, enganchando un pasador del cinturón y atrayéndome—. No me hagas esperar más.

—¿Yo? Tú eres la que nos ha infligido a los dos esta puta tortura de esperar.

—Da igual —dijo, trepando por mi camisa y quitándome la chaqueta—. Pues castígame.

Antes de que pudiera besarme, la agarré de las caderas y le di la vuelta, tirando de ella hacia el borde de la mesa. La puse de pie frente a mí y la doblé hacia delante, empujándole el pecho contra la mesa. Le bajé los vaqueros todo lo que daban, apelmazándolos contra las botas. Luego me arrodillé y terminé lo que había empezado, comiéndoselo desde atrás. Solo el coño de Katie y mi cara…

Sin más interrupciones.

Joder.

Ese sabor dulce, ligeramente almizclado, embriagador… El sexo de Katie. Era un puto adicto total. Se lo comí con pasión, con ganas de revancha, con una puta furia. Le trabajé el clítoris con la lengua, se lo chupé, hasta llevarla justo al borde.

—Dilo —le ordené mientras se corría, sin dejar de comérselo—. Dime que me quieres.

—Ah… Jesse… Te quiero con locura…

—Joder, sí —murmuré, follándomela con la lengua mientras temblaba y se estremecía.

Cuando no quedó nada de ella más que un charco jadeante sobre la mesa, me levanté y la giré hacia mí, atrayéndola a mis brazos mientras se desplomaba contra mi cuerpo. Luego la besé, fuerte y bien.

—Ven. —La cogí y me la eché al hombro por última vez, haciéndola chillar.

—¿No vamos a follar? —protestó, sonando aturdida y confusa mientras la llevaba escaleras arriba al altillo: el dormitorio principal.

—Todavía no —dije.

—Dios… qué insatisfactorio ha sido eso.

Me reí mientras la tiraba sobre la cama king size.

Me quité las botas a patadas y me arranqué los calcetines. Me desabroché el cinturón y me bajé la cremallera de los vaqueros, pelándolos hacia abajo, liberando la polla, pesada y gruesa de necesidad. Dejando que la mirara. Se le oscurecieron los ojos y se pasó su lengüecita rosa por el labio.

—No te preocupes. Tengo algo para satisfacerte…

Me quité los vaqueros, y Katie se quitó la chaqueta y el jersey. Apenas me había sacado la camisa por la cabeza y ya estaba encima de ella, desnudo. Abriéndome paso entre sus piernas. Los vaqueros y las botas se quedaron puestos. Aún llevaba una camiseta de tirantes, pero le subí esa mierda. Le subí el sujetador con ella, dejando que sus tetas saltaran libres.

—¡Ay! —dijo—. El aro…

—Aguántate.

Y entonces estaba por todas partes, la cara hundida en sus tetas, la mano entre sus piernas, el dedo en su clítoris.

Me dio un manotazo en el culo, pero gimió cuando la acaricié. Suave y rápido… solo para asegurarme de que seguía conmigo. Su coño estaba empapado y resbaladizo —de su excitación, de su orgasmo, de mi saliva. Le chupé un pezón, metiéndomelo en la boca, y le abrí los muslos de par en par. Luego la penetré, mi polla como un misil teledirigido, preprogramado para dar en el blanco. No tenía que pensar. Solo tenía que follar. Tenía que follár*mela*, con esas botas peludas clavándoseme en el culo.

Enterrarme en Katie.

No fue romántico.

Fue frenético.

Fue hambriento y fue un desastre y fue rápido. Le mordí el labio. Ella me pellizcó los huevos con las uñas mientras nos agarrábamos y

nos manoseábamos.

Dolió un poco.

Acabó medio encima, maniatada a mí por los vaqueros, y luego debajo otra vez. Me la follé más fuerte de lo que había intentado follármela jamás. En un momento, susurré: «¿Esto está bien?», ella asintió y seguí a lo mío. Pero en realidad nunca paré.

Sí, susurró ella, una vez.

Dos.

Síííí…

Hizo sonidos que nunca le había oído hacer. Sílabas cortadas que se suponía que eran palabras, jadeos roncos y a medio formar, desgarrados de deseo. Su voz se hizo jirones en la penumbra.

—Jesse, no pares —me suplicó mientras la embestía, cuando supo que estaba cerca. Conocía todas las señales. Lo oía en mi respiración. Lo sentía en mi polla, como un poste de acero, rígida dentro de ella. Hinchada… los huevos tirantes. Un gatillo sensible pidiendo a gritos liberarse mientras la penetraba. Pero yo tenía control. Podía aguantar.

No quería.

Estaba total y jodidamente borracho de sexo.

Estaba borracho de Katie.

Y quería ahogarme en ello.

—No voy a parar —conseguí decir—. Hasta que explote. ¿Vas a ganarme…?

Mi pregunta quedó flotando entre nosotros como una provocación. Como un juego.

Ya estaba cerca. Su cuerpo se tensaba a mi alrededor, apretando, enroscándose… succionándome…

—Eres increíble —susurró, los párpados aleteando mientras la besaba, y entonces suspiró. Empujé hacia arriba dentro de ella. Restregué la pelvis contra la suya.

Se le cortó la respiración.

Y entonces se corrió.

La cabalgué, fuerte, precipitándonos juntos, los dos desmoronándonos.

Sus uñas se hundían medio centímetro en mi carne.

Su bota peluda se me metía por el culo.

Y me reí un poco.

Porque eso es lo que haces cuando estás borracho de éxtasis y la mujer de tus sueños te tiene entre sus brazos, envuelto entre sus muslos húmedos… perdido dentro de su cuerpo. Cuando te bebe entero.

Me derrumbé ahí entre sus brazos, resollando, intentando recuperar el aliento, y me reí.

—¿De qué te ríes? —jadeó después de un rato.

—De nada —dije con un suspiro—. Por eso me río.

CAPÍTULO 3

KATIE

ME QUEDÉ MIRANDO el culo musculoso de mi marido mientras se agachaba, rebuscando algo en el bolsillo de los vaqueros que había tirado en el suelo junto a la cama.

Marido.

Madre mía… cómo sonaba eso.

Jesse Mayes era mi marido.

Mi marido era Jesse Mayes… ojos marrones, estrella del rock con un par… y el hombre más guapo que había conocido en mi vida, por dentro y por fuera.

Simplemente… *madre mía*.

Me pilló mirándole el culo y sonrió, todo chulería y sex appeal.

Luego me arrancó la ropa que me quedaba y se dejó caer en la cama a mi lado.

Los dos nos pusimos boca abajo, desnudos y juntos, tan pegados que su calor me irradiaba. El vello de su muslo me hacía cosquillas. En realidad picaba un poco, porque estaba toda sudada. Pero estaba deliciosamente agotada, con el pulso aún palpitando, y me daba pereza apartarme.

Así que suspiré y me relajé, con la cara aplastada contra la almohada. Olía a aire fresco del norte, a cabaña de lujo de cedro y a Jesse.

Estaba apoyado en los codos, y le observé desdoblar un trocito de papel.

—¿Qué es eso?

—Un regalito de noche de bodas. —Sus ojos oscuros como miel derretida encontraron los míos—. Te he escrito unos votos.

Sonreí como una boba enamorada, sin poder evitarlo.

—Eso ya lo hemos hecho. ¿Te acuerdas? Todo eso de «siempre te amaré y te honraré».

—Ya, pero esto es lo realmente importante. Votos privados. Demasiado importantes para compartirlos delante de todos esos putos mirones.

Me reí.

—¿Como qué?

—Como… —Sus ojos marrones me atravesaron, pura pasión sincera—. Siempre te pondré a ti por delante. Da igual lo que pase con la banda o con cualquier otra cosa, si me necesitas, aquí estoy.

Me incorporé y le besé.

—Eso ya lo sé, Jesse.

Y era verdad.

Jesse llevaba con Dirty desde que eran poco más que críos. Diez años. Y a algunos miembros de la banda y del equipo los conocía desde hacía aún más. Eran sus amigos *y* su familia.

Pero yo era ahora su mujer, y sabía lo que eso significaba para él.

—Necesitaba decirlo de todas formas —murmuró contra mis labios.

—Lo entiendo. Y no me importa compartirte —le dije—. Con Jessa. Quiero decir… sé que eres todo lo que tiene.

Sabía que la hermana de Jesse, aunque tan guapa, exitosa y aparentemente centrada por fuera, estaba sola. Le rezumaba esa soledad. Nunca había estado tan segura de ello como cuando apareció en nuestra boda, tan feliz por nosotros, y tan absolutamente perdida respecto a dónde encajaba ella.

—Si te necesita —dije—, jamás se lo reprocharía.

Lo decía en serio. Yo tenía toda una familia a la que recurrir si necesitaba apoyo; Jessa no. Tenía a Jesse, y le había tenido mucho antes de que yo apareciera. Me había prometido a mí misma, cuando acepté casarme con él, que nunca me interpondría en esa relación. ¿Cómo iba a hacerlo? Era un vínculo que se había forjado

cuando Jessa nació y Jesse solo tenía cuatro años; cuando él le puso nombre, inspirándose en el suyo.

—Joder, cómo te quiero —dijo. Y me besó otra vez. Fue lento y caliente, y me abrí para él, recibiéndole a fondo.

Cuando se apartó, tenía las pupilas dilatadas. Se lamió el labio y soltó un pequeño gemido. Sonreí.

Luego volvió a su papelito.

—Ahora deja de distraerme. Me quedan más votos por leer.

Le aparté un ricito de pelo oscuro de la cara mientras hablaba, luego recorrí con las yemas de los dedos su hombro y bajé por su espalda, arañándole suavemente con las uñas, haciéndole estremecerse. No tenía ninguna intención de dejarlo; distraer a Jesse era uno de mis pasatiempos favoritos.

—Siempre me aseguraré de que tengas un sitio donde hacer tu arte. O lo que sea que quieras hacer.

—Qué bonito —dije. Y lo era. Sobre todo cuando ya me había regalado un estudio de arte increíble donde podía pintar, y además me había dejado montar un segundo estudio más pequeño en el solárium de su casa. *Nuestra* casa.

—Siempre escucharé tus problemas —dijo—, y te sujetaré el pelo cuando vomites, y tendré paciencia con tus cambios de humor. —Me miró de reojo—. Incluso cuando tengas la regla y te pongas llorona.

—Increíble —dije, con una adoración medio fingida—. Qué caballero, cielo.

—Gracias. Lo intento.

—Entonces, ¿eso significa que comerás helado conmigo y me escucharás quejarme de los retortijones? ¿Y no me juzgarás cuando llore con los anuncios monos de comida para cachorros?

Vi los engranajes girando en su cabeza mientras buscaba una salida.

—Siempre llamaré a alguien para que haga lo que a mí no me apetezca, así se hará igualmente —dijo con cuidado.

Intenté echar un vistazo a su papel, pero lo puso fuera de mi alcance.

—¡Eso ni siquiera está ahí escrito!

—¿Y? Lo digo en serio, nena. Tienes el síndrome premenstrual, llamo a Devi en un segundo.

—Vale. Eso es justo. —Mi mejor amiga sería mucho más empática en esas circunstancias, de todas formas.

—Prometo hacer que te corras casi todos los días…

—¿¡Casi!? —Le hice cosquillas en ese huequecito sensible de la base de la columna, haciéndole dar un respingo. Se le puso la carne de gallina.

Se le oscurecieron los ojos mientras me miraba desde arriba.

—No puedo dejar que te acostumbres demasiado a esa mierda y lo des por sentado. Te volverás vaga.

—Qué halagador, cariño —dije con alegría.

—Además… —Se inclinó y me besó la sien, con los labios demorándose—. Los dos sabemos que normalmente te corres más de una vez cuando follamos. Así que a la larga vas con superávit.

—Me gustan esas cuentas.

Fue besándome por la mejilla hacia la boca.

—Prometo mantenerte abastecida con un suministro de tangas para toda la vida… esos de encaje hechos de hilo dental caro…

—Puaj. —Me metió la lengua en la boca, y durante un buen rato me perdí en su beso. Cuando se apartó y sonrió, dejándome un poco sin aliento, le acusé—: Ese voto es para ti, no para mí. Esas cosas son asquerosas. Se me meten por el culo.

—Ya, pero tienes un culo de infarto. —Repasó su papel, quizá buscando algo para compensar—. ¿Prometo contratarte un entrenador personal si empiezas a engordar?

Le pellizqué la nalga. Fuerte.

—¡Penoso! Y motivo de divorcio. —Sonrió con una sonrisa perversa, haciéndome dudar de si eso estaba siquiera escrito—. A no ser que sea idea mía. Si no, engordaré lo que me dé la gana.

Entornó los párpados y me dedicó el mismo descarado devorar-con-la-mirada que me había lanzado la primera vez que nos conocimos… e incontables veces desde entonces.

—Prometo tirármete aunque engordes.

—Bueno, gracias. Supongo.

—Eso ni estaba escrito. He improvisado.

Le apreté el culo y le regalé una sonrisa exageradamente dulce.

—Y yo prometo tirár*mete*, aunque engordes *y* te quedes calvo.

—Ohhh. No me hagas llorar. —Puso los ojos un poco vidriosos, y como siempre, no sabía si estaba fingiendo o no. El hombre era un artista nato—. Prometo recoger la mierda de Max aunque no quiera.

Sonreí ante eso; una sonrisa de verdad.

—Bueno, Max y yo te damos las gracias. —Una cosa que Jesse sabía: el camino directo a mi corazón pasaba sin duda por mi perro. Le tracé circulitos distraídamente en el culo—. Sabes —reflexioné—, si él no te hubiese aprobado, probablemente no me habría casado contigo…

Arqueó una ceja escéptica.

—Prometo probar cualquier cosa que quieras en la cama al menos una vez.

—¿Cualquier cosa…? —Mis dedos se arrastraron hacia la raya del culo.

—Cualquier cosa. —Me apartó la mano de un manotazo—. No abuses. Ah, este es clave. Prometo que si te aburres de mí —dijo con solemnidad— me haré más interesante.

Me reí con ganas.

—Eso es… joder. Ni sé qué decir a eso. ¿Gracias?

—De nada.

Mi mano había vuelto a encontrar el camino a su culo, y la punta de mi dedo se coló otra vez entre sus nalgas. Es que me encantaba hacerle retorcerse…

—Prometo no tirarme pedos en la cama a no ser que de verdad, de verdad no me quede otra —dijo, con cara seria.

Retiré la mano de golpe.

—Qué asco.

—¿Qué? Así de mucho te respeto. —Se inclinó y me dio un beso rápido y suave que no le devolví.

—Vale… ¿Entonces me seguirás respetando si yo tengo que hacerlo?

—No permitido.

—¿Qué?

—Motivo de ruptura.

Me reí, empujándole.

—¿Y qué se supone que haga? ¿Y si estoy enferma o algo?

—Te arrastras hasta el baño y cierras la puerta.

—Eres un cerdo.

Me besó otra vez, con sus labios demorándose, sugerentes, sobre los míos mientras su lengua jugueteaba con la piel sensible del interior de mi labio superior.

—Tú te has casado conmigo.

Luché contra el impulso de abrirle la boca a su beso… y succionarle la lengua entera, como a él le gustaba.

—¿Has terminado ya?

—¿No te gustan tus votos especiales? —Me mordisqueó el labio inferior con los dientes y un cosquilleo se extendió por mi estómago, hasta el centro de mi cuerpo. Me estaba mojando. Calentándome… ablandándome hacia él.

Deseándole otra vez.

—Me encantan. —Me recoloqué de lado para poder rodearle el cuello con los brazos y acurrucarme contra su oreja—. Pero son muchos, cariño. Y quiero poder recordarlos todos, por si incumples alguno. —Le lamí el lóbulo de la oreja y me lo metí en la boca, arañándolo suavemente con los dientes porque sabía que le volvía loco.

—Muy bien. —Se aclaró la garganta, agitando su papelito—. Quedan… eh… un montón de cosas sexuales más aquí. —Sus ojos se clavaron en los míos—. ¿O me las salto y te las enseño directamente?

Me mordí el labio.

Arrugó el papel y lo tiró a un lado.

Me besó, profundo, su cuerpo fundiéndose con el mío hasta que estábamos pegados, mis pezones duros y hormigueantes contra su pecho, su polla dura y palpitante contra mi estómago, mi sexo palpitando con un deseo que despertaba de nuevo…

Fue besándome por el cuello y cerré los ojos. Parte de la urgencia, esa tensión que había acompañado el primer polvo

posboda, se había liberado, y ahora podía simplemente abandonarme a su contacto… lento, explorador, deliciosamente paciente… y hambriento, como siempre era el tacto de Jesse.

Siguió bajando, cerrando sus labios cálidos alrededor de un pezón, mordiendo suavemente, luego dándole un lengüetazo. Jadeé y me arqueé hacia él, queriendo más, pero soltó el pezón, solo provocando, dejando besos suaves como plumas sobre mi piel.

—Prometo no dejarte —murmuró contra mi otro pecho mientras besaba la suave curva de piel. Sus ojos se alzaron hasta los míos bajo sus pestañas oscuras y espesas—. A no ser que tú quieras.

—Eso no va a pasar —susurré mientras se metía ese pezón en la boca y chupaba—. A no ser que… al final te canses de mí… y quieras sustituirme por un modelo más nuevo.

—Eso no va a pasar. Y, por cierto, aunque quisieras que te dejara —añadió, besando su camino vientre abajo—, probablemente me quedaría un tiempo. Ya sabes, hasta que la cosa se volviera realmente patética…

—Ni hablar. —Le cogí la cara entre las manos y le levanté la barbilla—. Te quiero, Jesse Mayes —susurré, sosteniendo su mirada.

Sus ojos marrones se suavizaron mientras me miraba.

—Yo también te quiero… —murmuró contra mi piel— … señora Mayes.

Fruncí el ceño.

—Te he dicho que no me llames así. Es nombre de vieja.

—Eres mi parienta —murmuró, besando en círculos alrededor de mi ombligo.

Me removí, inquieta y necesitada por sus caricias lentas y provocadoras.

—Jesse… no empieces con esas ñoñerías…

Se metió en mi ombligo con la lengua, haciéndome retorcerme. Sabía que ese punto estaba conectado directamente a mi clítoris; además, me hacía cosquillas. Luego hizo aletear su lengua vientre abajo por mi piel desnuda, directo hacia mi…

—¡Ay, mierda! —Me incorporé de golpe, empujándole, y me escabullí de debajo de él.

—¿Adónde cojones vas? —Intentó agarrarme pero me escurrí, saliendo de la cama.

—¡Yo también tengo un regalo de noche de bodas para ti! —Salí corriendo hacia el baño de la habitación; no me podía creer que casi se me olvidara.

—Si tienes que tirarte un pedo —me gritó—, solo dilo.

Puse los ojos en blanco y cerré la puerta de un portazo.

CAPÍTULO 4

JESSE

ESTABA TUMBADO EN LA CAMA, despatarrado, desnudo, esperando a Katie. Mirándome en el espejo del techo.

¿Qué tenía verte a ti mismo, desnudo y abierto de piernas en una cama, desde arriba, que resultaba tan… erótico? No de un modo chulesco, pero había algo… Algo en esa vista.

Tú mismo, sumiso.

Quizá era vislumbrarte tal y como debía verte tu amante. Cuando te tenía tendido, a su merced…

La polla me dio un tirón con ese pensamiento, y le fruncí el ceño, ahí tumbada a medio gas.

—Nena, date prisa —grité, mientras me la sacudía un par de veces—. Me voy a quedar dormido.

No era verdad. Estaba demasiado acelerado para dormir. Solo quería que trajera su precioso culo de vuelta para poder follármela otra vez antes de que se distrajera y perdiera el momento. Una vez con Katie nunca era suficiente. Y menos después de esperar dos putos días.

Segundos después, la puerta del baño se abrió de golpe.

—Eh —dijo, con una sonrisa en esa voz suya, ligeramente ronca —, deja de tocarte.

Me di la vuelta para mirarla.

—¿Por qué? ¿Quieres toda esta po…? *Hostia*.

Katie estaba en la puerta del baño, ataviada con lencería blanca; una especie de novia guarrilla.

El pack completo.

Un corsé de encaje transparente y escotadísimo, con apenas tela pero la ingeniería justa para empujarle las tetas hacia arriba —muy arriba—; tirantes de liguero enganchados a medias transparentes; unas bragas mínimas de cojones. Y cómo no fijarse en los zapatos de *fóllameyaporDios*… artilugios de tiras y tacón alto hechos para el sexo, porque desde luego no estaban hechos para la comodidad. Le añadían unos doce centímetros extra a su cuerpo menudo.

—Dios santísimo.

Me puse de rodillas en la cama para mirarla.

Katie siempre llevaba cosas sexis, pero nada como esto. Braguitas de algodón pequeñitas, sexis de cojones con ella puesta, y un sujetador de realce o ningún sujetador eran más lo suyo. Nunca la había visto con tanto encaje transparente. Y todo ese blanco contra su piel cremosa, sus mejillas naturalmente sonrosadas, su pelo oscuro… absolutamente impresionante.

Me levanté y fui a su encuentro a medio camino de la cama, la agarré por la cintura y la atraje hacia mí. Entonces la besé. Su boca, tan caliente y sedosa, que me recordó a su coño resbaladizo y mojado, me deshizo. La polla ya me dolía por ella otra vez, dura. Necesitaba follármela, ya. No podía pensar en nada que no fuera la mejor postura para tirármela con toda esa ropa sexy puesta.

¿Tumbarla boca abajo?

¿Boca arriba?

Doblarla sobre…

Mis manos le recorrieron los costados y la sentí estremecerse bajo el encaje. Respiraba superficial y rápido mientras nos besábamos; sus pechos se agitaban contra mí. El corsé le apretaba de cojones. Una camisa de fuerza transparente.

Me puso las manos en el pecho, clavándome las uñas mientras el beso se hacía más profundo. Luego sus manos bajaron, bajaron… y me acariciaron la polla. Una sacudida lenta y provocadora…

Y desaparecieron.

La sentí trastear ahí abajo. Rompió el beso y miró hacia abajo. Estaba peleándose con los enganches que sujetaban las medias.

—¡Quiero quitarme estas bragas de mierda! —jadeó, frustrada—. Ya mismo. ¿Cómo se supone que follas con todo esto puesto? Es como un cinturón de castidad…

La observé forcejear y maldecir, divertido.

Consiguió soltar uno de los enganches de una media, rasgándola en el proceso.

—Ay, mierda. No sabía que sería tan difícil de quitar… —Se mordió un poco el labio, mirándome—. Quería hacerte un numerito de striptease.

Arqueé una ceja. Me gustaba la idea.

—¿Un numerito de striptease?

—Sí. Como un espectáculo. Ya sabes, ir quitándomelo todo de forma sexy y con estilo. —Se le pusieron las mejillas rosas—. Nunca he hecho esto. Supongo que la clave es que la ropa sea fácil de quitar.

—Ya. Por eso los tíos llevan esos pantalones de velcro. —La besé otra vez—. Eres adorable, nena. Pero no te lo quites. Quiero follarte con todo puesto.

—¿Con todo?

—Con casi todo. —Le deslicé la mano entre las piernas, acariciándola por encima de las bragas de encaje—. Y para futuras referencias… hay lencería que te pones para desnudarte delante de un tío, y hay lencería que te pones para que te follen. Esta es lencería para que te follen.

—Ah. Vale. *Fue* una tortura ponérmela…

—Katie —le dije, besándola otra vez y llevándola hacia la cama—, no tienes que ponerte estas cosas por mí. —No es que no lo apreciara…—. Lo sabes, ¿verdad?

—Solo quería que fuera especial —murmuró mientras me besaba el cuello, rodeándome con los brazos—. O sea, ya hemos hecho todo lo que se puede hacer…

—¿Todo?

Se ruborizó mirándome.

—Quizá no todo. Casi.

—Vale. —La coloqué junto a la cama y me puse de rodillas—. Voy a enseñarte lo que podemos hacer…

Entonces le fui besando el cuerpo hacia abajo. Las partes cubiertas de encaje. Las partes desnudas. La lamí a lo largo del borde de las bragas. Rocé su clítoris con la nariz, provocándola, luego deslicé un dedo dentro del encaje y aparté la tela de la entrepierna.

Pasé la punta de la lengua por su suavidad, haciéndola estremecerse. Podía comerle el coño a Katie toda la puta noche. Ya que se acababa de casar conmigo, iba a tener que aguantar mi fijación oral.

No es que no lo supiera desde nuestra primera cita.

—Sabes que no me voy a quejar de *eso*… —dijo sin aliento, mientras me acariciaba el pelo—. Pero ¿qué hay de nuevo? Tenemos que hacer algo nuevo en nuestra noche de bodas, Jesse.

A pesar de sus protestas a medias, sentía la tensión y el calor creciendo entre sus piernas. Gemí mientras la respiraba. Estaba más almizclada ahora, su olor aún más embriagador, como siempre que mi polla había estado entre sus piernas.

—Hemos hecho cosas nuevas…

Se removió, inquieta contra mí mientras hundía la lengua más profundo. Le chupé los labios delicados y jadeó como si no hubiera querido hacerlo, meciéndose contra mí.

—¿Como qué? —susurró.

—Como… —La provoqué con la lengua entre mis palabras—. Te he comido el coño en una escalera… Eso era nuevo… Te he hecho correrte bajo una lámpara de araña de cuernas de ciervo… Eso sin duda era nuevo.

—Eso es solo decoración nueva —dijo sin aliento—. No cuenta.

La miré. Tenía la cara sonrojada y los ojos un poco entornados. Le brillaban de deseo mientras me miraba desde arriba.

Me levanté, mi pecho rozando el suyo. La agarré por la nuca y la atraje hacia mí, rozando mis labios contra los suyos.

—Eres mi mujer. Eso es nuevo. Y es más que suficiente para hacerme correr.

Era verdad.

Katie Bloom —Katie *Mayes*— excitada… ¿Había algo más sexy en el puto mundo?

No.

Mi *mujer*.

Joder…

La besé, profundo, llenándole la boca con la lengua como si fuera mía… hundiéndome en su sabor. La respiré… ese aroma familiar y dulce a vainilla, a cerezas con nata.

Ese olor que siempre me ponía tan jodidamente duro.

Katie Mayes, joder.

Le deslicé la mano hacia abajo, dentro de las bragas.

—Déjame que te ayude con esto. —Y metí el dedo a través del encaje fino, arrancándole la entrepierna.

—Oh —jadeó, mirando hacia abajo—. *Así* es como lo haces sin quitarte lo demás.

—Ajá…

La tumbé en la cama, trepando encima de ella, y le envolví las piernas enfundadas en medias sedosas alrededor de mí. El tacón de aguja se me clavó en el culo y gruñí.

—¡Oh! Puedo quitarme los zapatos si…

—Ni de coña. Déjate los zapatos. Me encanta cómo estás con zapatos… —Me puse a besarle el cuello, lamiendo y chupando, perdido en su olor—. Katie… hagas lo que hagas para oler tan jodidamente bien… no lo cambies nunca.

—Jesse —suspiró, con las manos recorriéndome la espalda—. Tu culo se ve… Madre mía. Tienes un culo precioso. —Me apretó el culo con las dos manos mientras me observaba en el espejo del techo.

Le besé camino abajo, entre las tetas, que seguían empujadas hacia arriba por el corsé, desafiando la gravedad.

—Deja de cosificarme… —murmuré, con la voz amortiguada por su escote. Katie tenía unas tetas épicas. No enormes, pero llenas y respingonas en su cuerpo menudo y curvilíneo. Una vez le dije que eran gorditas, como piropo, pero no le gustó. Vete tú a saber.

Se arqueó contra mis besos.

—¿Desde cuándo te molesta que te cosifiquen?

—Desde que te distrae de esto. —Deslicé la lengua dentro de la copa del corsé y le saqué el pezón chupando. Torturé la punta rosada y dura con los dientes hasta que jadeó, retorciéndose de

deseo debajo de mí. Katie nunca podía estarse quieta cuando le tocaba las tetas; *casi* podía hacerla correrse solo chupándoselas.

Estaba bastante empeñado en conseguirlo algún día.

—Se me acaba de ocurrir un voto más —le dije—. Y este te va a gustar.

—¿Sí? —suspiró.

—Sí. —Le chupé el pezón y lo torturé bien con la lengua, y luego lo solté con un pop.

—*Ungghh*… —gimió, que era la forma incoherente de Katie de decir *Hazlo otra vez*.

Pasé al otro pezón, sacándolo del corsé y provocándolo con lengüetazos rápidos, intercalados con besos suaves y delicados.

—Te prometo —le dije mientras jadeaba debajo de mí— que seguiré encontrando nuevas formas de follarte. Para que siempre se sienta como nuestra noche de bodas.

Se rio, pero le salió como un suspiro entrecortado.

—Eres un verdadero romántico, Jesse.

—¿Dudas de mi creatividad, nena?

—Bueno, no. Es solo que…

Entonces le abrí los muslos y me hundí en ella.

La vi morderse el labio para no gritar mientras empezaba a moverme, dentro y fuera, pero no demasiado profundo…

—O sea, en serio… —dijo, con la voz toda suave y ronca—. ¿De cuántas formas distintas puedes follarte a una tía?

Le lancé una mirada cargada de intención antes de volver mi atención a sus tetas.

—¿Si eres tú, nena? —Dejé que la barba incipiente le raspara el pecho; no me había dejado afeitarme del todo ni para nuestra boda. Decía que le encantaba con barba de varios días. Yo estaba bastante seguro de que le encantaba cómo se sentía entre las piernas—. Joder… posibilidades infinitas…

—Puede que sea lo más guarro que me has dicho nunca, Jesse —dijo con dulzura.

—Solo lo parece porque tengo la polla dentro de ti…

—Mmm. —Se removió, levantando las caderas para tomarme más profundo, empujándome a ello, y cuando me hundí del todo,

jadeó—: Tienes razón. —Meció las caderas contra mí—. Pero tú dices muchas cosas más guarras que los demás…

—Es un don. Deja de removerte.

Entonces la sujeté, inmovilizándole las caderas mientras la penetraba, obligándola a aceptarme como yo quería —a mi ritmo. Yo controlaba el ritmo, la profundidad. Y mientras la veía acoger mi polla, las tetas se le desbordaban del corsé. Probablemente no podía respirar bien con esa cosa.

—¿Está mal que estés medio asfixiándote y eso me ponga cachondo?

—No —suspiró—. Es kinky.

—Bien. Entonces voy a decir… que eso es nuevo. Nunca te había visto luchar por respirar mientras te follaba.

—Siempre me cuesta respirar mientras me follas.

—Adulación —murmuré, inclinándome para pasarle la lengua entre los pechos otra vez… y por las curvas hinchadas, las puntas duras.

—La verdad —susurró, arqueando la espalda pidiendo más—. Pero ¿lo decías en serio? Lo del «siempre».

—¿Hmm?

—¿Siempre vas a pensar en nuevas formas de follarme?

—Mmm —murmuré contra su piel dulce mientras la sangre me abandonaba la cabeza. Estaba cubierta de una ligerísima capa de sudor. Sentía cómo su coño ardía, se hinchaba, se apretaba a mi alrededor, asfixiándome mientras luchaba por mover las caderas contra las mías—. Cuando no esté demasiado cansado —dije, follándomela despacio… lamiéndole los pezones con la lengua—. Y, ya sabes, si no estoy cabreado contigo.

—¿Qué…? ¿Qué… eh… pasa si estás cabreado conmigo?

Me detuve, encontrándome con sus ojos nublados de sexo, y la embestí más fuerte para enfatizar. Una vez. Y otra. Fuerte… pero lento.

—Entonces te daré unos azotes en el culo y te follaré hasta dejarte temblando, y te gustará lo que te toque.

Se mordió el labio inferior, carnoso, retorciéndolo entre los dientes mientras aceleraba mis embestidas.

—Ay, Dios. Mierda. Es muy injusto lo mucho que me ha puesto eso…

Sonreí y la besé.

Entonces se me ocurrió una idea y me quedé quieto. Katie ondulaba debajo de mí como una serpiente —una serpiente envuelta en encaje, sin aliento, chupándome la lengua con ansia.

—Cariño… —suplicó.

—Un segundo.

Me arranqué de sus brazos y saqué la polla, levantándome. Ella intentó incorporarse, torpemente, obstaculizada por el corsé.

—¡Pero…!

—No pierdas la idea. —Salté de la cama y corrí al baño. No quería dejarla colgada más de lo que ella quería que la dejara.

—¿Jesse? —me llamó, toda jadeante y confundida—. ¿Jesse Mayes…? ¿En serio acabas de *parar* en mitad de un polvo?

Encontré el neceser de maquillaje de Katie en la encimera del baño y empecé a rebuscar. ¿Dónde coño estaban? Sabía que las guardaba aquí…

La oí suspirar y dejarse caer en la cama.

—¿Lo de probar cosas nuevas implica algún tipo de travestismo? —gritó—. Porque, si es así, de verdad que no necesitas rímel. Las mujeres pagan una fortuna por tener pestañas como las tuyas. ¿Jesse…?

—Ajá…

—Dicho de otro modo, estarías guapísimo de mujer. Si una pudiera mirar más allá de todos los músculos y el vello corporal. Pero no puedo decir que quiera hacerlo.

—¿Cómo lo sabes si no lo intentas?

Cuando volví al dormitorio, se apoyó en los codos y me lanzó un puchero escéptico.

—Esto nunca lo hemos hecho —dije, levantando un blíster de sus anticonceptivos.

—Sabes que eso son anticonceptivos, ¿verdad? —dijo, burlona—. No es, no sé, éxtasis. Ni Viagra.

—¿Viagra? Mujer, por favor. —Fui sacando las pastillitas en la mano una a una hasta que el blíster quedó vacío. Entonces le arqueé una ceja a Katie en pregunta silenciosa.

Ella miró el montoncito de pastillas en la palma de mi mano. Luego me miró a los ojos.

Se mordió un poco el labio… y asintió.

El corazón me golpeó en el pecho. Porque *joder*.

Había planeado sacar el tema. Pronto. Quizá no esta noche.

Pero ¿por qué coño no?

Le quité uno de sus zapatos sexis y machaqué las pastillas hasta hacerlas polvo en la mesilla de noche con el tacón.

—Genial —dijo ella—. Ahora el personal va a pensar que hemos esnifado rayas ahí o algo.

—Soy una estrella del rock, nena —dije—. Ya piensan eso.

—Sabes que hacer eso no me va a dejar embarazada al instante, ¿verdad?

—No seas borde. Es simbólico.

Le tiré el zapato a un lado y me lancé encima de ella. La polla, todavía a media asta, se apretó contra la cara interna de su muslo mientras la besaba, profundo. Me devolvió el beso, pero sentí su resistencia. Se había tensado. Mucho.

—Estás… eh… muy comprometido con esto de hacer cosas nuevas —dijo, riéndose un poco entre besos.

—Sip.

—¿Sabes? —reflexionó mientras le chupaba el cuello hacia abajo —, un bebé sería algo increíblemente nuevo.

—Ajá.

—Aunque podría afectar a tu capacidad de cumplir tus otros votos…

La miré, ligeramente ofendido.

—¿Como cuál?

—¿Hacerme correr todos los días?

Le deslicé la mano entre las piernas e introduje el dedo corazón, despacio, dentro de ella. Tan suave, tan caliente y mojada… Vi cómo se le nublaban los ojos y se le abría la boca mientras se relajaba un poco.

—*Casi* todos los días —dije, con la voz ronca de deseo—. Y además… —le dije, provocándole uno de los pezones sonrosados con la lengua— no veo por qué un bebé impediría eso.

Se rio suavemente, hundiéndome las manos en el pelo mientras le besaba el camino entre los pechos.

—Eso es porque nunca has tenido uno, cielo.

—Tú tampoco.

—Y aun así sé lo suficiente para saber que los orgasmos bajan bastante en la lista de prioridades un tiempo cuando tenga uno.

—Entonces tendré que recurrir a ese otro voto… Llamar a alguien para que se ocupe de la mierda por mí.

Las manos de Katie se quedaron quietas en mi pelo.

—¿Para darme orgasmos?

—Del bebé, borde. —Le mordí el pezón suavemente y la follé despacio con el dedo—. Contrataré a una niñera para ayudar con el bebé, así seguimos teniendo tiempo para orgasmos.

—No es solo tiempo, ¿sabes? —jadeó, mientras la volvía a poner a tono—. Es… energía. Estaríamos reventados, levantándonos toda la noche con un recién nacido. Y yo tendría las tetas llenas de leche… y doloridas… y no podrías darle rienda suelta a tu fetiche oral todo el rato…

La miré, levantándome un poco de encima mientras sacaba el dedo de su coño.

—¿Necesito juntar esas pastillas otra vez?

Sonrió, atrayéndome de vuelta encima.

—No. Solo digo. Pero tendremos que lidiar con ello como con todo lo demás. —Me envolvió los muslos alrededor de las caderas—. Juntos —dijo suavemente.

—Sí —coincidí—. Juntos. —Froté toda la longitud de mi polla dura contra su suavidad, todo resbaladizo, cálido y listo para mí.

—Por favor, Jesse… —ronroneó mientras me besaba.

—Dios, me encanta cuando suplicas…

—Solo dámela, joder —dijo—. No me he casado contigo para que te pires al baño a medio camino de mi próximo orgasmo…

Sonreí.

—Siempre has tenido buena mano para las guarradas, ¿lo sabías?

—Solo contigo —murmuró, removiéndose debajo de mí. Intentaba como una loca alinear la punta de mi polla con su coño mojado. Mala suerte para ella, yo le sacaba cuarenta y tantos kilos.

Le agarré las manos y se las presioné contra la cama, por encima de la cabeza. Luego usé todo mi peso para inmovilizarla, con la polla alineada —pero justo fuera de alcance.

Entonces la miré a los ojos y le pregunté:

—¿Sí?

Sonrió, aunque jadeaba de anticipación.

—No es mágico ni instantáneo, ¿sabes? No me voy a quedar embarazada esta noche. Ni siquiera estoy en el momento del ciclo…

—No seas aguafiestas, Katie. Te he dicho que es simbólico.

Ante eso, sus ojos se suavizaron. Se alzó para besarme con sus labios dulces y carnosos… y ese ligero contacto, el aliento cálido de Katie contra mi cara, sentir cómo crecía su necesidad mientras jadeaba en su corsé, tan hambrienta que casi podía saborearla… me envió relámpagos de deseo por toda la espalda.

—Entonces sí —susurró.

Me clavé en ella entonces, hasta el fondo. Gritó al recibirme, mordiéndome el labio. Entonces le metí la lengua en la boca, llenándola por los dos extremos mientras la embestía, una y otra vez.

Murmuró contra mis labios cuando aflojé para dejarla respirar, suplicándome más.

—Más fuerte, Jesse… Quiero ser tuya…

—Eres mía.

Las tetas se le hincharon contra mí mientras mi peso y el corsé la sofocaban, y cuando se corrió, fue con un grito desesperado, desgarrado, salvaje, como ninguno que le hubiera arrancado antes.

Dios… Jesse…

Sí…

Me arrastró justo más allá del límite.

Me hundí en ella, corriéndome como un cohete, desconectando y rindiéndome mientras me derrumbaba contra ella… Cabalgando las olas de éxtasis mientras nuestros cuerpos se fundían, temblando juntos.

Entrelacé mis dedos con los suyos, le apreté las manos.

Y después, cuando pude moverme otra vez, lo justo para verle la cara… para apartarme un poco y no aplastarla… la miré a sus grandes ojos azul verdoso. Y ella me devolvió la mirada.

—Te prometo —le dije en un susurro ronco— que seré un buen padre, Katie. De hecho, estoy bastante seguro… de que seré un padre excepcional.

Sonrió, y lágrimas de felicidad le brillaron en los ojos.

—Lo sé, Jesse.

Y en ese momento, lo vi, tan claro: una niña o un niño con esos ojos, y la dulce sonrisa de Katie…

Y me enamoré de ella otra vez.

A DIRTY SECRET

NOTA DE LA AUTORA

Si habéis leído *Tan canallas como nosotros (Dirty Like Us)* —y de verdad, de verdad deberíais antes de leer esta historia, *A Dirty Secret*—, entonces conocéis el gran secreto sobre el vocalista de Dirty, Zane Traynor, y Maggie Omura, la subdirectora de la banda. Hay un par de escenas en *Tan canalla como Brody (Dirty Like Brody)* que también lo abordan. Así que, si queréis hasta el último detalle de la historia de Zane y Maggie hasta ahora, tendréis que leer los otros libros primero.

Tan canalla como Brody transcurre muchos meses después de la noche loca de Zane y Maggie en Las Vegas en *Tan canallas como nosotros*, y durante todo ese tiempo, ambos han guardado su secreto.

Pero ¿qué ha pasado entre bastidores? ¿Están follando o qué? Y lo que es más importante, ¿están enamorados? Sea lo que sea lo que pasa, ¿por qué sigue siendo un secreto? ¿Y qué demonios van a hacer al respecto?

Bueno, como dice la pragmática Maggie en *Tan canalla como Brody*, es complicado. Y citándola: «Si supiera las respuestas a esas preguntas… no estaría bebiendo vino directamente de la botella».

La noche de la boda de Jesse y Katie en *Tan canalla como Brody*, vemos a Maggie, en ropa interior mojada, siendo arrastrada al bosque, al estilo cavernícola, por un Zane desnudo después de su baño de medianoche.

Así que ¿qué narices pasa después?

A ver si lo adiviná is…

— Jaine

CAPÍTULO 1

MAGGIE

ME ECHÉ HACIA atrás y observé cómo mi buena amiga Jessa hacía algo que nunca pensé que haría: recorrió el muelle decidida, se desnudó hasta quedarse en ropa interior y se tiró a las aguas apenas por encima del punto de congelación de Cathedral Cove.

Me reí y aplaudí como una loca.

Segundos después, su cabeza asomó sobre el agua.

—¡Madre mía! —gritó—. ¡Joder, qué fría está! —Y yo seguí riéndome, desde mi asiento calentito y seco junto al fuego.

Era enero y aquello era Canadá; estábamos en plena costa del Pacífico de Vancouver Island, pero con el fuego —y varias capas de ropa— se estaba bien. Los locos desnudos del agua podían hacer lo que les diera la gana. Yo estaba más que contenta donde estaba.

Era medianoche pasada y llevábamos bebiendo, cantando canciones e improvisando alrededor de la hoguera —solo los miembros de Dirty, la banda de rock megaexitosa que llevaba cogestionando desde hacía casi siete años, y unos pocos amigos íntimos. Era la noche de la boda de nuestro guitarrista principal; Jesse Mayes —el hermano de Jessa— se acababa de casar con su prometida, Katie Bloom. La boda había sido increíble y la fiesta se había alargado, pero solo unos pocos habíamos aguantado tanto.

Jesse y Katie habían desaparecido a su lujosa cabaña de recién casados hacía un rato, y aunque en el fondo los envidiaba porque sin duda estaban follando como conejos en ese preciso momento… como una tía que no había echado un polvo desde hacía mucho más

tiempo del que le gustaba reconocer… bueno, intentaba no pensar en ello.

Probablemente, algunos seguíamos despiertos porque aún teníamos esperanzas de enrollarnos con alguien, mientras que el resto simplemente no estábamos preparados para que la fiesta acabase, por nuestras propias razones.

Yo estaba mirando directamente a la mía.

Zane Traynor, vocalista de Dirty; la definición en carne y hueso de un dios del rock. El hombre con el ego más grande de todos los que había conocido, pero con la voz arrolladora, la cara preciosa y el cuerpo de otro mundo —pollón incluido— para respaldarlo. No era de extrañar que fuera uno de los locos del agua. De hecho, él había liderado la carga desnuda, más o menos.

Le observé rodear a Jessa con los brazos, el pelo rubio echado hacia atrás y reluciendo bajo la luz de la luna. No les veía con claridad en la casi oscuridad, solo sus cabezas flotando en el agua, pero de algún modo sabía que Zane me estaba mirando.

—¡Maggie! —bramó mientras abrazaba a Jessa—. ¡Mete el culo en el agua! —Durante una fracción de segundo me pregunté si se la habría tirado alguna vez; me lo preguntaba con casi todas las mujeres que se acercaban a Zane.

Al menos, con las que estaban buenas.

Pero no, concluí mientras daba un trago a mi cerveza. Zane y Jessa nunca habían follado, aunque ella estaba buenísima. Principalmente porque ella nunca me haría eso.

Gracias a Dios, por el bien de ambas.

—No dejes que el viejo te corte el rollo, Maggs —intervino Ash. El vocalista de la banda de rock alternativo Penny Pushers, Ash también estaba en el agua, junto con nuestro batería, Dylan, y Roni, una amiga de Jessa; todos iban bien cargados de valor líquido. Todos menos Zane, que no bebía.

A diferencia de los mortales corrientes, Zane no necesitaba alcohol para alimentar su locura.

Miré de reojo a mi jefe, Brody, el *manager* de siempre de Dirty y amigo íntimo, que estaba sentado a mi lado, y puse los ojos en blanco. ¿Viejo, decían?

Cuando hasta Dylan empezó a meterse con nosotros, supe que a todos se les estaba revelando lo imbéciles que eran, pasando un frío de cojones mientras Brody y yo nos relajábamos junto a la hoguera.

—¡Maggie May! —me atronó Zane, usando toda la potencia de sus pulmones de vocalista y ahogando a todos los demás—. ¡Mete el culo en el agua antes de que se me caiga la polla!

—Dios santo —refunfuñé, pero al final me levanté. Porque por lo visto yo también llevaba una imbécil dentro—. ¿Es que no se calla nunca? —Me acabé la cerveza de un trago y la dejé a un lado.

Brody ni se molestó en contestar; se limitó a sonreír con sorna y beber su cerveza.

Recorrí el muelle decidida e hice lo único que sabía con certeza que haría callar a Zane. Me quedé en ropa interior —rápido— entre un coro apreciativo de silbidos, y salté al agua.

Y *joder*, cómo dolió.

Como si mi cuerpo se estrellara contra el hielo.

Luché por volver a la superficie mientras la presión, a la vez entumecedora e increíblemente *abrasadora*, me apretaba por todas partes. Inspiré entrecortadamente. Luego grité —el grito más espeluznante y desgarrado que había oído en mi vida, y hasta ese momento ni siquiera sabía que podía emitirlo.

Mis amigos aullaban en el agua a mi alrededor.

Oí los dientes de Jessa castañeteando mientras decía:

—M-Maggie, ¡nos v-vamos a m-m-morir!

Sí. Tal cual.

Ash ya estaba saliendo, el muy crío, corriendo desnudo como vino al mundo por el muelle hacia los árboles; con todos esos tatuajes y piercings, una pensaría que el tío aguantaba un poco de dolor. Roni fue la siguiente, luego Dylan, también en cueros. Corrieron por la pasarela de madera y se metieron en el bosque primigenio, dejando su ropa atrás.

Yo ya estaba nadando a lo perrito de vuelta al muelle a toda prisa —nunca había sido la mejor nadadora del mundo— cuando Jessa, toda piernas largas y agilidad, me adelantó deslizándose y se izó por la escalerilla, el agua resbalando por su cuerpo de modelo de bañadores.

Iba justo detrás, temblando tanto que pensé que mis manos agarrotadas podrían resbalarse del raíl metálico, pero conseguí subir al muelle, jadeando. Nunca había sentido nada tan brutalmente frío. Y ahora el dolor *realmente* estaba calando.

Sí; a la mierda la ropa.

Corrí por el muelle tan rápido como me atreví, con miedo a resbalar en la casi oscuridad, abrazándome tan fuerte que pensé que se me iban a romper las costillas. Brody estaba en el muelle con Jessa, envolviéndola en una manta, pero no vi otra manta por ningún lado y no me detuve.

Oí a Zane detrás de mí, rugiendo mientras enfilaba el muelle a toda velocidad.

—¡Hostia puta! Se me han subido los huevos detrás de los ojos… —Me agarró por la cintura, me hizo girar y me echó sobre su hombro, como un puto neandertal.

Un grito me desgarró los pulmones, en parte de alivio. Debería haberle dicho que me soltara de una puta vez, en ese mismo instante, pero Dios *santísimo*.

Nunca había tenido tanto frío en mi vida.

En vez de eso, mientras me cargaba por la pasarela de madera, le di una palmada en el culo desnudo con todas mis fuerzas. Mi mano en su nalga mojada hizo un satisfactorio chasquido; esperaba que le hubiera dolido, pero probablemente estaba demasiado entumecido para notarlo.

—No me sueltes —dije—. ¡Me estoy congelando! —Entonces la oscuridad más profunda del bosque nos engulló… y me golpeó una oleada nauseabunda de vértigo—. ¡Dios mío, para!

Zane aminoró, pero no paró.

—Tranquila, Maggs —dijo, con los dientes castañeteando. ¿Era eso señal de hipotermia?—. Te llevo a tu cabaña.

—Solo b-baja el ritmo —ordené, con mis propios dientes empezando a castañetear, y él redujo un poco más—. Está tan oscuro… No veo una mierda salvo tu culo y tus p-pies asomando entre la oscuridad. Es asqueroso.

—Cállate y dime dónde está tu cabaña.

—Tengo una h-habitación —dije— en uno de los edificios gr-grandes, al este del pabellón principal.

—¿Dónde coño queda el este?

Intenté levantar la cabeza, mirando alrededor, pero no veía nada. Todo me llegaba en fogonazos desorientadores. Retazos de árboles y la barandilla de la pasarela captando la luz de la luna; charcos de luz derramándose desde las ventanas de cabañas o las pequeñas luces amarillas sobre las puertas. Oscuridad; luz de luna; luz amarilla; oscuridad.

Y música. Debían de ser casi las cuatro de la mañana, pero no éramos los únicos que seguían despiertos.

—Jude —observó Zane al pasar junto a la cabaña de la que salía el «Sex Type Thing» de Stone Temple Pilots palpitando en la noche —. El tío no duerme nunca. Seguro que tiene a todas las solteras acorraladas ahí dentro…

No toqué el tema. Pero claramente «todas las solteras» no me incluía a mí.

Y debería.

Solo que yo no estaba soltera, no técnicamente, y Zane era el único que lo sabía.

Pero tenía razón sobre Jude. De todos los tíos dentro y alrededor de la banda últimamente, era Jude, nuestro jefe de seguridad, el más capaz de destrozar una habitación de hotel —o en este caso, una cabaña de resort de lujo. No me molestaba demasiado, siempre que aflojara una generosa suma para cubrir los daños por la mañana, junto con una buena propina.

—Da igual —dije—. Solo ll-llévame a mi cabaña para que me p-ponga unos pantalones antes de que alguien más me v-vea.

Porque a pesar de lo que acababa de hacer, no necesitaba que un montón de compañeros de trabajo me vieran en ropa interior mojada.

De algún modo, conseguí guiar a Zane hasta mi puerta, aunque nos perdimos en el laberinto de árboles varias veces y tuvimos que dar marcha atrás.

Me llevó dentro, y trastabillé un poco cuando me dejó en el suelo, algo mareada por el trayecto mientras recuperaba el equilibrio.

No estaba borracha; ya había cometido ese error con Zane una vez, y acabé con una resaca en forma de su cuerpo desnudo en mi cama, un asalto de sexo matutino electrizante y un anillo de compromiso con una piedra del tamaño de Gibraltar. Pero había sido un día larguísimo —especialmente para mí, ya que había ayudado a organizar la boda— y me temblaban las piernas de agotamiento y del dolor lacerante del frío en los huesos.

Zane me sujetó, estabilizándome con las manos en las caderas.

Por reflejo, mis manos se aferraron a sus brazos. Los dos temblábamos mientras nos quedábamos allí, inmóviles, enganchados el uno al otro.

Y entonces, como era previsible, él se acercó.

Estábamos solos, él estaba desnudo, yo estaba casi desnuda; no hacía falta mucho. Y definitivamente iba a besarme.

No podías culpar a un tío por intentarlo, ¿verdad?

Pues sí.

Esquivé y me escabullí, soltándome de su agarre, y puse distancia entre los dos.

—Ya puedes irte —dije, abrazándome y dando saltitos. Le sostuve la mirada, evitando cuidadosamente su polla. Porque sí, estaba *completamente* desnudo. Y no necesitaba ver *eso*.

Aunque en el fondo me moría de ganas…

—Hostia, Maggs, al menos déjame entrar en calor. —Se frotó los brazos de arriba abajo y pasó por delante de mí, temblando.

—Estoy demasiado helada para pelearme contigo, Zane —espeté, aún dando saltitos.

—Pues no pelees.

—¡Ni se te ocurra meterte en esa cama todo mojado!

Corrí al baño mientras él se dirigía a mi cama, salí con una toalla y se la tiré. Se puso a secarse, rápido, intentando entrar en calor mientras se frotaba el cuerpo con la toalla. No es que estuviera mirando…

Dios, sin embargo. Había mujeres que *pagarían* por este espectáculo privado.

Con encogimiento o sin él, el tío era impresionante. Esbelto, alto y rubio, su cuerpo esculpido todo tenso y temblando de frío, los músculos contrayéndose y flexionándose mientras pasaba la toalla por sus muslos largos y duros…

Vídeo: Zane Traynor se seca después de un baño en cueros a medianoche.

Viral instantáneo.

—Tienes que irte, antes de que me muera —dije apretando los dientes, aún dando saltitos mientras me daba la vuelta.

Me ignoró, yendo hacia la chimenea. Intenté no mirar mientras se agachaba, con el culo al aire mientras rebuscaba entre los troncos disponibles, claramente con intención de encender un fuego. Bueno, mierda. No iba a ser yo quien se lo impidiera.

—Hostia *puta* —maldije, rindiéndome.

Entonces corrí al baño, cerré la puerta de un portazo y abrí la ducha a tope de caliente. Temblando, me metí directa, y fui quitándome poco a poco las bragas y el sujetador mojados. Hacía tanto frío que pasaron varios minutos antes de que el calor calara de verdad y mi cuerpo empezara a registrarlo. Pero cuando lo hizo…

Puro éxtasis.

—Será mejor que dejes de soltar esos gemidos sexis… —Zane abrió la mampara de la ducha y se metió en el chorro, apretujándose contra mí— si esperas que mantenga las manos quietas.

Le di la espalda, rápido.

—¡Zane! ¡Fuera de aquí!

—¿Qué? Estoy entrando en calor. ¿Quieres que *me* muera?

Puse los ojos en blanco e intenté ignorarle. Lo cual era total y absolutamente imposible. Me adelanté todo lo que pude sin dejar de pillar algo de chorro, pero él estaba justo detrás. La masa de su cuerpo —sus pectorales, sus muslos, su puta polla— rozándome.

Al menos no estaba empalmado. Todavía.

—Deja de acaparar el agua, Maggs —dijo, apretándose más por detrás, y me tensé cuando más de su cuerpo entró en contacto con el mío… apenas, presionando contra mí. Tembló violentamente,

desatando una oleada de piel de gallina sobre mi piel recién calentada. Luego gimió, largo y grave, cuando el calor le caló—. *Dios*… *joder*, qué gusto…

Hostia puta.

Era como escuchar un porno en directo, calibrado al milímetro a mis fantasías, a escasos centímetros detrás de mí.

Peor aún, sus palabras me recordaron las cosas que me había dicho, y *cómo* me las había dicho, aquella primera noche que pasamos juntos.

Nuestra noche de bodas.

—Entra en calor y vete, Zane —dije, con un tono frío y distante. Era un tono bien ensayado, cultivado a lo largo de muchos años en presencia de Zane Traynor. El que decía: *No me trago tu numerito*, cuando me lo estaba tragando entero.

Porque esta era la única defensa que conocía: la negación.

Mi cuerpo estaba en las antípodas del frío mientras el agua caliente y el creciente calor corporal de Zane empezaban a asfixiarme. Mi cerebro tampoco ayudaba. Los pensamientos se me disparaban, a toda máquina, imaginando todas las cosas que mi cuerpo podría estar haciendo con el suyo, ahora mismo. Me regañé a mí misma, sin mucha convicción, por no haber echado el cerrojo del baño. Pero la verdad era que lo había dejado abierto a propósito. Porque por lo visto esa imbécil que llevaba dentro adoraba tentar al destino.

Así que quizá ya no tenía sentido ni intentar negarlo. Era más que oficial: era masoquista, pura y dura.

Con Zane, quizá siempre lo había sido.

Quizá siempre lo *sería*.

Suspiró entrecortadamente, un sonido de profunda satisfacción. Y ni siquiera podía fingir que no me gustaba oírle satisfecho.

Porque otra vez, masoquista.

—Nena —dijo, con la voz relajada y ronca en mi oído, su aliento y su endemoniada barba rubia haciéndome cosquillas en el cuello—, si crees que darme la espalda te hace menos tentadora, eres más tonta de lo que pensaba.

—¡¿Cómo?! —Giré la cabeza para fulminarle con la mirada.

Me dedicó la sonrisa más encantadora —y perversa— del mundo. Porque se estaba cachondeando de mí. Y yo estaba cayendo.

Y a Zane le *encantaba* eso.

—Da igual —refunfuñé.

Joder, sin embargo. ¿Qué narices me pasaba?

¿Iba a una boda con Zane —bueno, aparte de la nuestra— y me convertía en una masa inútil y cachonda por dentro?

Me había prometido a mí misma, me lo había prometido con meñique incluido, después de la última vez que le dejé meterme su pollón y follarme hasta la estratosfera, que era la *última* puta vez. Que a partir de ese día, él no sería para mí más que un compañero de trabajo. Un colega asexuado y aburrido de cojones, aquejado de alguna ETS asquerosa y purulenta.

Sí, lo de la ETS me lo había inventado totalmente, para engañarme a mí misma y creer que Zane Traynor era *mucho* menos atractivo de lo que realmente era. Incluso me había convencido —mientras bajaba, sudando y temblando, de aquel último orgasmo demoledor y alucinante— de que el autoengaño podía funcionar.

Porque estaba lo bastante desesperada como para creerlo.

Me habría creído cualquier cosa, si pensaba que podía salvarme de acabar desnuda con él otra vez.

Y aquí estaba.

Desnuda.

Con él.

Otra vez.

—Coge tu «tentación» y vete, Zane —dije—. Solo quiero estar sola.

—No, no quieres —dijo, su lengua rozándome casualmente el cuello mientras hablaba, lenta y perezosa, casi como si fuera un accidente. Lo cual quizá lo era. A Zane le costaba mantener la polla en los pantalones o la lengua en la boca cuando había coño desnudo y mojado al alcance.

—Sí —dije con firmeza—, quiero.

—Vale, qué te parece esto… —Se acercó más. Su polla, que ahora estaba definitivamente dura, se apretó contra mi culo—. Entramos en calor *juntos*, y luego me voy. *Si* sigues queriendo que

me vaya. —Lo dijo como si no creyera ni por un puto segundo que, si le dejaba calentarme, fuese a querer que se largara.

Probablemente tenía razón.

Y me jodía muchísimo que tuviera razón.

—Mantén eso alejado de mí —refunfuñé, mientras la tensión familiar crecía, ardiente en mi centro, el deseo por él surgiendo con una urgencia que siempre me desequilibraba.

Arrollador.

Irresistible…

—¿El qué? —provocó, sin siquiera fingir inocencia.

Le lancé una mirada asesina por encima del hombro y aquella ceja perversa con piercing se arqueó. Gotas de agua brillaban en su cara cincelada de dios y sus pestañas oscuras, puntiagudas y mojadas, hacían que sus ojos azul hielo, ya de por sí preciosos, resultaran aún más impactantes. Me recordó totalmente a cómo se veía en el escenario hacia el final de un concierto —la ropa empapada, su piel dorada goteando sudor…

Era completamente injusto que estuviera aún más bueno chorreando.

Yo probablemente parecía una rata ahogada. O un mapache ahogado; ni siquiera me había quitado el maquillaje.

—Tu polla, gilipollas. Guárdatela en los pantalones.

—¿Por qué? —preguntó, con la polla todavía apretada contra mí mientras se pasaba las manos perezosamente por el pelo mojado.

—Porque es peligrosa de cojones.

—¿Peligrosa? —Me di la vuelta, pero aún podía oír la sonrisa en su voz petulante—. Piensa en ella como un arma cargada, nena. Solo es peligrosa si aprietas el gatillo. Y, cielo… tienes las manos en las tetas.

Bajé las manos. *Mierda*… Lo hacía sonar guarrísimo, como si me estuviera sobando, cuando lo único que hacía era intentar taparme de él.

No podía evitar que los pezones hubieran empezado a palpitarme cuando su polla se apretó contra mí, mi cuerpo volviéndose completamente loco en respuesta a su proximidad… como siempre que Zane me pillaba a solas.

Y no podía más.

Tres meses. Eso era lo que llevaba sin tener sexo con un hombre.

Tres. Largos. Meses.

Desde la última vez que dejé que Zane Traynor, mi marido pero no realmente mi marido, me follara de ida y vuelta al infierno.

Mi último brote de locura. Aunque probablemente no el último.

Porque tenía algún tipo de enfermedad. Una incapacidad para resistirle más de noventa días. Una debilidad incapacitante por su voz arrebatadora, su chulería, sus ojos azules y su pollón.

Por nombrar solo unos pocos.

Sí; miré esos ojos azules suyos, y lo supe.

Si no salía de esta ducha, ahora mismo… estaba jodida.

CAPÍTULO 2

MAGGIE

SUSPIRÉ FRUSTRADA Y apoyé las manos en la pared de la ducha para no tocar nada más —ni a Zane ni a mí misma. ¿Y lo peor? Él ya ni siquiera me estaba tocando.

Se había echado un par de centímetros atrás para que su polla dejara de rozarme. Pero estaba completamente erecta, apuntándome como una acusación cuando eché un vistazo atrás. Pesada, hinchada, larga y totalmente impúdica. No había nada educado en esa polla.

Él lo sabía, y no se molestó en taparla.

Joder, cómo le quería dentro.

—Mira… —dije, con cierto esfuerzo—. Sabes perfectamente lo que puedes hacer con eso. Lo que les haces a las mujeres. No voy a ponerme en plan superior ni fingir que soy inmune, pero…

—¿Mujeres? —dijo, fingiendo confusión—. ¿Como Jessa?

Fruncí el ceño.

—No, no como Jessa, pero…

—¿Elle?

Claro. Como bajista de Dirty y compañera de banda de Zane desde hacía años, Elle probablemente no se follaría a Zane ni aunque fuera el último hombre sobre la faz de la Tierra. Habían sido amigos demasiado tiempo, socios demasiado tiempo, se habían sacado de quicio el uno al otro durante demasiado tiempo.

—Bueno, no. Elle no. Solo…

—¿Katie?

Le fulminé con la mirada. La flamante esposa de Jesse estaba tan fuera del alcance de Zane que ni siquiera tenía gracia. Y él lo sabía. Jesse le mataría mientras dormía si intentara algo serio con ella.

—Katie no. Ni de coña digas eso.

—Eh, solo intento seguirte, Maggs. Has dicho que les hago algo a las mujeres. Que soy peligroso. O mi polla lo es. Pero acabo de nombrar a tres mujeres en un segundo a las que mi polla les suda.

Dios, el tío era irritante.

—Vale, a lo mejor no a *todas* las mujeres…

—Entonces solo a ti.

—Exacto. Solo a mí —dije en mi tono más sarcástico—. Venga, hazte el inocente. Échame toda la culpa. Me da igual. Solo llévate tu pollón y tus abdominales y tus ojos azules y tu sonrisa del demonio de mi puta ducha, y vete a acosar a otra.

—¿Acosar? —Se rio con su risa chulesca—. Solo me estoy duchando, nena. Entrando en calor. La que está obsesionada con mi polla eres tú.

—Está *dura*, Zane.

—Es una función biológica —dijo, bajando los párpados. Estaba disfrutando muchísimo de esto—. No siempre puedo controlarla.

—*Ya lo sé* —dije, despacio y con todo el hielo que pude reunir en medio de tanto vapor—. Ese es justo el puto problema.

La sonrisa se le borró, y entornó los ojos.

—¿Cuál es?

Me giré para encararle, tapándome como pude con las manos. No lo suficiente. Su mirada cayó, manoseando cada centímetro de piel expuesta.

—Tú y tu polla —dije sin inflexión, haciendo lo posible por ignorar el latido entre las piernas, la pesadez de mis pechos, el puto dolor de los pezones y mi respiración cada vez más agitada y desigual. Porque *sabía* exactamente lo que podía hacerme, en cuestión de segundos, si le dejaba, y ya estaba tambaleándome en ese precipicio entre el control y el abandono total, entre importarme y no importarme una mierda si follarme a Zane hasta reventar, aquí y ahora, era buena idea—. Los dos sois hierba gatera para un coño caliente y lo sabes de sobra.

Sus ojos se encontraron con los míos. Parpadeó una vez. Luego se rio, su infame carcajada vikinga, grande, atrevida y conquistadora, en toda mi cara.

Y solo durante esa fracción de segundo, el control ganó.

—Sí, me voy.

Me escabullí por el hueco estrecho entre su corpachón y la mampara de la ducha.

No llegué lejos.

Me agarró por la cintura y me hizo girar, presionándome la espalda contra la pared de azulejos. Fue fácil. Él era grande, yo era pequeña.

Además, en realidad no quería irme. Mi control se evaporó tan rápido que fue surrealista; la cabeza me daba vueltas mientras me inmovilizaba allí. Pero no luché.

¿Así que quizá solo quería protestar un poco antes de ceder?

Mierda. ¿Eso me hacía estar enferma? *Parecía* enfermizo.

Pero quizá no de la mala manera…

Sus dedos se clavaron en mis caderas y me sujetaron fuerte mientras se apretaba contra mí, y un escalofrío de anticipación nerviosa me recorrió entera.

—¿Coño caliente…?

Ya no se reía. Su mirada recorrió mi cara despacio, de los ojos a los labios entreabiertos, como si me estuviera leyendo. Y me sentí totalmente expuesta. Probablemente podía *oler* mi excitación. El tío era un sabueso total en lo tocante al sexo *y* a mi incomodidad.

Y cuando Zane y yo teníamos sexo, la incomodidad siempre era una parte —para mí.

Peor aún, había aprendido que mi incomodidad le excitaba. Igual que mis protestas cada vez más débiles.

Quizá para él todo esto no era más que un juego largo, lento, a veces doloroso, que iba ganando poco a poco.

Pero es que no podía evitarlo. Las protestas. La resistencia. El ceder.

Le deseaba como no había deseado a nadie en mi vida.

Y… deseaba no desearle.

Respiraba demasiado fuerte, aferrada a un hilo. Apoyé las manos en la pared detrás de mí, extendiendo los dedos e intentando agarrarme, como si pudiera pegarme al azulejo. Pero las caderas se me movieron inquietas entre sus manos, y me mordí el labio, retorciéndolo entre los dientes, fuerte.

—¿Me estás diciendo que estás cachonda, Maggs? —preguntó despacio, con su voz ahumada bajando a un tono peligroso. La lengua le asomó para lamerse el labio.

Tragué saliva.

—Decirme que estás cachonda es un movimiento muy, muy malo, Maggie May —insistió, con la boca tan cerca de la mía que sentía su aliento en la cara. Casi podía *saborearle*—. Si quieres que salga de esta ducha…

—Baja de las nubes —conseguí decir. Pero la voz me salió toda jadeante y patética.

—¿Por qué no dejas que me encargue de eso…? —dijo, como quien no quiere la cosa, como si se ofreciera a rascarte donde te pica—. Sabes que puedo encargarme… —Sus pulgares acariciaron las hendiduras entre mis huesos de la cadera y la ingle, despacio.

Y sabía que me estaba mojando ahí abajo, de una forma que no tenía nada que ver con la ducha. Todo mi cuerpo palpitaba, dolía, hambriento de él.

Tan jodidamente lista.

Tan jodidamente harta de esperar.

Tan jodidamente asustada de ceder.

—Pero es que de verdad… no… —*Mierda*. Respiraba cada vez más rápido, más fuerte, mientras las palabras me fallaban. Y las palabras rara vez me fallaban.

Su mirada cayó a mi pecho, que se agitaba.

—Claro que sí —murmuró.

Y sí. Claro que *puñetera* sí.

Él lo sabía, y la puta verdad era que yo había querido que lo supiera.

Cada una de las cosas que le había dicho esta noche —en realidad, durante todo el evento— le había dicho *Ni hablar*… Pero el

hambre detrás de cada palabra, cada mirada robada, le había dicho *Sí*.

En realidad, le había dicho *Por favor*.

Joder, por favor.

Dámelo.

Lo quiero.

Fuerte. Rápido. Solo dámelo…

Y él sabía que podía dármelo, que yo lo aceptaría, que en realidad no le pararía si lo intentaba. Pero no lo había intentado; al menos, no fuerte y rápido.

En lugar de eso, se estaba tomando su tiempo, alargando esto; saboreándolo.

Mi incomodidad. Mi resistencia. Mi lucha interior…

Tócame.

No me toques.

Tócame de una puta vez.

—Estabas guapa esta noche, Maggie —susurró. Luego sonrió un poco, la comisura de la boca curvándose hacia arriba de esa forma pícara e infantil que tenía cuando se ponía mono. No mono coqueto y no mono falso, no mono de peloteo-porque-quiero-tirármela. Solo mono.

Y me derretí por dentro como una imbécil.

—No —dije—. No hagas eso.

Letal. Zane siendo dulce conmigo; era tan peligroso como su polla dura meneándose delante de mí en una ducha caliente.

En realidad, era peor.

—¿Hacer qué?

—No seas majo —dije.

—Vale. Como quieras. —Se acercó, aplastándose contra mí—. Tengo más práctica siendo gilipollas, de todas formas.

Me agarró las manos y me las empujó por encima de la cabeza, inmovilizándome contra la pared. Sentí cada centímetro de su polla larga y dura apretada contra mi estómago… tan resbaladiza y mojada. Le sentí latir contra mí mientras el deseo le crecía, mientras se apoyaba en mí con su peso. Sus huevos, llenos, pesados y firmes,

presionaban contra mi clítoris. Su piercing del pezón se me clavaba en el pecho.

Y fue una especie de alivio.

Exhalé, como si hubiera estado conteniendo la respiración toda la puta noche.

Entonces dijo:

—Pero sí que estabas guapa —sus ojos azules en los míos—. Con ese vestidito negro, con el pelo todo recogido…

—Cállate ya, Zane.

—No dejaba de imaginarme lo que llevabas debajo —continuó, con los dedos clavándose en mis muñecas mientras movía las caderas, restregando su polla resbaladiza contra mí—. Y cómo estarías con el vestido todo subido hasta la cintura… mientras te doblaba y te follaba hasta hacerte gritar. —Entonces inclinó la cara como para besarme.

Pero no lo hizo.

En vez de eso, se tomó su puñetero tiempo.

—Me encanta cuando gritas… —murmuró.

Entonces encajó su boca en la mía.

Y encajó tan jodidamente bien, como si hubiera nacido para besarme. Como si yo hubiera nacido para que él me besara.

Lo hizo despacio, además, solo para restregármelo. Para darme toda la oportunidad del mundo de apartarme, de empujarle, de decir que no, de abofetearle.

No hice ninguna de esas cosas.

Me abrí al deslizamiento de sus labios mojados, resbaladizos y cálidos, y gemí desesperadamente cuando deslizó la lengua dentro de mi boca, caliente y agresiva pero lenta… lamiéndose contra la mía en una danza tortuosa que hizo que todo mi cuerpo se enroscara contra él.

Luego retiró la boca igual de despacio, haciéndome gemir.

—¿Más? —preguntó con una media sonrisa. Pero esta vez era una sonrisa feliz, no una sonrisa chulesca, con los ojos azules brillándole.

Alegría, no victoria.

Peor.

—Sí, más —dije, medio desesperada, medio enfadada mientras luchaba por inclinarme hacia él. Pero me mantuvo clavada contra la pared mientras me besaba; mientras yo le devolvía el beso.

Y cerré los ojos, para no tener que ver esa terrible alegría en su cara.

Me pasó las dos muñecas a una sola mano y, manteniéndolas sujetas, deslizó la otra mano hacia abajo, entre mis piernas. Jadeé cuando me tocó, mi cuerpo respondiendo de esa manera que solo él podía provocar, acariciando todos mis puntos con la presión exacta… provocándome al principio, dejándome acostumbrarme a su tacto, y hundiendo los dedos gradualmente… haciéndome desear solo un poquito más.

—Más… —susurré cuando me besó el cuello hacia abajo, su dedo deslizándose dentro de mí. Le mordí el hombro y gemí cuando un segundo dedo se unió al primero.

—*Joder*… Necesitamos un condón —murmuró—. Necesito estar dentro de ti…

Suspiré, estremeciéndome mientras sus dedos se movían dentro de mí.

—Tengo.

—¿Tienes?

Abrí los ojos y le encontré mirándome. Una sonrisa le jugaba en los labios, pero noté que intentaba contenerla. Y me puso borde; la sonrisa y la contención.

—Sí —dije, apartándome de su mano—. ¿Y qué?

Me soltó las muñecas y me crucé de brazos sobre el pecho, pero él deslizó la mano de vuelta entre mis piernas, imperturbable.

—Maggie May —dijo, acariciándome despacio—, ¿estabas planeando echar un polvo en la boda de Jesse y Katie?

Me ericé, intentando que lo que estaba haciendo ahí abajo no me afectara, pero *mierda*. No era tan buena actriz.

—No. No planeándolo. Solo… estando preparada.

—Preparada. —Pareció darle vueltas a la palabra en la boca, mientras me hacía círculos en el clítoris con las yemas de los dedos —. Porque… sabías… que en cuanto me vieras subir por el pasillo con mi traje, no podrías resistirte.

Le aparté la mano y miré hacia otro lado, por encima de su hombro, cuando dije:

—Porque sé que no puedo fiarme de ti.

Y era verdad.

Dicho simplemente, no sabía si *alguna vez* podría fiarme de un hombre que se parecía tanto a mi padre. Ese hombre ausente, egocéntrico e irresponsable que, por desgracia, me había moldeado, que había proyectado una sombra de abandono sobre toda mi vida, pero que nunca había sido realmente *real* para mí. Nunca había estado ahí de verdad cuando le necesitaba.

Zane, en cambio, siempre había estado ahí para mí.

Y sin embargo se parecía tanto, *tantísimo*, a mi padre.

Estrella del rock.

Ególatra.

Mujeriego.

Mi padre incluso era duro y rubio. Al menos, lo era de joven.

En cuanto fui consciente del parecido —en nuestra boda— se me había metido en los huesos y había echado raíces, atrapándome con zarcillos irritantes de resentimiento. Era un picor terrible que no podía rascar, del que no podía librarme, porque —a diferencia de mi padre— Zane siempre estaba aquí. En mi cara. En mi vida. En todo lo que hacía. Mi jefe. Mi amigo.

Mi peor miedo.

No, definitivamente no podía fiarme de un putero chulito que trataba tirarse a mujeres como un pasatiempo cualquiera. Levantarte por la mañana, rascarte el culo, tomarte un café, ir a follarte a alguien.

Mi padre había vivido así, nunca me había puesto por delante de las necesidades de su propia libido y su ego inflado, y yo no quería otro hombre así en mi corazón.

Jamás.

Pero sí quería, por desgracia, el resto. El resto de Zane.

Un hombre cariñoso, apasionado y que estaba ahí para mí. Un hombre que probablemente *mataría* por mí.

Sexy. Con talento. Y sí, un poco peligroso.

Simplemente el tío más guay que había conocido.

A ese Zane, sabía que le deseaba.

Pero no podías quedarte con uno sin aceptar al otro.

Me tocó la barbilla suavemente, girándome la cara hacia la suya. Sus ojos azules sostuvieron los míos, y había un desafío en ellos.

—Lo que quieres decir es que no te fías de ti misma conmigo.

Eso también era verdad.

Y sentí cómo me cerraba por ello.

—Están en mi bolso —le dije—. En la cremallera del lateral. Ve a por ellos y ahora voy.

—O puedo traerlos aquí…

—Fuera —dije—. Quiero secarme el pelo o me voy a helar.

—Yo te caliento —dijo, deslizando las manos hacia abajo alrededor de mi culo y apretando, los dedos hundiéndose profundo, enviándome escalofríos de deseo por todo el cuerpo. Luego me besó otra vez, caliente y profundo.

Le devolví el beso, con movimientos que me parecían forzados incluso a mí. Sentía cómo me replegaba, cómo guardaba mis emociones detrás de mi muro pulcro y ordenado —el que Zane siempre me acusaba de levantar entre nosotros.

Se apartó, con los ojos entornados en los míos. Seguro que lo sentía, ese muro subiendo.

Siempre lo sentía.

Desde su punto de vista, mi muro era probablemente la raíz de todos nuestros problemas.

—Te veo fuera —dijo, dándome un último apretón persistente en el culo. Me sostuvo la mirada hasta que asentí.

Luego se fue, y respiré hondo.

Me giré y apoyé la frente contra la pared de azulejos.

Solo necesitaba respirar un aire que no fuera el suyo, un espacio donde él no estuviera apretujado. Un momento para dejar que mi cuerpo se enfriara. Para poder pensar con claridad…

Y averiguar cómo salir de esta.

CAPÍTULO 3

ZANE

HABÍA EXACTAMENTE SEIS, en una tira. Con estrías, y la talla era XL. Lo cual me produjo un perverso subidón de satisfacción.

Porque estaba claro que los condones que había traído eran para mí.

A no ser que Maggie esperara que algún otro tío con polla XL se la cepillara ese fin de semana…

Pero eso ni de coña.

Si era así, tendría que follármela hasta que se le olvidara la idea.

Cuando salió del baño unos minutos después, yo estaba tumbado en la cama con el fuego encendido y las luces apagadas. Se quedó allí, en la puerta, mirándome. Tenía el pelo oscuro medio seco, las puntas todavía húmedas, y lo llevaba alisado con cuidado alrededor de la cara.

Del cuello a las rodillas iba tapada con una camiseta térmica verde militar horrorosa que le sentaba como una tienda de campaña.

Me reí.

Maggie me fulminó con la mirada.

—¿Otra vez con la camiseta de otro tío, Maggs?

Se cruzó de brazos a la altura de la cintura y casi pude distinguir sus curvas.

—¿Celoso?

—Me transporta al pasado. Ya sabes, a nuestra noche de bodas, cuando casi te tiraste a Coop antes de casarte conmigo…

—Es de Dylan —dijo apretando los dientes—. Porque *algunos* hombres son lo bastante atentos como para prestarme una camiseta de más cuando estoy ayudando al personal a montarlo todo, con el frío. Ya sabes, mientras otros hombres se pasan medio día durmiendo.

Bueno, eso explicaría la talla. Dylan medía casi dos metros, era un batería maníaco hecho de puro músculo, y Maggie apenas llegaba al metro cincuenta y pesaba lo mismo que un pajarito empapado.

—Qué detalle. Si lo que intentaba era evitar que echaras un polvo.

—No voy a echar ningún polvo.

—Déjame adivinar —dije, deslizándome el brazo detrás de la cabeza a modo de almohada—. Has cambiado de opinión.

—Es prerrogativa de una mujer.

—Bueno, es prerrogativa de un hombre volver a intentarlo.

No se movió de la puerta.

—¿Sabes? Tu cabaña es mucho más bonita que la mía. Lo sé porque yo hice la distribución de habitaciones. Lo cual también explica por qué está lejísimos, en la otra punta del resort.

—La geografía no puede separarnos, nena.

—Pues sí que puede. Tu polla no es tan larga.

Me reí otra vez.

—Deberías habernos puesto en la misma habitación y ahorrarte la molestia.

—¿Y por qué iba a hacer eso?

—Porque sabes que voy a acabar aquí de todas formas.

—¿Y eso cómo lo calculas?

—Porque estamos casados.

Puso los ojos en blanco.

—Es plena noche. Quiero dormir, Zane.

—Pues duerme. Hay sitio. —Eché un vistazo a la cama. Era de matrimonio, no enorme, pero suficiente… si yo no estuviera desparramado ocupando tres cuartas partes—. Si no cabes, podemos acurrucarnos.

Suspiró profundamente, se acercó y se quedó de pie junto a la cama. Dudó allí, mirándome. Totalmente jodidamente insegura.

—Zane. De verdad creo que no deberíamos hacer esto.

—Vale. —Me aparté para dejarla entrar y me tapé con la sábana —. Manos quietas. —Y lo decía en serio. Si de verdad no quería que la tocara, yo no iba a ser ese tipo de tío.

Pero acabaría cediendo.

Se demoró, toqueteando la manta de su lado y ahuecando la almohada.

Luego se metió en la cama. Se arropó bajo las mantas, tumbada tiesa como un palo boca arriba, y cerró los ojos.

—Lo digo en serio —dijo—. Me voy a dormir.

—Ni se me ocurriría molestarte —le dije—. Ni te toco. Prometido. —Entonces agarré las mantas y se las fui quitando de encima, despacio.

Todas.

Abrió los ojos y me miró mientras yo tiraba la ropa de cama detrás de mí, al suelo.

Levanté las manos.

—No te estoy tocando.

—Por el amor de Dios, Zane. Madura de una vez.

—En ello estoy.

Mi mano reptó hacia ella y le subió la tienda de campaña de camiseta por el muslo. Sin tocarla a ella, solo la camiseta. Debajo, se había puesto lo que probablemente pensaba que eran bragas discretas. Unas negras lisas, como pantaloncitos cortos.

Sexis.

Pasé la yema del dedo por el borde de las bragas, sobre la curva de su cadera, la tela como una fina barrera entre su piel y la mía.

—Me pregunto lo cachonda que puedo ponerte sin siquiera tocarte…

—Tocar mis bragas cuenta como tocarme, Zane.

—Venga ya, Maggie. ¿Dónde queda la gracia? —Me acerqué más a ella, y mi polla desnuda le tocó el muslo. Por accidente—. ¿Tocarte con la polla cuenta?

Me lanzó una mirada envenenada.

—Zane. Te lo he dicho. Esto no es buena idea, ¿vale?

Le pasé el dedo otra vez por encima de las bragas, y hacia abajo entre las piernas, acariciándole el coño a través de la tela suave. Se removió, pero de una forma perezosa y cansada, como si no tuviera voluntad para luchar —al menos, no físicamente.

Como siempre, el cuerpo de Maggie estaba en total contradicción con su mente tozuda.

Le deslicé la mano hacia arriba y le bajé las bragas con cuidado, enganchando los dedos por dentro… deslizándoselas despacio sobre las caderas… sin que mi piel rozara la suya en ningún momento.

—Zane…

—Fíate de mí, Maggie.

Frunció el ceño.

—Ya.

—Vale… no te fíes. Pero dame una oportunidad. Dos minutos. —Le deslicé las bragas por las piernas y se las quité de los pies—. Si no consigo hacerte cambiar de opinión en dos minutos, sin tocarte, te pones las bragas y la camiseta tienda de campaña y te dejo en paz.

Entonces le subí la camiseta y se la quité por la cabeza, con la semicooperación de Maggie. Se desplomó desnuda y medio resistente debajo de mí, tensa y suave, iluminada por el fuego y preciosa.

Puse las manos en la cama, a cada lado de su cintura, y me incliné, más cerca… desplazándome sobre ella… tan cerca que podía sentir mi aliento en su piel. Me cerní sobre un pezón, luego sobre el otro, como si fuera a besarla ahí, pero no lo hice.

Se arqueó un poco y se removió debajo de mí, respirando cada vez más rápido.

Entonces bajé… hasta quedar en posición para lamerle el coño. No lo hice. Le soplé encima, lento y caliente, y simplemente la dejé desearlo.

Cuando le miré la cara, se estaba mordiendo el labio.

—Esto es ridículo… —dijo. El tono era aburrido y tenso de desprecio, pero las palabras le salían sin aliento de necesidad.

Y *era* ridículo. Los latidos desbocados de mi corazón eran ridículos.

El latido incesante de mi polla era peor.

Me levanté y fui al ramo de flores que había en la mesa junto a la puerta. Ya había leído la tarjeta mientras ella se secaba el pelo. Era de Jesse y Katie, dándole las gracias por ayudar con la boda. Era enorme, varias docenas de flores. No tenía ni idea de qué eran, pero arranqué una de las grandes flores rosas y esponjosas, con todos esos pétalos revoloteantes y sedosos. Luego la llevé de vuelta a la cama.

Maggie me siguió con la mirada paso a paso, con los ojos muy abiertos. Estaba tan joven y dulce y perfecta tumbada allí a la luz del fuego, que me detuve junto a la cama para mirarla. Todas las líneas duras y acusadoras de su cara se habían suavizado, sus ojos y su boca, normalmente tensos cuando me miraba, más relajados de lo habitual.

Me arrodillé sobre ella en la cama, sin tocarla en absoluto, y bajé la cabeza de la flor entre sus piernas.

Se retorció el labio inferior, carnoso, entre los dientes.

Justo antes de que los pétalos le rozaran el clítoris como un susurro, la aparté. Gimió un poco, aferrando la sábana debajo de ella, y mi polla dio un tirón.

Solo esperaba que mis dos minutos fueran suficientes.

Deslicé la flor sobre su pecho izquierdo, haciéndola girar despacio para que los pétalos revolotearan sobre su pezón tenso. Luego hice lo mismo con el otro pezón. A Maggie se le abrió la boca y el cuerpo se le arqueó hacia el contacto ligero, justo antes de que lo retirara.

Entonces bajé la flor, hacia abajo, hacia abajo… hacia su coño. Me detuve, encontrándome con sus ojos. Me estaba mirando, y estaba perdiendo el control. Podía verlo… su muro se desmoronaba, como siempre lo hacía antes de que cediera ante mí, antes de que se lanzara al vacío.

Bajé la flor y revoloteé los pétalos sedosos sobre su clítoris.

Maggie jadeó y abrió las piernas. Su muslo chocó contra el mío.

—Eso no ha contado, joder —la provoqué, haciendo girar la flor y deslizándola entre sus piernas—. Tú me has tocado a *mí*.

—Zane —susurró, sin aliento—, tus dos minutos se han acabado, ¿vale? —Se sacudió debajo de mí cuando levanté la flor.

—¿Quieres que pare?

—No —dijo, prácticamente jadeando—. No quiero que pares.

Se me extendió una sonrisa por la cara. No pude evitarlo.

Bajé la flor otra vez, provocándola… deslizándola sobre su coño, sobre la cara interna de los muslos, mientras se retorcía.

—*Zane*…

Entonces me puse serio. Me bajé entre sus piernas y pasé la lengua suavemente sobre su carne dulce, lamiéndole el clítoris. Luego deslicé la flor sobre ella otra vez. Sus manos se hundieron en mi pelo, intentando sujetarme abajo, intentando que le diera más. Se sacudía y gemía. Pero me tomé mi tiempo, conteniéndome… aunque me estaba volviendo loco. Mi lengua, la flor… Los gemidos de Maggie.

Luego mi lengua bien dentro de ella… Luego la flor susurrando sobre su clítoris.

Luego mi boca en su clítoris y sus gemidos subiendo de volumen.

El clítoris se le endureció bajo mi lengua, su coño hinchándose, jugoso y mojado mientras la yema de mi dedo le acariciaba la entrada.

—¿Quieres que pare? —susurré, besándole el coño, luego acariciándola con la flor.

—*Ni se te ocurra* parar, joder…

Me levanté, y lo más rápido que pude me puse un condón. Luego volví a por ella… mi boca, la flor… mis dedos… Los gemidos de Maggie.

Cuando no pude más, me desplacé hacia arriba por su cuerpo.

—Sé que me deseas, Maggie —dije, mientras le besaba el cuello. Mi mano se hundió entre sus piernas y ella se sacudió contra mí; sus brazos volaron a mi cuello y me apretó fuerte—. ¿Por qué luchas tanto contra ello? —Le lamí la garganta hacia arriba—. Sabes que somos buenos juntos…

—No estamos juntos —protestó.

—¿No? —Le abrí más los muslos y bajé las caderas. Empujé la polla dentro de ella, hundiéndome profundo. Estaba tan mojada…

me acogió, caliente y rápido—. A mí me parece que sí…

Gimió, pero no dijo nada.

—Voy a follarte toda la noche si hace falta… hasta que te entre en la cabeza…

—La noche casi se ha acabado —dijo, sin aliento, jadeando mientras la embestía.

—Entonces te follaré toda la mañana. Te vas a quedar en esta habitación, conmigo, y vas a acoger mi polla, de todas las formas que quiera dártela… hasta que veas la puta luz…

La respiración se le hizo más ronca mientras la follaba, más fuerte, mis embestidas acelerando gradualmente hasta que gritaba. Casi me perdí en esos gritos suyos, desgarrados y entrecortados…

Llegaba música a través de una pared. Alta. Arctic Monkeys… Me pregunté vagamente si alguien la había puesto para ahogar los gritos de Maggie.

En ese momento, a ella parecía sudarle completamente.

A mí también.

Estaba cerca y lo único que me importaba, ahora mismo, era llevarla hasta allí. Así que frené. Porque sabía que, con Maggie, eso solo la llevaría más rápido…

Le puse la mano en la cara, agarrándole la barbilla, y la obligué a mirarme.

—¿Segura de que puedes con esto? —la desafié mientras la miraba a los ojos grises… mientras le abría los muslos con las caderas y se la daba despacio. Casi me quedaba sin aliento mientras me contenía, tan jodidamente envuelto en ella que se me olvidaba respirar.

—¿Y tú? —dijo, mirándome desde abajo, su voz apenas un susurro en la oscuridad.

Y la respuesta era que no. No podía con esto.

No había nada en esto con lo que pudiera.

Lo que pasaba conmigo era que… lo haría de todas formas.

CAPÍTULO 4

ZANE

ME FOLLÉ A MAGGIE hasta llevarla justo al borde, y cuando la sentí tensarse, las uñas clavándoseme en el culo, la respiración volviéndose entrecortada y desesperada, le susurré:

—¿Y si no puedo soportarlo?

—¿Qué? —Maggie me miró parpadeando, aturdida y jadeante—. ¿Qué? *¿Por qué?*

—Maggie. —Le recorrí la nariz con la punta de la mía, rocé mis labios contra los suyos, carnosos—. Porque te quie...

—¡NO! No, no. —Giró la cabeza y trató de apartarme—. Tenemos que parar.

Así que paré. Dejé de embestir e intenté recuperar el aliento.

—He dicho *parar* —dijo, empujándome—. *Sal de mí.*

Me quedé mirándola.

—¿Hablas en serio?

Me fulminó con la mirada.

—Maggie.

—*Zane.*

—*Joder,* Maggs. —Salí de ella—. Dime que me estás vacilando —dije, jadeando— y que estás a punto de tumbarme boca arriba y subirte encima para darme una buena cabalgada. Porque sé que te encanta cabalgar.

Me lanzó una mirada asesina, también jadeando, pero era verdad. A Maggie le encantaba ponerse encima. Quedarse boca arriba no era su estilo habitual.

Tampoco lo era decirme que saliera de ella segundos antes de tener un orgasmo salvaje y abrasador.

—Y si no —añadí—, eso ha sido lo más cabrón que me ha hecho una tía en la vida. Y una vez una tía me apuñaló.

—Un cepillo de pelo —dijo, sin una pizca de compasión.

—Era puntiagudo.

—Ya lo sé. ¿Quién te llevó al hospital? —Me empujó otra vez y suspiré, apartándome mientras ella se revolvía para separarse de mí en todos los sentidos posibles.

—¿Qué coño pasa, Maggie? —Me dejé caer en la cama a su lado —. Me deseas. No me deseas. ¿Y ahora decides que no me deseas justo en mitad de desearme? Pero qué cojones.

—Lo que yo *quiero* —dijo, todavía jadeando— es follar. Y tú acabas de joder un polvo perfectamente decente abriendo la boca.

—¿Sí? Pues perdona que *te joda* por compartir lo que siento contigo. No volveré a hacerlo.

—Sí que lo harás. Te *mueres* por compartir lo que sientes. Pero entérate de una cosa, Zane: no voy a empezar a fiarme de ti como por arte de magia solo porque me digas que me quieres.

—¿Y por qué coño no?

—Porque *no* me quieres.

Nos miramos fijamente como dos toros a punto de embestir, y me pregunté si debería quitarme el condón. La polla me seguía palpitando, y ella estaba ahí tumbada, fulminándome con la mirada, reluciente de sudor a la luz del fuego, la respiración calmándose poco a poco, el pelo oscuro extendido sobre la almohada.

Me apoyé en un codo y la miré desde arriba.

—¿Y tú cómo cojones lo sabes?

—Porque —dijo, con expresión pétrea— no tienes ni puta idea de lo que significa esa palabra. —Pero sus ojos grises parecían tiernos y vulnerables. Estaba cabreada conmigo, pero tenía miedo. Eso era evidente.

Maggie y su puto muro de los cojones.

Mi mirada descendió por su garganta, donde el pulso le latía a un ritmo frenético. Mi mano se deslizó hacia ella, la yema del dedo trazando una línea a lo largo de su delicada clavícula.

—¿Esto es, por casualidad, por Dallas?

Se erizó, el cuerpo encogido en señal de protesta y la cara arrugada como si tuviera un sabor asqueroso en la boca. Pero no me apartó.

—No. No es por… —Se detuvo, incapaz de decir el nombre, al parecer, y tragó saliva. Tampoco me miraba a los ojos—. Las mujeres con nombre de ciudad ya tienen bastantes problemas. ¿Quién soy yo para criticar?

—Ajá. —Mi dedo siguió bajando hacia su pecho y rodeó la suave curva.

—O de flores —continuó—. Ya sabes, como tu amiguita Daisy. ¿Y cómo se llamaba la otra, la de Toronto? ¿Rosie? ¿O era Petunia? Quién puede llevar la cuenta. —Su tono era frío, pero sus ojos grises centellearon cuando por fin me miró.

Joder. ¿Maggie, celosa?

Me puso cachondo que flipas.

No debería. Lo sabía. Pero mi polla nunca me mentía.

Maggie estaba *buenísima* cuando estaba celosa.

Lentamente, le rodeé el pezón rosado con la yema del dedo, y se endureció, duro como una piedra y suplicando que lo lamieran.

—Nunca te puse los cuernos, Maggie.

Soltó un bufido.

Le sostuve la mirada gris.

—Lo has dicho tú misma. No eres mi mujer.

—No lo soy.

—Bueno, pues no puedes tenerlo todo, nena. Si no eres mi mujer, entonces yo no soy tu marido. —Mi dedo le rodeó el pezón otra vez, despacio—. Y si es así, ¿no convierte eso a mi polla en agente libre?

—Tu polla puede hacer lo que le salga del coño —refunfuñó.

—Bien. Porque mi polla te quiere a ti. —Me incliné para pasarle la lengua por el pezón. Mientras la lamía, se removió y emitió una especie de gruñido gutural.

Así que le cogí la mano y se la puse en la polla. Me la acaricié con ella, despacio, arriba y abajo. Entonces ella apretó la mano a mi

alrededor, con una fuerza brutal. Probablemente pretendía hacerme daño.

No funcionó.

La miré.

—¿Quieres esto o no? —le pregunté con la voz ronca y áspera.

Se relamió el labio, despacio.

—Quiero tu polla. —Sus ojos grises sostuvieron los míos, fríos y controlados. Esos ojos que decían: *No te quiero a ti.*

Pero yo no me lo creía.

Nunca me lo creí.

Así que la agarré por las caderas y le di la vuelta. Soltó un chillido de sorpresa pero no opuso resistencia.

No me dijo que parase.

Me puse a horcajadas sobre ella, las rodillas a cada lado de sus caderas, y le levanté el culo hacia mí.

—¿Quieres esto? —Le deslicé la polla entre las piernas, resbaladiza contra su coño.

—Sí —exhaló.

Así que se la metí de golpe. Sus manos arañaron la sábana, retorciéndola a puñados mientras me hundía en ella. Me incliné contra su espalda, la curva de su cuerpo contra mi pecho, y le clavé las caderas contra el culo. Jadeó al sentirme dentro, al notar cómo me abría paso más adentro.

Le agarré el cuello y la sujeté con fuerza.

—¿Esto es todo lo que quieres? —pregunté mientras gemía con cada embestida.

—*Sí*…

Me la follé más fuerte, estirando la mano para frotarle el clítoris con los dedos. Maggie hundió la cara en la almohada, temblando y gimiendo.

—Pues suplica —le dije.

—*Ung*… Zane —gimió.

La embestí otra vez, y otra, hasta que supe que tenían que estar poniéndosele los ojos en blanco.

—Suplícamelo.

—No…

—Joder, Maggie.

Salí de ella. Le di la vuelta y me metí entre sus muslos. Sus piernas se enroscaron en mi cintura, sus brazos en mi espalda mientras me dejaba caer sobre ella. Entonces me la follé como más quería follármela; de la forma que siempre era la más difícil de follármela: cara a cara.

Porque, como de costumbre, Maggie esquivaba esa mierda.

Enterró la cara en mi cuello. Se negó a mirarme, daba igual cómo se lo diera. Fuerte o rápido o despacio, me daba igual.

No me miraba a los ojos.

Así que salí casi del todo, hasta que solo la punta de la polla quedó dentro, provocándola. Su cuerpo protestó, sus muslos apretándose a mi alrededor, sus uñas clavándose en mi espalda.

—Suplícame, Maggie —dije.

—*Por favor* —escupió.

Se lo di, fuerte pero no rápido, y me incorporé un poco para poder verla. Para que no pudiera esconderse.

Tenía los ojos cerrados. Pero se estaba tensando, la respiración entrecortándose, superficial y rápida.

Me incliné y le besé el cuello, le lamí el camino hasta la oreja. Se estremeció debajo de mí.

—Si esto es todo lo que quieres… —le susurré mientras la embestía— entonces no quieres que pare… no cuando estás justo al borde. Lo noto, nena. Sé cómo te pones justo antes de explotar.

Abrió los ojos entonces, solo un poco, mirándome bajo las pestañas. Esos ojos grises… *Joder,* esos ojos.

No era la única al borde.

—Di mi nombre, Maggie —le ordené, con la voz ronca y rota.

—No… —dijo, con un jadeo entrecortado.

—Dilo. Quiero oírlo cuando te corras.

La embestí, lento y profundo, clavando las caderas hacia arriba, arrastrando la pelvis contra la suya, para que no pudiera resistirse aunque quisiera. Aunque se quedara ahí tumbada sin mover un músculo, se correría. Porque yo sabía exactamente dónde darle, y con cuánta fuerza, y en qué ángulo, y cuántas putas veces.

Puede que no nos hubiéramos acostado más que un puñado de veces, pero yo prestaba atención.

Cuando empezó a correrse, dijo: «*Zane… por favor…*», y una llamarada de victoria me estalló en las entrañas, extendiendo calor por todo mi interior, mientras yo temblaba por la fuerza de contenerme… esperando a que ella llegara primero.

—Sí, nena… —La sujeté mientras gritaba. Mientras su coño se contraía, estrangulándome la polla. Mientras el placer le recorría el cuerpo… me recorría el mío—. Voy a correrme de cojones. Dime que lo quieres.

Sus ojos grises, nublados, me miraron.

—Lo quiero.

—Joder… *sí*… Maggie… voy a dártelo…

Y entonces me perdí del todo mientras me corría dentro de ella. Lo único que veía era su cara. Esos ojos grises… solo Maggie, mirándome, mientras le daba todo lo que tenía.

Tres putos meses de todo…

Solo para ella.

—Contémoselo a todo el mundo.

—¿Contar el qué a todo el mundo? —Maggie me miró mientras me desplomaba en la cama a su lado.

Había ido a tirar el condón y había descubierto que las piernas me temblaban bastante. Follar con Maggie no solo me había dejado flojo de rodillas, como siempre, sino que la hora de la noche empezaba a hacer mella de verdad. Estaba jodidamente agotado.

—Ya sabes qué —dije, cerrando los ojos. La idea se me había ocurrido en el baño, y era jodidamente brillante, a mi parecer—. Podemos hacerlo hoy, en el brunch. Nuestros amigos más íntimos están aquí, y no hay prensa, no hay internet. El sitio perfecto para contárselo a todos y pedirles que lo mantengan en secreto mientras aclaramos nuestras mierdas.

—Me estás vacilando, ¿no?

Abrí los ojos y la miré. La luz del fuego parpadeaba sobre su cara bonita, sus labios carnosos fruncidos en un mohín enfadado. Tenía la

sábana enroscada como un capullo, con la cabeza y los brazos como única piel a la vista.

—Nunca he vacilado con esto —le dije.

Negó con la cabeza, despacio, haciendo un ruido irritado con la garganta. Del tipo que normalmente me ponía duro como una piedra, pero toda la pelea y el follón a las cuatro de la mañana me habían dejado hecho polvo.

—Déjalo —murmuré, cerrando los ojos otra vez. Adiós a la puta idea brillante—. Solo era una sugerencia, Maggs.

—Ajá. Y déjame adivinar. Se te ha ocurrido hace unos dos segundos.

—¿Y?

—¿Y te parece apropiado anunciarle a todo el mundo, en la boda de Jesse y Katie, que nos casamos en secreto en Vegas hace casi un año?

—Y yo qué coño sé.

—Zane. —Me empujó el hombro y entreabrí los ojos—. No les vamos a hacer eso. Este es *su* evento, no el nuestro.

—Vale. Lo que sea.

Pero Maggie no había hecho más que empezar.

—¿Tienes la más mínima *idea* de cuánto trabajo ha costado esta boda? ¿Cuánto se han *gastado*? ¿Cuánta gente con otras cosas que hacer ha volado hasta aquí, solo por ellos? Porque yo sí. Puedo decirte lo que ha costado y cuánto trabajo ha llevado. *Mucho*. Porque cuando la gente *de verdad* quiere casarse, eso es lo que hace.

Suspiré y cerré los ojos. *Allá vamos otra vez.* —Bonita puñalada, Maggs.

—También puedo decirte lo que *significa* para Jesse y Katie —continuó—. *Mucho.* —Me pinchó en las costillas con su dedo diminuto—. Y como, a diferencia de ti, yo no creo que el universo entero gire a mi alrededor y mis impulsos, te aseguro que, a pesar de lo que puedas pensar, mear encima de su fiesta con nuestros trapos sucios *no* es un regalo de boda apropiado. Así que espero de verdad que les hayas comprado otra jodida cosa.

Cuando por fin terminó, se dejó caer sobre la almohada.

—Pues claro. Una mesa de billar. —Abrí un ojo—. Ya sabes, para tener algo que hacer en su casa cuando desaparecen para echar un jodido rapidito, que siempre lo hacen.

—O sea que es un regalo para ti mismo.

Abrí el otro ojo y me giré hacia ella.

—Ellos la pueden usar cuando yo no estoy.

—Qué detallista, Zane.

—Ya lo sé.

—Y de todos modos, no le vamos a contar a nadie lo de Vegas —dijo, sin mirarme—, porque no estamos casados.

Me senté, frotándome los ojos. La música de la habitación de al lado se cortó de repente, y el silencio era demasiado jodidamente fuerte. No me había dado cuenta de lo alta que estaba la música, en realidad, hasta que llegó el silencio.

—Madre de Dios —murmuré—. Ya basta de gilipolleces. —Primero la boda, para la que me había aguantado llevar un puto traje *con* corbata, después el concierto de casi dos horas que había tocado tras la boda, muchas más horas de fiesta e improvisación, un baño en cueros helado, y sexo con Maggie —que era como hacer doce asaltos en una jaula con un gato salvaje— y estaba jodidamente hecho polvo—. *Sí* —le dije—, lo estamos.

—No si nos divorciamos.

Me incliné y la miré directamente a los ojos y le dije, igual que ya le había dicho, varias veces:

—No me voy a divorciar.

—*¿Porque…?* —dijo—. ¿Va en contra de tus principios o algo así? —Y soltó un bufido, como si yo no tuviera ninguno.

—Sí. Nos casamos. Asumámoslo de una puta vez.

Puso los ojos en blanco. Y yo odiaba con toda mi alma cuando ponía los ojos en blanco.

—¿A esto lo llamas matrimonio?

—Podría serlo.

—Que haya habido una boda no significa que haya un matrimonio, Zane.

Me pasé una mano por la cara.

—Pues puede que no tenga ni puta idea de lo que es un matrimonio. Puede que no sepa *cómo* tener uno.

—Puede que no.

—Puede que quiera intentarlo. —¿De verdad era tan jodidamente difícil de creer?

—Bueno, perdona si no me interesa jugar a las casitas contigo —dijo, incorporándose de golpe y quitándose la sábana.

—¿Y qué coño significa eso?

La observé ponerse a tirones la camiseta gigante de Dylan. Entonces me lanzó una mirada acusadora.

—Significa que si quieres hacer un experimento social de monogamia y compromiso, hazlo con otra.

Me la quedé mirando.

—O sea, que mimos y charla de almohada, descartados, ¿no?

Alguien llamó a la puerta y Maggie se puso rígida. Susurró:

—¡Cállate!

Yo ni había dicho nada.

—No digas una palabra —siseó, agarrando una almohada y abrazándola, como si pudiera hacerla desaparecer—. No hagas un solo ruido. —Entonces alargó la mano y me agarró la muñeca.

Me miró, con los ojos grises muy abiertos, como si la idea de que quien estuviera al otro lado de esa puerta me viera aquí, con ella, fuera lo más espantoso que pudiera ocurrir jamás.

Lo cual me jodió *pero bien*. Sobre todo teniendo en cuenta que se acababa de correr encima de mi polla.

Volvieron a llamar.

Que le den.

Me levanté. Porque en ese momento me importaba una mierda quién estuviera al otro lado de esa puerta.

—ZANE —gritó—, ¡NO!

Pero lo hice. Fui directo a la puerta de Maggie y la abrí.

En pelotas.

A DIRTY LIE

NOTA DE LA AUTORA

La noche de la boda de Jesse y Katie en *Tan canalla como Brody (Dirty Like Brody)*, vemos a la amiga y acompañante de boda de Jessa Mayes, Roni, salir corriendo (desnuda) hacia el bosque después de un baño nocturno en cueros en las gélidas aguas de Cathedral Cove, acompañada por Dylan y Ash (desnudos).

Chica con suerte.

Poco después, Brody cree oír a Roni «entreteniendo» a ambos hombres (a todo volumen) a través de la pared de la habitación de Jessa en la cabaña.

Entonces, ¿qué pasa *realmente* cuando la sexy *Wild Card* Roni desaparece en la oscuridad con dos estrellas del rock buenorras y desnudas?

No lo que crees…

— Jaine

CAPÍTULO 1

RONI

—CO… condones —logré decir entre jadeos.

Me ardían los pulmones. Mucho. Bueno, me dolía todo. Porque hacía unos cinco minutos, bañarse en cueros a medianoche me había parecido una idea genial.

¿Y ahora? No tanto.

Acababa de llegar a la puerta de mi cabaña, pero me di la vuelta para mirar a Ash y Dylan, que estaban justo detrás de mí, tiritando. Los dos me miraban las tetas desnudas rebotar mientras yo daba saltitos para intentar entrar en calor.

—¿Tenéis… condones? —*Mierda*. Me castañeteaban los dientes.

—Eh… —Ash miró a Dylan y luego bajó la vista hacia su propio cuerpo desnudo—. *Encima*, no. —Los dos estaban en pelotas, así que dónde iban a llevar un condón, ni idea. Pero ese no era mi problema.

Los tres estábamos completamente desnudos y muertos de frío. Los tíos se tapaban los huevos para protegerse del frío y bailoteaban de un pie a otro como en un *striptease* mal coreografiado. Dylan, grandote, fornido y pelirrojo, y Ash, estilizado, con un punto canalla y el pelo negro azabache, con músculos y tatuajes reluciendo bajo la luz de la luna. Batería buenorro. Vocalista buenorro.

La materia prima de las fantasías adolescentes, ahí mismo, delante de mis narices.

Daba igual. No iban a poner un pie en mi habitación sin condones.

Que fuesen estrellas de rock buenísimas y que yo hubiese estado flirteando con ellos sin piedad —y ellos conmigo— desde que llegué al resort, ayer, para la boda del compañero de banda de Dylan en Dirty, Jesse Mayes, no significaba que les debiera nada. Además, aprendí hace años a no ser yo quien cargara con los condones. Si un tío no se molestaba en conseguir uno por su cuenta, no merecía ni mi puto tiempo ni, mucho menos, un sitio en mi cama.

Y si dos de ellos no eran capaces…

—Aquí hace un frío del carajo, Roni —propuso Dylan, jovial—. ¿Y si entramos a entrar en calor y luego solucionamos lo de los condones?

—Nanay —dije—. Sin condón, no hay acción.

—Eh… *Uy*. Perdón.

Miramos en la misma dirección al unísono cuando la bajista de Dirty, Elle, se materializó en la oscuridad, su melena rubia platino destellando entre las sombras de los árboles. Pasó de largo por delante de nosotros, subiendo por la pasarela de madera que conectaba las distintas cabañas, con una bolsa de tela colgada del hombro y la mano en alto para taparse la vista de los tíos desnudos.

Me dedicó un breve gesto de cabeza, con una sonrisilla.

—No he visto nada. —Siguió caminando, despidiéndose con la mano por encima de la cabeza, de espaldas a nosotros—. Pasadlo bien, chicos y chica.

—*Joder* —murmuró Dylan, sin inmutarse lo más mínimo por la interrupción, pero asimilando poco a poco que iba en serio—. Voy a por los condones. —Me dio un beso rapidísimo en la mejilla y salió disparado, supuestamente en dirección a su cabaña.

Miré a Ash. Nuestros ojos se encontraron y, aun en la oscuridad casi total, pude ver la expresión de conflicto que le cruzaba los rasgos. Una mirada ausente que le había vislumbrado en la cara a lo largo de la noche. Se pasó una mano por el pelo negro azabache mientras botaba sobre la punta de los pies. No sabía en qué estaba pensando, pero, curiosamente, no parecía ser en mí. Curioso, teniendo en cuenta que estaba plantada delante de él, desnuda, y se suponía que estaba a punto de follarme.

Abrí la boca para hablar, pero no me dio tiempo.

—Yo también voy. —Me cogió la mano y la besó. Luego retrocedió y echó a correr por la pasarela.

¿Vale…?

Entré corriendo en la cabaña y me metí directa en la ducha, abrí el agua bien caliente y me descongelé. Mientras lo hacía, tuve una sensación extraña. Esa clase de sensación que no tienes motivos para sentir, sobre cosas que no tienes motivos para saber, y sin embargo sabes.

Ash no iba a volver.

Una pena.

Supongo que tendré que tirarme a Dylan dos veces.

Mientras me ponía un camisón cortito y vaporoso —con calentadores de punto y un jersey encima, al menos hasta que volviera Dylan—, me sequé el pelo con el secador a máxima potencia. Me había quitado el maquillaje de la boda en la ducha, así que me retoqué un poco. Natural, pero arreglada. Lista para follar.

Y esperé.

Mientras lo hacía, aquella mirada en la cara de Ash me volvió a la cabeza; como si estuviera mirando a través de mí, en vez de mirarme a mí. Y empezó a molestarme.

A molestarme *de verdad*.

A los cinco minutos de espera, decidí: *Que le den a esperar*.

¿Cuándo había esperado yo sentada a un tío? ¿Aunque estuviera bueno?

¿Aunque estuvieran buenos *los dos*?

Bueno, hubo una vez… Pero eso fue hace años. Y no contaba para nada. Todo el mundo tenía derecho a ser un poco imbécil a los dieciocho.

Yo ya no tenía dieciocho ni era imbécil en lo que a hombres se refería.

Era más que consciente de que estos, en particular, no me tomaban precisamente en serio; para los chicos de Dirty, yo era solo la *Wild Card*. La chica fiestera. Así me llamaban desde que tenía dieciséis años, cuando conocí a la hermana de Jesse, Jessa, en el instituto y nos hicimos amigas. Roni «*Wild Card*» Webber. Traducción: un polvo fácil. Así que no me sorprendía lo más mínimo

que Dylan, el batería de Dirty, y su mejor amigo, Ash, vocalista de los Penny Pushers, pasaran de mí.

Por muy buenos que estuvieran los dos, a mí me daba igual.

Yo también podía pasar de ellos.

Dylan era guapo, pero no era mi rollo. Demasiado limpio. Demasiado sano. Demasiado… intacto.

¿Y Ash? Le había conocido por primera vez en la boda. Sabía quién era, pero nunca me había fijado especialmente, por así decirlo, hasta que le conocí en persona. Ojos azules abrasadores, tatuajes y piercings y un desasosiego inquietante bajo la piel. Difícil de descifrar. Probablemente más mi estilo, pero no tenía ni idea de qué iba. El tío era de calor y frío. La noche anterior, en la despedida de soltera de Katie, se me pegaba como una lapa, pero luego desapareció sin más, y Jessa estaba tan insoportable —es decir, loca por Brody, el *manager* de Dirty, pero demasiado cabezota para admitirlo— que ella y yo acabamos quedándonos despiertas juntas, bebiendo hasta el amanecer.

Y esta noche, en el banquete de boda… Ash, con su aire permanentemente distraído, apenas había parecido fijarse en mí con mi vestido rojo sexy.

Bueno, pues que le dieran. Pérdida de tiempo.

Y el tiempo era limitado, ¿no? Yo, personalmente, no tenía ni un minuto que desperdiciar.

Así que me levanté y me vestí. Me puse un tanga y unos pantalones cargo ajustados y sexys, color arena, con calcetines gorditos y mis botitas de senderismo; estilo montañero-chic total. Levanté a las chicas con uno de mis sujetadores de realce más antigravedad, porque yo nunca hacía las cosas a medias. Aunque ningún otro tío me viese esa noche, *yo* tenía que verme, y eso contaba totalmente.

La gente que me echaba un vistazo y asumía que me vestía así para los hombres asumía *mal*. No necesitaba a un tío —ni una polla dura— para sentirme bien conmigo misma.

Entonces, ¿por qué me sentía tan mal?

Decidí, inmediatamente, no darle vueltas a eso. Lo que hacía falta era una maniobra evasiva. El frío glacial de aquel baño en

cueros me había quitado de golpe el puntillo bastante decente que llevaba, y era hora de ponerle remedio. Y daba la casualidad de que sabía dónde podía encontrar algo de beber.

Me puse capa sobre capa: una camiseta con un escote de infarto, un jersey de cachemira con otro escote de infarto, mi bonita cazadora *bomber* acolchada de satén, y salí por la puerta… directa contra Dylan. Un metro noventa y pico de tío. De hecho, me estampé de cara contra su pecho duro.

—Eh —dije, rebotando hacia atrás.

Su pelo ondulado rojizo se había secado casi del todo y se había vestido. Vaqueros, jersey calentito, camisa de leñador de cuadros verdes. Montañero-chic-jodidamente-delicioso.

—Perdona que haya tardado tanto, joder —dijo—. No me quedaba alcohol en la cabaña. Pensé que encontraría algo en el pabellón principal, pero nada. El bar estaba cerrado con llave. Al final asalté una fiesta en la cabaña de Jude. —Levantó los dos puños, uno con una botella de vodka y el otro con una jarra de zumo de naranja—. ¿Destornillador? —Enarcó una ceja y su mirada de ojos verdes se deslizó hasta mi boca mientras yo esbozaba una sonrisa—. También he traído condones. Con relieve… para tu placer.

—Me gustan los hombres con recursos —dije.

Pero… *¿la cabaña de Jude…?*

Entonces noté el latido de la música a lo lejos, amortiguado por la espesura de los árboles, haciéndose eco del extraño latido de mi corazón. Era, inconfundiblemente, Nine Inch Nails. *Closer*. Una canción densa, agresiva, jodidamente sexy. Sí; sonaba apropiado.

Los ojos de Dylan pasaron por encima de mí, hacia el interior de la cabaña, a través de la puerta que estaba a punto de cerrar.

—¿Dónde está Ash? —Luego su mirada me recorrió lentamente el cuerpo, con la pregunta tácita en los ojos: *¿Y por qué cojones estás vestida?*

—Ni idea. Pero… oye, siento que la cosa no haya salido. —Cerré la puerta a mi espalda, con decisión.

Dylan bajó las botellas.

—O sea, mira, eres un encanto…

Se le curvaron los labios en una media sonrisa.

—Mierda. No me vengas con el discurso de «eres un encanto»…

Me reí un poco.

—Vale. ¿Qué tal esto? Me caes bien. ¿Amigos?

—Claro. Porque seguro que ninguno de los dos tiene suficientes de esos.

Le devolví la sonrisa, de verdad esta vez. Dylan Cope tenía un encanto natural y relajado contra el que era imposible no sonreír. Añádele un cuerpazo que solía lucir con falda escocesa; incluso había oído que estaba a punto de añadir «modelo de ropa interior» a su larguísima lista de talentos.

Entonces, ¿qué cojones estaba haciendo?

¿Por qué me molestaba tanto que Ash se hubiera largado? Porque sí, de verdad me molestaba.

Y no por Ash.

Porque estaba en una misión para demostrarme algo a mí misma en esta boda. Bueno, a mí misma… y a otra persona. Porque cuando Jessa me invitó a venir como su acompañante, vi una oportunidad de oro para dar rienda suelta a mi lado más visceral.

La venganza: un plato que se sirve frío…

Pero, al parecer, mis sentimientos no eran tan fríos como había pensado. Y ahora, gracias a que Ash se había rajado de nuestro trío, no le había demostrado una mierda a nadie, ni a mí misma.

En cualquier caso, no era culpa de Dylan.

—No hace falta el sarcasmo —dije, ladeando la cabeza y flirteando un poquito—. Es la forma más baja de humor, ¿sabes?

—Será que no soy tan gracioso. —Con una sonrisa torcida, volvió a fulminarme con sus preciosos ojos verdes—. ¿Puedo hacer algo para que cambies de opinión?

—Desgraciadamente, no.

—Entendido.

Seguía ahí plantado, cortándome el paso. Si fuera cualquier otro tío, igual le habría dicho que lo superara y le habría dejado ahí, en la oscuridad. Pero de verdad que era un encanto. Y estaba buenísimo.

Pero no iba a decírselo. A darle ideas equivocadas. Yo ya había soltado la palabra con A, y si íbamos a ser amigos, no podía ir jugando a dos bandas.

A nadie le gustaba una calientapollas.

Se le oscureció la mirada, como si me estuviera leyendo el pensamiento. Entonces se inclinó hacia mí, lo bastante despacio como para que yo pudiera esquivarle si quería, y me besó. Lento, y un poco ardiente, pero sin lengua. Yo le devolví el beso, pero me contuve. Me contuve muchísimo.

Cuando terminó, soltó un pequeño gruñido en la garganta, sus labios suspendidos cerca de los míos.

—Eres una mujer peligrosa, Roni.

—Eso me han dicho —susurré.

Luego se echó hacia atrás, y el momento pasó.

—Gracias por no romperme el corazón —añadió, con lo que me había dado cuenta de que era su manera desenfadada y alegre de tomarse prácticamente todo. Incluido que le rechazara una posible amante.

—Anda ya. —Le alisé el jersey como una madre orgullosa a punto de mandarlo al colegio. Noté sus músculos sólidos bajo mis manos, los pectorales flexionándose… receptivos, dispuestos… deseosos de agradar. Él me miraba hacerlo con los ojos entornados.

Así que puede que el momento no hubiera pasado del todo…

Joder… sería un polvo increíble. El batería de Dirty tenía esa energía especial. Pura. A toda máquina. Sin frenos.

Como un pura sangre.

—Creo que voy a subir a la cabaña de Jude —murmuró—. ¿Te vienes?

—No. Gracias. —Ni de coña iba yo a *esa* fiesta. Le di una palmadita en la mejilla—. Ve a echar un polvo.

—A sus órdenes. —Le brillaron los ojos, divertidos. Luego se le puso la cara seria.

Dio un paso atrás y me dedicó un gesto de cabeza, uno solo. Era un gesto que yo había visto antes. El que un tío te hacía justo antes de darse la vuelta, para asegurarse de que sabías lo que te estabas perdiendo. Y lo sabía, más o menos.

Luego se dio la vuelta y se fue. Justo cuando la oscuridad estaba a punto de tragárselo, se detuvo y levantó la botella de vodka.

—¿Te quedas con la bebida? Parece que te vendría bien.

—No, gracias. Guárdala para la chica que está a punto de volarte la cabeza.

Negó con la cabeza.

—Buenas noches, Roni —dijo, y desapareció.

Bueno, *joder*.

Eso había sido un poco mierda. Y sin embargo…

Es que no estaba de humor para un polvo de conveniencia.

Y eso era todo lo que Dylan Cope habría sido para mí. Y yo para él.

Un trío salvaje con dos estrellas de rock buenísimas era una cosa. Memorable, incluso para los que no participaban. La clase de cosa que corría de boca en boca, incluso en un evento como este. Claro, seguramente la gente se estaba liando por todo el resort esa noche; ¿qué otra cosa pasaba cuando encerrabas a un puñado de estrellas de rock buenorras y un puñado de mujeres en una boda remota con barra libre?

Pero ¿a quién le importaba eso?

Si querías que la gente hablara por la mañana —si querías que esa persona especial de tu pasado se enterara de tus hazañas sexuales—, no te follabas a una estrella de rock. Te follabas a una estrella de rock *y* a su mejor amigo, otra estrella de rock, a la vez. Así al menos te ganabas una mención de honor en el brunch de la mañana.

Mierda. ¿De verdad iba de eso todo esto?

Y si era así… ¿cuándo me había vuelto tan patética?

Ahora podía ver, ya que se me había pasado el puntillo y las distracciones buenorras y desnudas se habían evaporado en la noche, que esa era una razón muy estúpida para follarte a alguien. O a dos personas.

Pero, siendo sincera, me había follado a un tío por razones más estúpidas. Como, por ejemplo, pensar que estaba enamorada de él. O peor…

Pensar que él estaba enamorado de mí.

Respiré hondo el aire fresco e increíble de la noche y me dije que lo dejara pasar. Que lo olvidara.

A nadie le importa.

A ti tampoco debería.

Empecé a rodear la terraza, alejándome de la música que seguramente venía de la cabaña de Jude. Lejos de la dirección en la que habían desaparecido tanto Ash como Dylan. Solo intentando estar presente en el momento y absorber lo que me rodeaba, porque este lugar no merecía menos.

Bosque lluvioso en la costa del Pacífico, con árboles ancestrales y altísimos y olas rompiendo contra las rocas de abajo. Hacía un frío cortante esa noche, el resort encajado en una cala frente al océano oscuro, aislado. Sin nieve. Solo al borde mismo de la helada, todo frío y verde y a punto de desplegarse en primavera.

Paraíso invernal.

El sol saldría en unas horas; probablemente podría pasearme por ahí toda la noche, quedarme dormida bajo las estrellas. Acurrucarme en uno de los sofás de la terraza perimetral del pabellón principal con un par de mantas.

Y una última copa. Un brindis por mí y mi absoluta falta de necesidad de ningún hombre. Solo disfrutar de mi propia compañía un rato.

Porque de verdad daba igual lo que cualquier otra persona pensara o dijera de mí, bueno o malo, por la mañana.

¿Desde cuándo me importaba una mierda lo que nadie tuviera que decir sobre mi vida sexual?

CAPÍTULO 2

RONI

AL PASAR POR delante de la habitación de Jessa, me fijé en que tenía la luz encendida y me detuve. Pensé en llamar a su puerta, quizá quedarme toda la noche charlando como habíamos hecho la noche anterior, pero al final descarté la idea. Esa noche, de verdad, no me importaba estar sola.

Pero justo entonces, la puerta se abrió.

Y Brody salió como una tromba.

Brody Mason, alto, moreno y atormentado, el *manager* de Dirty y el tío por el que Jessa, al parecer, estaba coladísima. No es que me lo hubiera dicho con esas palabras. No hacía falta.

—Roni —gruñó mientras cerraba la puerta tras de sí. Parecía alterado, pasándose una mano crispada por el pelo; tenso como un muelle.

¿Acababa de echar un polvo?

No. Desde luego que no. Irradiaba demasiada tensión para eso.

—Eh —dije, preguntándome si debería ir a ver cómo estaba Jessa después de que él se fuera.

—Iba a llamar a tu puerta justo ahora —dijo, brusco—. Jessa está en la bañera. ¿Puedes echarle un ojo? Está borracha.

—Ah. Claro.

—Bien. —Y se largó, sin más.

Vaya, vaya…

Entré y llamé a la puerta del baño. Oí lo que parecían sollozos. *Genial*. Nunca se me habían dado bien las lloronas. Y Jessa Mayes

siempre lo había sido. Por suerte para mí, conmigo no se ponía llorona muy a menudo.

—Nena. ¿Estás bien?

—¿Roni? —Sorbos de nariz y un pequeño chapoteo. Seguía en la bañera.

—Sí. ¿Entro? —*Por favor, di que no.*

—No. Estoy bien. Salgo en un rato. ¿Te puedes quedar?

—Sí. —Suspiré—. Me puedo quedar.

Cogí una botellita de Baileys de su minibar, la abrí y le di un sorbo. Luego me desplomé en su sofá, dejándome llevar por la música que tenía puesta. Arctic Monkeys. Una canción deprimente sobre arrastrarte de vuelta a alguien cuando has bebido demasiado…

Demasiado jodidamente apropiada para mi gusto.

La apagué.

Unos minutos después, Brody volvió a entrar como un vendaval, lanzó una prenda negra al sofá y se fue otra vez. Me dio en la bota y cayó al suelo.

¿Pero qué narices había sido eso?

La recogí. Una camiseta vieja de Led Zeppelin.

Cuando Jessa por fin salió del baño, tenía una pinta horrible. Los ojos hinchados y enrojecidos de beber y llorar.

—Guau —comenté—. Menos mal que no tienes sesión de fotos mañana. Te habrían despedido de forma espectacular.

A pesar de su aspecto actual, Jessa era modelo, pero nunca se había dado aires de ello. Soltó una risita burbujeante, como el pequeño Dumbo después de emborracharse en un cubo de alcohol en aquella vieja peli de Disney.

—Gracias. —Entonces parpadeó al ver la camiseta de Zeppelin que yo había dejado en el respaldo del sofá, y pareció despejarse un poco, y miró la puerta con expresión desolada—. ¿Se ha ido?

—¿Ves que esté aquí?

Se abrazó a sí misma y no respondió.

La llevé hasta una silla, le senté el culo y le sequé el pelo con el secador. Luego la arropé en la cama.

—Eres increíble, Roni —dijo, toda elogios mientras se acurrucaba contra la almohada.

Así que sí. Bastante borracha.

—¿Estás bien? —Le aparté el pelo de la cara—. ¿Quieres que le busque, que le pida que vuelva?

Levantó la mirada hacia mí con sus grandes ojos marrones.

—¿Por qué?

—Dímelo tú.

—Ya… —dijo. Luego—: No. —Y unos tres segundos después, se quedó dormida.

Esperé unos minutos para asegurarme de que Jessa estaba frita. Luego salí pitando de allí y llamé a la puerta de la habitación de Maggie, la de al lado.

Había un límite de cuidados maternales que podía aguantar, y acababa de agotar mi cuota anual al cepillarle el pelo a otra mujer. Pero como subdirectora de Dirty, Maggie probablemente estaba acostumbrada a lidiar con el pelo de otras mujeres, como sujetárselo sobre retretes mientras vomitaban y esas cosas. Mucho más cualificada para el puesto.

Había fuego encendido en su habitación; lo veía a través de la cortina de la ventana. Pero ni movimiento ni ruido.

Volví a llamar. Quizá estaba dormida. ¿O…?

—¡ZANE, NO!

Oí unos pasos, luego la puerta se abrió y vi a Maggie, sentada en la cama al otro lado de la habitación. Estaba abrazando un cojín. Y allí estaba Zane Traynor, vocalista de Dirty, el precioso dios dorado del rock, en mis narices.

Desnudo.

Sonrió con suficiencia al verme y se apoyó con naturalidad en el marco de la puerta, como si su legendaria polla no estuviera colgando al aire.

—*Wild Card* —dijo—. ¿Qué tal cuelga todo?

Eché un vistazo abajo porque, la verdad, no pude evitarlo, dada la pregunta. Impresionante, sí, pero no estaba impresionada. Era

consciente de que Jessa había asumido que Zane era la razón por la que yo quería venir a esta boda con ella. Pero se equivocaba.

Y mucho.

—No está mal —dije, impasible.

Cuando volví a mirar a Maggie, se estaba tapando la cara. Oí juramentos amortiguados contra el cojín.

La mirada de Zane se deslizó hasta mi escote, su sonrisilla ensanchándose en una sonrisa abierta.

—¿Sí? ¿Dylan y Ash te están tratando bien?

Maggie saltó de la cama como un resorte.

—No contestes a eso. No es *asunto* suyo. —Le arrebató la puerta a Zane, apartándole de un codazo—. ¿Cómo estás? —me preguntó, con demasiado entusiasmo para esas horas de la noche. De cerca, tenía una pinta horrible. Llevaba la camiseta más fea del mundo, una especie de tienda de campaña verde vómito, sin pantalones, y el pelo hecho un desastre. Nunca había visto a esa chica con un pelo fuera de sitio.

En realidad, parecía recién follada.

Yo sabía qué aspecto tenía una mujer bien follada.

—Eh… bien —dije—. Me preguntaba si podrías pasarte a ver cómo está Jessa. Ya sabes, asegurarte de que sigue respirando. Ha estado empinando el codo como una universitaria de hermandad y se ha quedado frita, pero yo quería dar un paseo. O sea, si no estás ocupada… —Eché un vistazo a Zane, que seguía con su sonrisa.

—Sí. Claro —dijo Maggie. Otra vez demasiado entusiasmo—. Estamos despiertos. Estoy despierta. Solo estábamos hablando. Zane me estaba ayudando con una cosa. Podemos ir a verla. Puedo ir a verla. Puedo ir a quedarme con ella. Porque yo no me quedo aquí. O sea, esta es mi habitación. Él no se queda…

Su torpe balbuceo se fue apagando. No conocía a Maggie lo suficiente para saber si ese tipo de balbuceo era normal en ella o no, pero desde luego no parecía sano soltar tantas palabras sin respirar.

—Vale —dije cuando pareció haber terminado—. Gracias.

Y me fui.

Oí a Zane reírse y a Maggie soltar un taco al cerrar la puerta.

Ni idea de qué iba todo eso, pero al menos todo el mundo menos yo estaba echando un polvo esa noche. Y daba la casualidad de que sabía de primera mano que Zane Traynor era un polvo increíble.

Así que chapó, Maggie.

Al menos, *era* un polvo increíble hacía cinco años… cuando yo tenía veintiuno y tirarte a estrellas de rock parecía la mejor idea del mundo.

Sobre todo si eran amigos de Jude Grayson.

El pabellón principal resplandecía tenuemente en la noche, su terraza perimetral bordeada de faroles dorados, las lámparas de araña tras las ventanas atenuadas, un fuego bajo crepitando en la chimenea. Todo lo demás estaba oscuro, quieto y en silencio cuando me acerqué. No vi a una sola persona. Hasta el personal se había esfumado.

Perfecto.

Encontré una de las puertas de cristal a lo largo de la terraza sin cerrar y la deslicé para abrirla, entrando.

Dylan dijo que el bar estaba cerrado con llave, pero yo me había asegurado de flirtear con el barman en el banquete de boda y averiguar dónde guardaba la llave. No es que me lo hubiera dicho; le vi esconderla en un cajón. Nunca se sabía cuándo esa clase de información podía venir bien, ¿verdad?

Fui directa hacia la barra, cruzando el gran salón.

Y entonces le vi.

Un hombre, sentado a solas frente a la chimenea, en un pequeño sofá de dos plazas de cara al fuego. Vi su cabeza morena echada hacia atrás, apoyada en el respaldo. Dormido, quizás. Ojalá.

Solo tenía que escabullirme antes de que me viera…

Pero al acercarme a la barra, su perfil entró en mi campo de visión… esa cara inconfundible.

Era *Jude*.

De entre todas las putas personas del mundo.

El padrino de Jesse. El jefe de seguridad de Dirty.

El peor error de mi vida.

Su cuerpazo entró en mi campo de visión. Y *cuerpazo* era definitivamente la palabra. Estaba repantingado en el sofá de dos plazas, los muslos bien abiertos, y lo vi.

Lo vi *todo*.

Me paré en seco… y tardé un momento de más en procesar lo que estaba viendo.

Estaba viendo la polla de Jude.

Tenía la camiseta oscura subida, dejando ver sus abdominales gruesos como tabletas de chocolate, el pantalón de chándal bajado para dejarse al descubierto, y su polla larga e hinchada estaba en su mano.

Se estaba *haciendo una paja*.

Miré alrededor, pero no había nadie más. Casi esperé que alguna tía buena, joven y tonta saliera gateando de detrás del sofá en cualquier momento.

Pero no. No había nadie más que él.

Y ahora, yo.

No podía saber si tenía los ojos cerrados, pero sus pestañas oscuras estaban bajadas. Su brazo lleno de tatuajes se tensaba mientras bombeaba. Tenía la boca ligeramente abierta y le oía respirar, bajo y entrecortado, mientras se trabajaba…

Y una oleada de calor me recorrió entera.

Tragué saliva.

Vaya… Algo que nunca pensé que volvería a ver.

Me quedé allí plantada, mirando. Con ganas de reírme, con ganas de salir corriendo, con ganas de ir pavoneándome hasta él y echarle una mano… todo a partes iguales. En vez de eso, hice otra cosa.

Me puse a cantar, a grito pelado.

—*HEEEYYY JUDE…*

—¡Joder! —Se incorporó como un resorte—. ¡Hostia puta! No me cantes la puta canción.

Me reí. Me *descojoné* viva de risa.

—¡Tendrías que verte la cara!

—Mierda. Me canta los putos Beatles con la polla en la mano. —Sin ninguna prisa en particular, se metió la polla dura dentro del

chándal, que se levantó de forma obscena—. ¿Te crees que no he oído esa puta canción bastantes veces en mi puta vida?

—Pues échale la culpa a tus padres.

—Se la echo. Putos hippies. —Se pasó una mano por el pelo espeso, casi negro, y se dejó caer en el sofá, soltando un suspiro—. Y ahora me viene a hablar de mis padres. Dios.

Yo seguía riéndome, doblada por la mitad. En realidad, estaba llorando. Las lágrimas se me escapaban por las comisuras de los ojos, brillando a la luz del fuego. Él se me desdibujaba, pero todavía podía verle mirándome con el ceño fruncido.

—Guau. Ay, mierda. No me había reído así… Bueno, desde la despedida de soltera de anoche. —Me sequé las lágrimas.

—Me alegro de cojones de poder proporcionarte tu entretenimiento nocturno.

—Ay, no me hagas morros. —Me erguí y crucé los brazos bajo el pecho—. Es tan patético cuando los tíos hacen morros. Y por favor, no dejes que te detenga. —En contra de mi sentido común, me acerqué contoneándome y me posé en el reposabrazos del sofá de dos plazas, totalmente encantada de haberle pillado en un momento vulnerable, aunque apenas pareció inmutarse. Porque, evidentemente, no se inmutó.

A pesar de que se había guardado la polla —más o menos—, el chándal seguía tan bajo que podía ver la sombra de su caminito de vello recortado, la camiseta a medio subir por los abdominales mientras se repantingaba. El tío era jodidamente sexy. El tío más sexy que yo había…

Pero no pensaba dejar que eso me inmutara a mí tampoco.

—Por favor, continúa. No se me ocurriría dejar a un hombre colgado.

Bueno, díselo a Dylan…

—Estoy bien —dijo, pero su polla no parecía menos indignada. Podía ver la gruesa cabeza claramente marcada contra la tela de su chándal oscuro.

Joder…

Jude tenía una polla descomunal cuando tenía veintiún años. Por lo visto, eso no había cambiado. En mis fantasías sobre él a lo largo

de los años, desde luego que sí; como que se había puesto a tomar esteroides para inflar su cuerpazo y la polla se le había encogido al tamaño de una pasa y su vida se había ido a la mierda.

Sí; ese tipo de fantasías.

Le miré a los ojos. Oscuros, abrasadores y absolutamente peligrosos.

Así que esos tampoco habían cambiado.

Jude estaba bueno por aquel entonces, pero ahora tenía un cuerpazo a juego con su polla, y de verdad había crecido hasta llenar esa pinta de duro y guapo. Tenía muchos más tatuajes, también. Básicamente vivía la vida de una estrella de rock, llevando la seguridad de una de las bandas más grandes del mundo, trabajando codo con codo con sus mejores amigos, y por si fuera poco, era miembro con parche de un poderoso club de moteros fuera de la ley, junto con su hermano. Todo lo cual significaba que iba forrado y podía elegir el coño que le apeteciera de entre los que se le acercaban.

Así que no, la vida de Jude no se había ido a la mierda. Lo más probable era que cada fantasía de juventud que hubiera tenido se hubiese hecho realidad.

Porque la vida era así de justa.

—¿Puedo preguntar por qué te estás haciendo una paja? —inquirí, tocándole un poco los cojones—. Sabes que hay mujeres aquí, ¿verdad?

Se encogió de hombros, pero la mirada en sus ojos, que seguían clavados en mí, no era casual. Era turbia de sexo, ruda y lista para la acción.

—Me apetecía. —Se desplazó un poco hacia un lado, su mirada bajando para demorarse en mis tetas, tan a propósito que ni podía fingir no darme cuenta. Dio unas palmaditas en el cojín de al lado—. Siéntate.

Claro.

Había unos doce centímetros entre él y el extremo del diminuto sofá de dos plazas, y mi culo no era tan pequeño. Y desde luego no pensaba sentarme en ese monstruo de su regazo. Aunque, claramente, me lo estaba ofreciendo… mientras abría un poco más

los muslos, el brazo echado sobre el respaldo del sofá. Casual, no casual. Simplemente poniéndolo ahí para ver si yo picaba.

Y me pregunté… Si otra mujer hubiera entrado y le hubiera pillado con la polla fuera, y ella llevara escotazo, ¿también le habría pedido que se sentara?

Sí.

Bueno, puede.

—Estoy bien —dije.

Hice amago de levantarme, pero me detuve. Le miré ahí sentado, mirándome fijamente.

Me volví a sentar.

—¿Quieres fumarte un porro? —Saqué uno del bolsillo de mi chaqueta—. Yo iba a hacerlo.

Estúpido.

En realidad… muy, *muy* estúpido.

¿Cuándo narices me había vuelto tan estúpida?

Como no respondió enseguida, me levanté para irme de verdad. Como si me importara un carajo. Solo estaba siendo educada, ¿no?

—Estoy de servicio —dijo. Su tono era serio, pero era difícil tomarle en serio con la polla todavía empinada.

Empecé a retroceder mientras hablaba.

—O sea que… ¿te haces una paja de servicio, pero no fumas?

La más mínima insinuación de una sonrisilla curvó sus labios gruesos.

—Un hombre tiene que tener su ética.

—Tú mismo. —Me di la vuelta antes de que sus hoyuelos hicieran acto de presencia y yo me volviera aún más estúpida. Pero mientras me alejaba, *sentía* sus ojos recorriéndome todo el culo.

—*Roni*.

Me paré, con el corazón palpitándome en el pecho al oír mi nombre en ese gruñido bajo y suave.

—Solo te estoy vacilando, preciosa.

Madre mía. ¿Preciosa, ahora?

Me di la vuelta.

—¿Sabes? —reflexioné—, estar «de servicio» no te habría frenado antes. Me acuerdo de ti, con veinte años, trabajando con la

banda… —*Mierda*. ¿Qué estaba haciendo? ¿Flirteando?—. Un simple *roadie* por aquel entonces, echando a la gente de las fiestas y cargando equipos, pero de fiesta tan duro como cualquiera. —Sí. Estaba flirteando totalmente—. Más duro, seguro.

Me miró fijamente con esa mirada en los ojos.

Fuego infernal.

Los ojos de Jude siempre me habían recordado al fuego infernal. Un marrón profundo y fundido que te quemaba por dentro. No era una mirada que te atravesara, hacia todas las demás mujeres que podrías haber sido pero no eras… como la de Ash.

Jude me miraba como si de verdad me viera.

Siempre me había mirado así.

—Yo también me acuerdo de ti —dijo.

Y con eso, debería haberme dado la vuelta y haberme ido. Dejarlo en ese punto álgido.

En vez de eso, seguí flirteando.

Porque las viejas costumbres cuesta mucho dejarlas.

—¿Así que ahora es todo trabajo y nada de diversión para el pobre Jude?

Esbozó una sonrisa poco frecuente, los hoyuelos profundos asomando en sus mejillas. Y sentí la más mínima punzada de victoria, incluso mientras esa sonrisa me golpeaba justo entre las piernas.

—Juego cuando me da la gana.

—¿Y? —le reté—. ¿No pueden relevarte algunos de tus chicos? No veo ninguna amenaza de seguridad inminente por aquí.

—Mis chicos libran esta noche. Tienen fiesta en mi cabaña. La cosa con los chicos es que… —Sus ojos me recorrieron el cuerpo mientras hablaba—. Hay que dejarles desahogarse de vez en cuando.

Planté la mano en mi cadera ladeada y examiné la escena.

—O sea que… tú te has escapado para desahogarte tú solito, delante de un fuego crepitante.

Enarcó una ceja oscura, con los hoyuelos todavía a la vista.

—¿Te estás riendo de mí, V?

Le miré, con el corazón latiendo demasiado fuerte en el pecho.

Me ha llamado V.

Lo cual me dio un inesperado —y sí, estúpido— subidón de esperanza de que todavía tuviera debilidad por mí.

Bueno, no es que la hubiera tenido exactamente. No exactamente.

Más bien una dureza…

—No —dije—. Es muy romántico, Jude. —Me aseguré de mirarle directamente a esos ojos de fuego infernal y sostenerle la mirada cuando dije—: Es solo que nunca te vi de esa manera. Ya sabes, como un romántico.

Luego me di la vuelta y me fui, sin ninguna prisa, dándole tiempo de sobra para apreciar mi culo en los pantalones cargo ceñidos… y reflexionar sobre lo que se había estado perdiendo.

—*V* —dijo.

Y no pude resistirme. Me paré y me volví hacia él, otra vez.

Señaló hacia su entrepierna, hacia el bulto tieso de su polla en el chándal.

—Solo tienes que darme un minutito, preciosa.

—Ajá. —Giré sobre mis talones—. Hay una llave de los armarios del bar en el cajón del fregadero —le dije por encima del hombro mientras me alejaba—. A mí me gusta el tequila.

—Lo sé —dijo, y pude oír la sonrisa en su voz mientras yo salía por la puerta.

CAPÍTULO 3

JUDE

RONI. La puta Veronica Webber.

Un fantasma del puto pasado.

Intenté no pensar en eso. En su lugar, pensé en lo mal que olían las zapatillas de Dylan después de tocar la batería toda la noche, en todas las veces que entré en algún baño compartido de gira que apestaba a vómito… en aquella vez que Brody y yo tuvimos que sacarle cristales rotos a Zane de un tajo asqueroso que tenía en el culo…

Sí, funcionó.

Cuando se me bajó el empalme, me puse la sudadera con capucha y fui a por la llave. Cogí un par de vasos de chupito y una botella de tequila. Luego me acerqué a la puerta y miré fuera. La observé ahí de pie, apoyada contra la barandilla de la terraza, de perfil, mirando el agua oscura de abajo.

Menos mal que no dije ninguna gilipollez mientras tenía toda la sangre en la polla.

Sí, básicamente le había ofrecido mi polla, empalmado a tope y con ella sentada ahí mismo, todavía riéndose de mí. Pero todo eso eran gilipolleces de calentón y bravuconería.

La verdad era que una mujer con los talentos de Roni se merecía algo mejor que un polvo rápido. Y rápido era lo que habría sido. Estaba a unos diez segundos de correrme cuando me interrumpió.

Y menos mal.

Habían pasado muchas tías por mi vida. Por mi cama. Era así para muchos tíos que conocía en el mundo del rock. En el mundo del *MC*. Pero para algunos, para bien o para mal, había esa tía que recordabas, diferente a todas las demás. En la que a veces pensabas de repente, sin venir a cuento, daba igual cuánto tiempo hubiese pasado desde la última vez que te la tiraste. Y te preguntabas: *¿Estaría igual de buena si me la tirase otra vez?* Porque era así de increíble.

Sexy, obviamente.

Guapa.

Tenía otras cualidades, como una risa grande y contagiosa y una ausencia total de inhibición, una libertad que podías admirar y que no veías mucho en otras mujeres.

Y algo más. Algo que no sabías definir, y quizá ahí estaba la atracción. Esa cualidad desconocida que se te metía bajo la piel y se quedaba contigo.

Ese algo diferente.

Más que solo su sabor o los ruidos salvajes que hacía. La sensación de ella, desnuda y suave, contra tu piel… Lo caliente y húmedo que tenía el coño. Lo prieto que tenía el culo. Lo bien que te la chupaba.

No era solo follártela.

No era solo que ella te follara.

Más.

Una locura que te daba vueltas en la cabeza, una especie de magia que creabais cuando vuestros cuerpos chocaban.

Mientras la observaba ahí de pie, la curva de su espalda ligeramente arqueada al apoyarse en la barandilla, cómo los pantalones le ceñían el culo redondo, cómo su pelo negro y espeso le caía por la espalda y le enmarcaba el perfil, lo recordé. Como un tirón en el estómago. Más abajo… como un impulso.

Como una cuchilla diminuta retorciéndose cuando miró hacia mí. Solo uno de sus ojos verdes brillantes centelleando.

Ven aquí de una puta vez, decía ese ojo.

Abrí la puerta. Fui hacia ella y le serví un chupito. Ella encendió su porro y me lo pasó.

—¿Has liado tú este pepino? —pregunté, impresionado.

—Es un talento.

Se lo devolví.

—Las damas primero.

Negó con la cabeza.

—Insisto.

Así que le di una calada y se lo devolví. Me serví un chupito. Luego chocamos vasos y ella dijo:

—Por los buenos tiempos.

—Por los tiempos épicos —dije, y nos lo echamos al coleto, el oro líquido.

Sonrió, pero era una sonrisa cautelosa, como si aún no hubiera decidido si estaba contenta o no.

—¿Qué tal ha ido? —preguntó.

—¿Qué tal ha ido el qué? —Me apoyé en la barandilla a su lado.

—Ya sabes. —Movió una ceja hacia el pabellón—. Ahí dentro. ¿Has visto las estrellas? ¿O ha sido más bien una paja utilitaria?

Solté una risita.

—¿Cómo dices?

—Tu sesión de manivela —dijo, y le dio una calada al porro—. ¿Qué tipo de orgasmo ha sido?

—Del tipo inexistente.

Ahora me enarcó una ceja a mí.

—Pensaba que habías acabado.

Me reí otra vez.

—¿Estando tú aquí fuera esperándome? —Cogí el porro cuando me lo pasó y le di una calada.

—Pues has tardado bastante.

Dejé que mi mirada se deslizara por su chaqueta abierta, su camiseta escotada. Podía ver las curvas llenas de sus tetas jugosas, burlándose de mí.

—¿Qué quieres que te diga? Estás muy buena con esos cargos. —La miré mientras nos servía otro chupito a los dos—. Tardé un rato en enfriarme.

—Qué detalle —dijo, como si no fuera ningún detalle—. Pero no han sido mis cargos los que te han puesto así. Así que no hace falta

que me metas en esto. No soy tan frágil.

—Nunca pensé que lo fueras. —Un mechón de su pelo negro le había caído sobre la mejilla. Levanté la mano y se lo aparté de la cara para poder verle esos ojos verdes—. Pero sí que habrían sido tus cargos los que habrían rematado la faena.

Sonrió un poco, otra vez, pero de esa forma displicente que significaba que no me creía. Levantó su chupito en un brindis.

—Por… ¿tiempos aún mejores? Lo que sea que sea mejor que épico. —Ladeó la cabeza hacia mí—. ¿Existe algo así? —Y como siempre, no sabía si estaba flirteando conmigo o riéndose de mí. Provocándome solo porque podía.

—Por los mejores tiempos —dije.

Chocamos y nos bebimos el chupito.

Le pasé el porro. Ella miró abajo, hacia el agua, y se asomó sobre la barandilla mientras fumaba. Observé su pelo oscuro bailar con la brisa suave. Dejé que mi mirada vagara por la curva de su espalda, hasta ese culo redondo y prieto. Hasta el golpe del recuerdo: Roni inclinada delante de mí, mis manos clavándose en sus caderas, ese arco elegante de su espalda desnuda, brillando de sudor.

Aparté la mirada, hacia el agua.

—Este sitio es una locura —dijo con un pequeño suspiro.

—Sí.

Me incliné más sobre la barandilla, igual que ella, para verle la cara. Tenía una expresión dulce y soñadora mientras le daba otra calada al porro, y luego me lo pasó.

—¿Me vas a invitar cuando te cases aquí algún día? —le pregunté.

Roni me miró fijamente. Luego volvió a mirar al agua, con los ojos desenfocados, como si no la estuviera viendo realmente.

—Un joven me dijo, hace años, que no soy de las que se casan.

Le di una calada lenta al porro, pensando en eso.

—Debía de ser un auténtico capullo. ¿Y le hiciste caso a esa mierda?

—No. En realidad, nunca hice caso a ninguna de las mierdas que decías. Decías muchas mierdas por aquel entonces.

Bastante cierto.

—Sí que me cabreó durante un tiempo —admitió.

—¿Sigues cabreada, preciosa?

Nos sirvió otro chupito.

—Estoy aquí, ¿no? —Esos ojos verdes indescifrables sostuvieron los míos—. Además, ya no me cabreo. Cabrearse implica apego a los resultados, y yo no tengo de esos. Salud.

Esta vez, bebimos sin brindar por nada.

—¿No? —Me lamí el tequila de los labios. A pesar del frío, empezaba a entrar en calor por dentro.

—No.

—¿Nunca?

—Normalmente no.

—¿Y esta noche? —pregunté, devolviéndole el porro. Porque la vi en el banquete de boda con ese vestido rojo jodidamente sexy, hecha un incendio en toda regla, esperando a que Ash se fijara—. ¿Tienes resultados para esta noche?

—No —dijo.

—Entonces, ¿Ashley Player no es un resultado?

Volvió a mirar al agua mientras fumaba.

—No.

Me acerqué más a ella y le di un toquecito en el hombro, suave.

—Pensaba que ibas a liarte con él esta noche.

Me miró, sin girar del todo la cabeza, solo echando un vistazo por la curva de su pelo. Luego sonrió, apenas, con los ojos verdes chispeando. La tía sabía jugar duro.

La tía más difícil de leer que había conocido en mi vida.

—Dylan también —añadí.

Me pasó el porro.

—¿Eso es lo que parece?

—Lo que parecía. En realidad, si quieres mi opinión, parecía un coño maullando al árbol equivocado.

Se rio.

—¿Perdona? ¿Un coño qué?

—Ash —dije—. El chaval tiene la cabeza en otro sitio.

—Ya me he dado cuenta. —Nos sirvió otro chupito y me pasó uno —. ¿Me quieres decir dónde?

—No. No me corresponde.

Chocamos y bebimos.

—¿Y ahora? —preguntó, mirando otra vez al agua mientras se lamía el tequila del labio—. ¿Dónde está maullando mi coño?

Mi mirada se detuvo en sus labios carnosos, encendidos y húmedos de tequila. Me quedé mirándola tanto rato que al final se giró a mirarme, y sus ojos encontraron los míos.

Levanté el porro hasta sus labios y se lo sujeté mientras ella le daba una calada suave.

—Depende de ti, V.

Se quedó mirándome mientras exhalaba el humo.

—Tal como yo lo veo —añadí—, podrías estar con Dylan o con Ash ahora mismo. Pero no estás. Y por mi experiencia, preciosa, cuando eliges entre dos opciones, incluso dos buenas, siempre hay una tercera.

—Hmm —dijo, como si le pareciera vagamente interesante.

Pero no preguntó cuál era esa tercera opción.

Le di una calada larga y profunda al porro, llenándome la boca de humo pero sin tragarlo. Luego dejé que mi mirada le recorriera la cara otra vez, hasta esos labios hinchados de comepollas.

—Ven —murmuré.

No vino, pero tampoco se apartó cuando me incliné. Sus labios se entreabrieron, y encajé mi boca contra la suya, casi… sin llegar a tocarle los labios mientras le soplaba el humo dentro de la boca.

Ella lo aspiró.

Luego mis labios rozaron los suyos, ligeramente, suspendidos.

Ella se apartó un centímetro.

—Todavía me llamas V —dijo en voz baja. Sus ojos también eran suaves. Quizá el porro se le estaba subiendo a la cabeza.

—Es tu nombre, ¿no? —Me lamí el labio sin querer—. Jodida Veronica.

—Sí —dijo—. Nadie más parece acordarse de él. —Luego hizo ademán de servirnos otro chupito.

La detuve.

—No más alcohol.

Me echó un vistazo, luego apartó la mirada, soltando la botella. La puse a un lado. La observé mirar el agua correr sobre las rocas de abajo.

—¿No te gusta Roni?

—Roni está bien —dijo.

Le di una calada a lo que quedaba del porro, dándole vueltas.

—No te gusta cuando los chicos te llaman *Wild Card*.

—Ni de coña. Podrían llamarme directamente zorrón y acabar con ello. Para ser estrellas de rock, son unos putos mojigatos.

Solté una risita.

—Zorrón sería un piropo. Créeme. Cuando dicen *Wild Card*, lo dicen como uno.

—No, no lo dicen.

—Te sorprenderías.

Enarcó una ceja y me incliné más hacia ella.

—Críos en un patio de colegio. Todos están celosos de lo que no tienen. Juguetes brillantes… Todos los niños los quieren, aunque se supone que no deben.

Sonrió un poco.

—¿Acabas de llamarme juguete?

—Solo si te ha gustado.

Sonrió de nuevo. Una sonrisa genuina, por una vez. Le iluminó la cara, las mejillas con una especie de brillo por el frío. Pero esos ojos verdes seguían alerta.

—¿Y yo qué? —pregunté, como si tal cosa—. ¿Soy un mojigato?

—Tú nunca fuiste un mojigato. Solo… selectivo.

—¿Eso crees? —Miré abajo, observando las olas lamer las rocas. Dejé caer la colilla al agua, vi la brasa centellear al bajar y apagarse —. ¿He mencionado que estás muy buena con esos cargos? —Giré el cuerpo para mirarla de frente, dejando que mi mirada le recorriera las curvas despacio—. También estabas muy buena con ese vestido rojo.

—No sabía que te habías fijado.

—Me fijo en muchas cosas, preciosa.

Se volvió hacia mí, su mirada bajando por mi cuerpo.

—Yo también.

Estaba empalmado en el chándal, otra vez, y sabía que ella se daba cuenta. No había manera de esconder un empalme de ese tamaño, ni siquiera casi a oscuras.

Me miró y vi las opciones ahí, fluctuando detrás de sus ojos.

Volver a su cabaña, sola.

Vagabundear por el bosque el resto de la noche, sola.

Pero siempre estaba esa tercera opción…

—Entonces… —le pregunté—, ¿vas a portarte bien, V? ¿O me vas a hacer currar para conseguirlo?

Entornó un poco los ojos mientras lo sopesaba.

—Yo nunca me porto bien. —Echó otro vistazo a mi polla antes de encontrar mis ojos—. Pero ¿por qué no te la sacas, y el trabajo lo hago *yo*?

CAPÍTULO 4

RONI

ERA DEMASIADO JODIDAMENTE dulce como para resistirse.

La venganza definitiva.

Cuando Jude se bajó la parte delantera del pantalón de chándal, dejando al descubierto su gran polla… dura… tan absoluta y jodidamente dura e hinchada, por mí… nunca había sentido nada parecido a aquella descarga. Le observé estremecerse, tensarse de anticipación, hincharse aún más mientras esperaba. Mientras pensaba en lo que estaba a punto de hacer.

Sí… una venganza dura, hinchada, tensa, deseosa de mi atención. ¿Qué podía haber mejor que el hombre que una vez te rechazó volviendo a desearte?

Podría haberme dado la vuelta y haberle dejado allí plantado, solo para restregárselo por la cara.

Pero ¿dónde estaba la gracia en eso?

No existía subidón más grande, nada que hubiera sentido jamás que fuese mejor, más delicioso, más intensamente excitante y al mismo tiempo tan jodidamente *gratificante* como la sensación de ponerme de rodillas delante de esa polla grande y dura… y probarle.

Despacio.

Mientras él gemía.

Mientras se removía y se agitaba y me ponía las manos en el pelo. Con suavidad.

Mierda. Estaba siendo tierno conmigo. Y eso no me lo esperaba.

No podía culparle por aceptar mi boca cuando se la ofrecí. Pero no tenía por qué ser tierno al respecto. No tenía por qué ser delicado con las manos, sujetándome la cabeza y dejándome llevar el control.

Podría haber sido un capullo arrogante de cojones.

Pero la verdad era que Jude nunca había sido un capullo.

Y cuando le provoqué recorriendo su grueso glande con una lamida lenta y tortuosa, y pasé la punta de la lengua por su hendidura, saboreando ese sabor delicioso, esa primera gota de su fluido salado… me golpeó con fuerza. Me hizo dar vueltas la cabeza con la pregunta…

¿Quién tenía realmente el control aquí?

Entonces me la llevé a la boca, rápido, sin molestarme con el preámbulo lento, la provocación. Simplemente deslicé la lengua a lo largo de su tronco, una vez, para humedecerle, y luego le metí hasta el fondo, haciéndole gemir otra vez. Se la chupé con fuerza y rapidez, envolviendo una mano alrededor de la base de su polla y apretando fuerte, estrangulándola, como sabía que le gustaba entonces, acariciándole los huevos y tirando de ellos con la otra mano.

—*Dios, V…* —gruñó.

Y entonces se apartó, arrancándome la polla de la boca.

Le miré desde abajo. Los dos jadeábamos.

Me cogió la cara entre las manos y me sostuvo la mirada.

—¿Vas a alegrarme la noche o qué? —preguntó, deslizando un pulgar suavemente por mi mejilla.

—Estaba a punto —dije, pasándome la lengua por el labio, todavía saboreándole.

—No me refería a eso.

Me levantó. Luego me cogió la cara de nuevo. Se inclinó, y cuando su boca encontró la mía, fue extraño y tan familiar… como si te besara un desconocido y alguien a quien conocías como la palma de tu propia mano, alguien a quien habías besado mil veces en sueños, o al borde del sueño, medio consciente mientras tus manos recorrían tu propio cuerpo… mientras te corrías con el recuerdo borroso de su olor, la suavidad resbaladiza de sus labios, la ligera aspereza de su barba, el roce suave de sus dientes contra tu piel.

Me aparté, echándome atrás para respirar.

Me miró fijamente.

Luego me cogió de la mano. Me llevó con él, moviéndose hacia el pabellón.

Y fui con él, dejando que me llevara allí.

Dentro, me guió hasta el pequeño sofá de dos plazas y me colocó justo delante de él, cerca del fuego, y dijo:

—Quítate la ropa.

Luego se sentó en el centro del sofá, mirándome.

—¿No quieres hacerlo tú? —pregunté, todavía recuperando el aliento.

—Quiero mirar —dijo.

Pues vale.

Me desnudé, y lo hice despacio. Empecé por la cazadora. Las botas, luego los calcetines. El jersey fue lo siguiente, deslizándose lentamente por encima de mi cabeza antes de lanzarlo a un lado. La camiseta, luego los pantalones cargo. Cada cremallera bajada despacio, cada botón desabrochado con una leve pausa. Observando cómo sus ojos se oscurecían mientras devoraba las curvas de mi cuerpo, todas perfiladas por la luz del fuego.

Me desabroché el sujetador y dejé que se deslizara suelto por mis brazos, sujetándolo delante de mí, provocándole un poco antes de dejarlo caer.

Las bragas fueron lo siguiente, bajadas muy, muy despacio.

En cuanto estuve desnuda, se levantó y recorrió los dos pasos que le separaban de mí con aire depredador. Levantó una mano hasta mi pecho y lo acarició con suavidad, rozando el pulgar sobre mi pezón mientras se endurecía en respuesta.

Un delicioso escalofrío hormigueante me recorrió entera.

Y… *no*. Esto no era solo venganza.

Lo supe cuando se inclinó tan cerca de mí que podía sentir su calor, podía oler su olor limpio y masculino, podía sentir el vello de su brazo rozándome la piel… y todo mi cuerpo se tensó de anticipación, aunque yo me contuve.

Esto era por mí: conseguir lo que quería. Lo que *siempre* había querido, si era mínimamente sincera conmigo misma.

A saber, la belleza morena, la bestia que tenía justo delante.

Se inclinó para rozar los labios contra mi cuello, respirando en mi oído.

—Túmbate boca arriba —murmuró. Me estremecí de nuevo cuando sus labios se deslizaron por mi mandíbula y se detuvieron brevemente sobre mi boca.

Le besé entonces, suavemente, mis labios apenas rozando los suyos, haciéndole parar. La sensación de él, el calor de él, me fue directa entre las piernas. Me sentía aturdida de deseo e inquieta de necesidad. Le chupé un poco el labio inferior, antes de que se apartara.

Sus ojos de fuego infernal me fulminaron.

—Boca arriba —dijo.

—Quiero hacerte correr —susurré.

—Lo harás. —Se inclinó y deslizó los labios por mi mejilla, hasta mi oído otra vez—. Te quiero boca arriba —dijo, sus dientes atrapando mi lóbulo. Mi coño palpitó… dolió cuando mordió, suavemente—. Quiero sujetarte y dártelo mientras me suplicas que te dé más.

Eso no va a pasar.

Eso es lo que le habría dicho a cualquier otro hombre.

A él, solo le dije:

—¿Dónde?

—Donde tú quieras.

Miré a mi alrededor. El sofá de dos plazas era demasiado pequeño para los dos, si me quería boca arriba. Por lo demás, no había sofás grandes, solo sillones.

Por supuesto, siempre estaba el suelo…

Pero fui hasta el sofá y me subí al respaldo tapizado de terciopelo. Me recliné sobre él, manteniéndome apoyada en los codos, de momento, para poder observarle mientras se quitaba la sudadera con capucha, se quitaba las zapatillas a patadas y se sacaba la camiseta por la cabeza, luego se quitaba los calcetines y el pantalón de chándal. No llevaba ropa interior.

Cuando mi mirada aterrizó en su polla desnuda, caí en la cuenta.

—Oh, *mierda*. Condón —dije, incorporándome.

—Tengo. —Se acercó a la sudadera y rebuscó en los bolsillos, y solté una risita.

—¿Siempre llevas condones cuando te vas a hacer una paja?

Sonrió con suficiencia.

—Siempre voy preparado.

—¿Eso es de los Boy Scouts o qué? —le pinché.

—Es de ser listo —dijo, recorriendo con la mirada mi cuerpo desnudo—, evidentemente.

Apoyé los pies en el respaldo del sofá, con las rodillas dobladas, puse los pies en punta y arqueé la espalda, como una *pinup*.

—Bueno, pues ven a por ello —dije, mientras se ponía un condón sobre su erección.

—Esa es la idea.

Desnudo y jodidamente espectacular, vino hacia mí con paso felino. Me tumbé mientras me levantaba las piernas. Sin vacilar, se montó a horcajadas sobre el respaldo del sofá, un pie en el asiento y el otro en el suelo, y me envolvió las piernas alrededor de su cintura. Entonces encajó la cabeza hinchada de su polla en mi coño. Ya estaba mojada y lista para recibirle; me preparé para su embestida mientras el corazón me martilleaba en el pecho.

Pero vaciló.

—¿Quieres preliminares, preciosa? —me preguntó—. Porque la cara que tienes dice que no.

—Que le den a los preliminares —dije.

Sonrió un poco. Me recorrió el cuerpo con las manos y me agarró los pechos, apretando fuerte… luego movió las caderas hacia delante, deslizándose dentro de mí.

Y *Dios*… esa sensación.

Polla.

Gran polla.

La polla de *Jude*…

Me dejó jodidamente *destrozada*.

Esto. Dios, quería esto…

Me retorcí, arqueando la espalda mientras le recibía, mientras me ensanchaba hasta el límite con esa embestida larga y lenta…

No paró hasta llenarme del todo. Entonces se detuvo, cerrando los ojos mientras tomaba aliento, saboreando la sensación.

Y me dio un vuelco el estómago. Se me apretó el pecho. Un montón de sensaciones desconocidas, jodidamente perturbadoras, me atravesaron mientras le miraba la cara.

Abrió los ojos, clavándolos en los míos, y se retiró… luego embistió de nuevo, todavía apretándome los pechos. Más fuerte esta vez. Más rápido.

Y yo simplemente intenté quedarme quieta.

Mantener la calma.

Embistió dentro de mí una y otra vez mientras yo estaba tumbada boca arriba, con los muslos envueltos alrededor de sus caderas, agarrándome al sofá con ambas manos. No porque tuviera miedo de caerme. Jude nunca me dejaría caer.

Porque no quería tocarle con las manos.

No quería sentir su piel cálida y sedosa y el bulto de sus músculos debajo, flexionándose mientras me penetraba. No quería pellizcarle y provocarle los pezones rígidos y oírle gruñir.

Sobre todo, no quería agarrarle y atraerle hacia mí para poder besarle de nuevo.

Si hacía eso, iba a perder el control. A empezar a gimotear y jadear y montar un jodido numerito que no podría retirar. La cara de Jude en mi cara, su boca sobre mí otra vez… es que no podía soportarlo mientras su polla estaba dentro de mí. *Sabía* que no podía.

Me folló más fuerte, pero bajando el ritmo, agarrándome los pechos para sujetarme donde me quería mientras sus caderas hacían el resto. Las giró mientras profundizaba, trabajando la cabeza de su polla contra mi pared frontal, estudiándome todo el rato, incluso mientras yo permanecía quieta.

Entonces estampó su hueso pélvico contra mi clítoris.

Grité. No pude evitarlo.

Y una sonrisa lenta y perversa transformó la expresión oscura y controlada de su cara. Se le marcaron los hoyuelos.

Cerré los ojos.

Porque acababa de avanzar en el tiempo. Al momento en que esto terminara. Cuando se retirase… y se fuera.

Y se me hizo un nudo serio en la garganta.

Lo disimulé todo echando la cabeza hacia atrás y dejándome ir un poco, gimiendo mientras me lo daba, dejando que el calor y la fricción y el deseo crecieran dentro de mí, aunque se me cerraba la garganta y los latidos se me aceleraban.

¿Se iría? ¿Justo después de esto?

Sí.

Pero ¿cuánto tardaría en hacerlo?

¿Y cuánto me dolería?

Mierda. Solo… *mierda.*

¿Desde cuándo me daba miedo el sexo casual?

Siempre había más árboles a los que maullarles, ¿no?

Pero Jude… Jude era diferente.

No debería serlo, pero lo era totalmente.

No había nada casual en esto. Al menos, no para mí.

—¿Estás conmigo, preciosa? —preguntó, y abrí los ojos para encontrarle mirándome con esos ojos de fuego infernal, el atisbo de una sonrisa todavía en sus labios—. Porque estoy a punto de perder el control y quiero llevarte conmigo cuando me corra. Me encantaría alargar esto para ti, V, pero ha sido una noche muy jodidamente larga. —Jadeaba mientras me embestía, y podía ver el leve temblor de sus músculos mientras se contenía.

—Sí —dije con la voz entrecortada—. Estoy contigo. Casi.

No iba a ponérselo fácil, ¿no?

—Entonces más vale que empieces a pedirlo. Dime qué quieres. Qué necesitas…

Le sostuve la mirada y dije:

—Tú sabes lo que necesito.

Al menos, antes lo sabía.

Su sonrisa se desvaneció y con eso me folló, más fuerte… más fuerte, hasta que me deslizaba por el sofá y la cabeza me colgaba por fuera.

—Sí… Qué apretadita estás, nena. Qué caliente… Tus tetas son tan… *joder* —dijo, apretándome los pechos hasta casi hacerme

daño. Así que sí: definitivamente recordaba dos cosas que necesitaba… hablar sucio y mano dura—. No me puedo creer que casi se me olvidara lo jodidamente buenas que son estas tetas.

Entonces se inclinó sobre mí y me empujó un pecho hacia su boca, lamiendo y repasando mi pezón con la lengua… hasta que gemí entre dientes apretados.

Oh, no. No, no, no.

Nada de esa ternura con la lengua.

—Más fuerte —le dije, sin aliento.

Obedeció, pero no fue suficiente. No suficiente para librarme de esa sensación, su lengua aleteando sobre mi pezón, saboreándome…

Entonces lo volvió a hacer… lamiendo, luego chupando suavemente.

—*Más fuerte* —dije con voz ronca—. Sabes que me gusta fuerte…

—Sí —gruñó, embistiéndome con fuerza—. Me acuerdo.

—Y no me chupes el pezón así.

—¿Así? —Se metió mi otro pezón en la boca y lo provocó con la lengua, lamiendo despacio, deliberadamente.

—Joder… *Que te den*, Jude… en serio.

Se rio entre dientes, pero no dejó de provocarme los pezones, chupando, lamiendo, besando…

Entonces una de sus manos me subió por el cuello y me agarró, apretando solo un poco, sujetándome inmovilizada mientras me embestía. No podía moverme, me tenía tan bien sujeta.

—*Más fuerte* —jadeé mientras luchaba por respirar.

Me soltó el pezón con un pop.

—*Joder*, V…

Me agarró entonces, tirando de mí hacia él, atrayéndome a su regazo mientras me lo daba. Me sujetó las caderas contra él y me folló desde abajo, fuerte y profundo. Me enrosqué alrededor de él, estremeciéndome mientras me machacaba el clítoris, pretendiendo enterrar la cara en su cuello cuando me corriese, pero no me dejó. Me empujó la cara hacia atrás con la suya y encontró mis labios, besándome, su lengua poderosa saqueando mi boca.

Perdí el control, entonces.

Perdí el control por completo…

Me corrí, con fuerza, mientras su lengua acariciaba la mía, resbaladiza, húmeda y cálida, mientras su boca se deslizaba contra la mía, chupando… mientras me sujetaba las caderas y me follaba con embestidas cortas y bruscas. Habría gritado como una posesa si su lengua no me llenara la boca, pero como era así, simplemente gemí y le cabalgué, frenéticamente, y le mordí la lengua. Fuerte.

Gruñó en mi boca y un escalofrío le desgarró el cuerpo, segundos antes de que sus caderas se dispararan hacia arriba y explotara dentro de mí.

Entonces apartó la boca, gimiendo.

Le cabalgué despacio, alargando las olas de su placer, besándole la cara con los ojos cerrados y abrazándole fuerte… simplemente saboreando su éxtasis… cabalgándolo con él…

Hasta que su cuerpo se fue relajando y me abrazó, soltando un suspiro profundo y satisfecho.

Abrí los ojos.

Su mirada entornada me recorrió la cara y sonrió con suficiencia al decir:

—¿Eso ha sido lo bastante fuerte para ti?

—Podría aguantar más fuerte.

Se le oscurecieron los ojos y me besó, suavemente.

Luego me levantó y se puso de pie, dejándome con cuidado sobre el sofá. Le observé moverse hacia su ropa, pero yo no iba a quedarme ahí sentada mientras se vestía y se marchaba. Por muy de goma que tuviera las piernas, por mucho que la cabeza todavía me diera vueltas, aunque la mayor parte de mi sangre no estuviera ni de lejos cerca de mi cerebro… me levanté y empecé a vestirme la primera.

Cuando estuve completamente vestida, le miré.

Él también estaba vestido, observándome mientras se subía la cremallera de la sudadera.

—¿Quieres que te acompañe a tu cabaña?

Aparté la mirada.

—No. Estoy bien.

Lo sentí acercarse. Me enganchó un dedo bajo la barbilla y me levantó la cara para encontrar su mirada. Me escudriñó el rostro, despacio, sus ojos oscuros completamente serios.

—¿Sientes algo por mí, V?

Bufé. Y luego le mentí.

Le mentí total y jodidamente.

—No —dije.

Pero *por favor*…

A lo mejor Jude *sí era* un capullo. Follarme así —peor aún, *besarme* así— y luego preguntarme si sentía algo por él momentos después, ¿no?

Me di la vuelta, subiéndome la cremallera de la cazadora.

Me cogió de la barbilla otra vez y me giró la cara hacia la suya.

—Mejor así. —Sus ojos oscuros sostuvieron los míos en desafío, pero su tono era suave—. Porque te lo dije hace mucho tiempo: tú y yo, preciosa, no vamos por ese camino.

—Y yo te dije —respondí con frialdad— que todos los caminos llevan al polvo. Lo que significa que este camino está cerrado.

Se rio entre dientes, bajando la mirada a mis labios.

—¿Y cuál era aquella otra cosa que solías decir…? —Su pulgar me rozó la mejilla—. ¿Que nunca volvías a repetir?

Me encogí de hombros y me aparté, pero logré esbozar una pequeña sonrisa coqueta.

—Siempre hay una primera vez para todo.

—Segunda vez —dijo—, si no recuerdo mal.

—Ya, bueno. Nunca se me han dado bien las mates.

Se rio. Y luego me dio un azote en el culo, como si fuera un jodido cachorro al que estaba mandando a casa.

—No dejes que lo de *Wild Card* te afecte, V —dijo—. *Eres* salvaje. No tiene nada de malo.

Entonces hizo lo peor de todo.

Me agarró la cazadora para que no pudiera irme, se inclinó y me besó. Un beso largo, profundo, apasionado que me hizo palpitar el clítoris y encogerse los dedos de los pies y revolverme las tripas por dentro. Era la forma en que un tío te besaba cuando le gustabas mucho, *mucho* de verdad.

Solo que el cariño de Jude por mí solo llegaba hasta cierto punto.

Lo suficiente para follarme, al parecer. Pero no más allá.

Pues que le *jodan*.

Me aparté y me fui, sin mirar atrás. Dejándole creer que eso era todo lo que quise ser para él: la *Wild Card*; la chica fiestera; y fingiendo que me parecía bien.

Pero no me parecía bien.

Lo supe cuando empujé la puerta y salí al aire fresco de la noche, y la fría realidad de lo que acababa de pasar me golpeó con toda su fuerza. Porque *no* era solo un polvo.

Y al final, no tenía absolutamente nada que ver con la venganza.

Sí sentía algo por Jude. Mucho.

Igual que entonces.

A DIRTY DEAL

NOTA DE LA AUTORA

En *A Dirty Vow*, cuando Jesse y Katie se dirigen a su cabaña de lujo para disfrutar por fin de su noche de bodas a solas, no van directamente. En vez de eso, Jesse decide que necesita disfrutar de su nueva esposa, *ya*… Y cuando paran para hacerlo en la pasarela de madera del bosque, la exnovia de Jesse, Elle, por desgracia para ella, les ve.

Más tarde, en *A Dirty Lie*, volvemos a ver brevemente a Elle, cuando pasa junto a una Roni desnuda, Dylan y Ash, frente a la cabaña de Roni, justo antes de que Ash desaparezca en la noche.

Así que, ¿adónde va Elle sola en la oscuridad? ¿Y cómo está? ¿Está pasando una buena noche? Pues… no. Como Jesse tan acertadamente dice en *A Dirty Vow*, se mire por donde se jodidamente mire, esta boda no es agradable para Elle.

Pero por suerte para Elle, su noche está a punto de dar un giro inesperado…

— Jaine

CAPÍTULO 1

ASH

ELLE.

Pelo largo, rubio platino.

Inconfundible.

Con un plumas plateado y vaqueros rotos. Un metro setenta, delgada y bronceada, con un culo prieto, manos esbeltas, ojos gris acero y una boca por la que probablemente mataría por besar.

La bajista de Dirty. Mi amiga.

Y la exnovia del novio.

Pasando justo por delante de mí, por la pasarela de madera.

Yo estaba allí de pie, desnudo y muerto de frío, tapándome los bajos con las manos, justo al lado de Dylan. Delante de Roni. Los tres estábamos plantados fuera de la cabaña de Roni, y ella acababa de informarnos de que nosotros —Dylan y yo— no íbamos a poner un pie dentro hasta que soltáramos unos condones.

Y ahora me alegraba de que lo hubiera hecho.

Porque entonces pasó Elle.

Y se me olvidó por qué quería entrar en la cabaña de Roni.

¿Qué hacía Elle tan sola? Con un bolso de tela colgado de un hombro, vagando por ahí a oscuras, en plena noche…

—No he visto nada —dijo, con un toque de diversión en la voz, apartando la mirada al pasar de largo y despidiéndose con la mano —. Pasadlo bien, chicos y chica.

—*Joder* —murmuró Dylan, con la cabeza ya en la cama de Roni y el resto de él tiritando a mi lado—. Voy a por los condones. —Le dio

un beso a Roni en la mejilla. Y entonces mi mejor amigo y eterno compañero de aventuras se perdió en la noche.

Miré a Roni, y ella me miró a mí.

Estábamos solos. Era guapísima. Sexy, con curvas y dispuesta. Los tíos no la llamaban *Wild Card* por nada. Había oído las historias. Zane. Piper. Incluso Jude. Todos tenían una historia sobre *Wild Card* Roni.

Y entendía por qué.

La había besado la noche anterior en la despedida de soltera de Katie, había bailado con ella, nos habíamos enrollado un poco.

Pero Elle no estaba en esa fiesta.

Era la primera vez que Roni y yo estábamos solos, y la verdad es que no podía decir qué habría sentido si hubiéramos llegado a este momento sin que Elle pasara por delante. Porque el caso era que Elle *sí* había pasado.

Y ahora *esto* no me cuadraba.

Me pasé la mano por el pelo, botando sobre las puntas de los pies, intentando digerir la situación. Roni abrió la boca para decir algo, pero me adelanté:

—Yo también. —Le cogí la mano y se la besé. Probablemente nunca le había besado la mano a una mujer. Al menos, no a una mujer que no estuviera desnuda en mi cama. Simplemente pareció lo correcto en ese momento.

Porque no recordaba haber estado nunca tan cerca de tirarme a una mujer y dejarla plantada.

Y me largué pitando.

Y que me partiera un rayo si sabía lo que estaba haciendo.

Lo único que sabía era que tenía que salir de allí.

Subí a toda leche hasta mi cabaña, me sequé y me vestí. Luego saqué unos condones y me los metí en la cazadora de cuero. Ni siquiera estaba seguro de por qué lo hice.

Lo único en lo que pensaba era en Elle.

Cuando desapareció de junto a la hoguera hacía un rato, simplemente di por hecho que se había ido a dormir. Había intentado acompañarla a su cabaña, pero no me dejó. Dijo que quería estar sola.

Pero claramente no estaba durmiendo, y ni siquiera sabía qué pensar al respecto. Solo que me inquietaba.

Me inquietaba lo suficiente como para no poder enrollarme con Roni, ni siquiera irme yo a dormir, mientras ella estaba ahí fuera, sola.

En la noche de bodas de Jesse.

Porque eso no estaba bien.

Cuando volví a salir a la noche, la elección fue fácil: echar un polvo, o ir detrás de Elle y asegurarme de que estaba bien… mientras me acercaba a la cabaña de Roni por la pasarela de madera, simplemente seguí andando. Fui por donde había ido Elle, hacia la hoguera, donde la fiesta de después de la boda había durado toda la noche, con música y alcohol y baños en cueros.

Pero no estaba allí.

Ya no quedaba nadie, pero al menos algún alma responsable —alguien del equipo de gestión de Dirty, Brody o Maggie, sin duda— había apagado el fuego.

Así que seguí adelante… hasta el único otro sitio al que me llevaba el camino: las aguas termales de abajo, al borde de la cala. Mientras bajaba serpenteando por el sendero rocoso, la vi allí.

Elle.

Estaba sentada en una de las pequeñas pozas bordeadas de rocas, sola.

Su bolso —y su ropa— estaban tirados sobre las piedras. Estaba de espaldas a mí; podía distinguir las curvas de sus hombros delgados a la luz de la luna.

Justo cuando abrí la boca para decir algo ingenioso, esperando no darle un susto de muerte, dijo:

—Piérdete, Jude. Estoy bien.

—No soy Jude —dije, deteniéndome en una roca por encima de ella.

Me miró por encima del hombro.

—Ah. Hola, Ash.

No era exactamente la bienvenida más cálida que un tío podía esperar, pero habría que conformarse. Sabía que esta no era precisamente una gran noche para ella.

¿Quién querría asistir a la boda de un ex, un ex del que todavía estabas enamorada?

—¿Te importa si me meto?

Incluso en la casi oscuridad, vi cómo se le fruncían las cejas y cómo los brazos le flotaban protectoramente alrededor del cuerpo.

—Está oscuro, Elle. No veo una mierda.

Era verdad. Sobre todo porque estaba sumergida en agua de las axilas para abajo.

Suspiró profundamente y dijo:

—Lo que sea. —Luego se reclinó, apoyando la cabeza contra una roca que había cubierto con una toalla.

Me valía.

Me quité la cazadora y las botas, luego me desnudé rápido hasta quedarme en calzoncillos. Hacía un frío de cojones, y todavía no había entrado en calor después de aquel baño en cueros. No vi bragas en su montón de ropa, pero eso no era precisamente una prueba concluyente de que estuviera desnuda en el agua. En cualquier caso, me dejé la ropa interior puesta, por respeto.

Desnuda o no, no parecía que estuviera de humor para aguantarle la polla en la cara a nadie. Ni siquiera una tan increíble como la mía.

Me metí en el agua y me hundí a su lado.

—*Jooooder*… —suspiré con un gemido ronco cuando el calor me golpeó. Encontré un hueco liso para acomodarme contra una roca y cerré los ojos, dejando que el calor me empapara y el frío se derritiera hasta que dejé de tiritar. Tardé un rato.

Una vez descongelado, me aventuré:

—¿Jude ha estado dándote la brasa esta noche?

—Sí. Anda por aquí merodeando —refunfuñó—. Controlándome. Lo de siempre.

Sí. Podía entender cómo eso podía resultar molesto, teniendo en cuenta que Jude, además de ser el jefe de seguridad de Dirty, era también el mejor amigo de Jesse.

La miré. Estaba tensa de cojones, con esa cara bonita toda crispada y los hombros pegados a las orejas.

—Ni siquiera voy a preguntarte cómo va tu noche —le dije—, así que puedes relajarte.

Se le bajaron un poco los hombros al destensarse.

—¿Y tú? —Me miró de reojo—. ¿Roni?

—No va a pasar.

Ladeó la cabeza, evaluándome. Quizá estaba considerando tocarme un poco los cojones. Probablemente. Había visto esa expresión de escepticismo en su cara antes. Muchas veces, en realidad. Normalmente entre bastidores o en alguna fiesta, mientras yo estaba rodeado de *groupies* dispuestas y ella pasaba de camino a otra parte.

—¿Dylan ha ganado a cara o cruz? —Su tono era puro sarcasmo, pero el ánimo que irradiaba estaba helado de desprecio.

—Ya no nos jugamos a cara o cruz quién se queda con una chica —le informé, impasible. Esta tía podía ponerse en plan zorra glacial conmigo esta noche y no me iba a afectar. La conocía lo bastante como para saber de qué estaba tan cabreada, y no tenía nada que ver conmigo.

Cualquiera que conociera a Elle sabría por qué lo estaba pasando tan mal hoy.

—Solo hacíamos eso cuando éramos jóvenes e inmaduros —añadí.

—Ya. ¿Y cómo decidís quién se la tira primero?

Sonreí un poco, considerando cómo expresarlo.

—Hemos aprendido a compartir.

—Hmm. —Su tono fue despectivo. Claramente no quería más detalles sobre eso. Normalmente no quería ningún detalle en absoluto, así que no estaba seguro de por qué sentía curiosidad.

—Supongo que Roni no es mi tipo —amplié.

—Ya. ¿Y cuál es tu tipo últimamente? —Otra vez, el desprecio. Como si fuera culpa mía que Jesse Mayes, el guitarrista principal de Dirty y el hombre de sus sueños, hubiese cortado con ella hacía cosa de un año.

Así que a lo mejor estaba metida en una larga fase de odio a los hombres.

Seguía sin afectarme.

Simplemente me quedé mirándola, admirando cómo la luz de la luna brillaba sobre su largo pelo platino, observando los mechones flotar alrededor de sus hombros en el agua. Cómo su cara se veía suave y algo plateada bajo las estrellas… y demasiado jodidamente joven para una expresión tan amarga.

Me pregunté cuánto hacía que no sonreía de verdad, con una de esas sonrisas enormes e imparables. Cuánto hacía que no se reía de verdad con ganas.

O que la follaban de verdad con ganas… Tan bien que se le encogieran los dedos de los pies y se olvidara de Jesse Mayes durante un par de jodidos segundos.

—Si tú me dices el tuyo —dije, decidiendo lanzarme y flirtear con ella directamente—, yo te digo el mío.

¿Qué daño podía hacer flirtear?

Estábamos medio desnudos, en una poza caliente bajo las estrellas, era plena madrugada, y estábamos solos.

Pero Elle apartó la mirada, contemplando las aguas de la cala, donde la fuerza del océano rompía las olas contra las rocas justo debajo de nosotros.

Joder. La perdí ahí.

Claro que Elle y yo rara vez hablábamos de sexo o relaciones. No por elección mía. Pero ella era increíblemente cuidadosa con eso. Conmigo, incluso con sus compañeros de banda en Dirty, Dylan y Zane; básicamente con todos sus amigos varones. Desde la ruptura con Jesse.

En realidad, desde que todo se fue a la mierda entre ellos dos, no hablaba conmigo de casi nada. No como antes.

Cuando le gustaba Jesse, no había manera de callarla sobre él. Cuando se convirtió en algo más que un capricho, también me enteré. Cuando se enamoró hasta las trancas… me enteré de más de lo que jamás querría saber.

¿Ahora? Ni una puta palabra sobre sus sentimientos.

Era como si cuando la dejaron, hubiera decidido no sentir nada en absoluto, salvo congelarse como una reina de hielo y detestar a los hombres.

—Vale —ofrecí, intentando mantener un tono ligero—, empiezo yo. Me gustan las chicas tímidas y virginales que se convierten en ninfómanas cuando me las llevo a la cama.

Bufó por lo bajo.

—Eso es mentira cochina, Ash.

—¿Sí? —la reté, impasible—. También me gustan los chicos tímidos y virginales que se convierten en ninfómanos cuando me los llevo a la cama.

—Eso es una mentira todavía más gorda.

—¿Por qué?

Miró al cielo y soltó un pequeño suspiro.

—Porque he visto a las chicas, y a los chicos, con los que te lías. —Empezaba a sonar realmente irritada. Aunque por qué mis preferencias de ligue la irritaban, ni idea.

Aparte de echarme un vistazo de vez en cuando cuando creía que yo no miraba, Elle nunca había expresado interés en liarse *conmigo*.

Pero estaba de un humor de perros. Necesitaba un saco de boxeo, podía desahogarse conmigo todo lo que quisiera. No me importaba.

—Dato verídico… —Me recosté contra las rocas, hundiéndome más en el agua—. Me gustan los feligreses a los que puedo corromper. Cuanto más virtuosos, mejor.

—Y una mierda.

—En realidad tengo debilidad por las monjas.

Negó con la cabeza.

—Eres una mentira con patas.

—Monjes…

Me lanzó una de sus miradas de ojos de acero. Del tipo que haría salir corriendo a cualquier hombre inferior, con el rabo entre las piernas.

—Lo digo en serio.

—No intentes colármela, Ashley Player —dijo—. Te gustan las chicas malas y los chicos malos. Cuanto *peor*, mejor.

Me encogí de hombros.

—Que me líe con ellos no significa que me gusten.

Por alguna razón, eso pareció sentarle mal. Prácticamente podía sentir la noche congelarse entre nosotros. Me habría sorprendido que el agua no se convirtiera en hielo.

—Te gusta la gente guapa y fiestera, Ash. Admítelo.

—Una vez tuve un lío con un cura —reflexioné, mientras ella resoplaba con fastidio—. Bueno, en realidad era un cura en formación, o algo así.

—Te gusta Dylan.

Sus palabras crepitaron en la noche, como un disparo salido de la nada.

No me lo esperaba.

Me miró fijamente, y yo le devolví la mirada.

Se hizo el silencio.

En realidad, me abofeteó.

Durante un momento largo e intensamente doloroso, no pude respirar.

No es que lo que había dicho me pillara por sorpresa, exactamente. Es que me sorprendía que lo *dijera*. Porque la verdad es que no era asunto suyo lo que yo sentía por Dylan. Era su batería y su amigo. Pero era *mi* mejor amigo.

Y no es que pudiera elegir lo que sentía por él.

Cuando recuperé la voz, dije, lo más tranquilo que pude:

—¿Cuándo va a dejar de gustarte Jesse? ¿Va a pasar en algún momento de este maldito siglo?

Se puso de pie con un chapoteo brusco. El agua le chorreaba por el cuerpo. Y debía de estar realmente cabreada, porque estaba desnuda.

O sea, completamente desnuda.

Ni rastro de bragas.

Elle era famosa. Ya era bastante famosa cuando la conocí, como bajista de Dirty, pero a estas alturas era prácticamente un imperio unipersonal, con una carrera musical en solitario, una estrella en ascenso en Hollywood, una fundación benéfica y una línea de maquillaje increíble, por citar lo más destacado. Lo que significaba que era increíblemente famosa; mucho más famosa que yo.

También era celosa de su intimidad a más no poder.

Lo que significaba que nunca la encontrarías enseñando sus encantos en una playa «privada» para los *paparazzi* ni haciéndose fotos en pelotas para Rolling Stone ni filtrando «accidentalmente» un vídeo sexual a los medios. No se bañaba en cueros cuando el resto nos desnudábamos y nos tirábamos de cabeza. No iba corriendo desnuda por las fiestas ni follándose a desconocidos en el autobús de la gira a la vista de todos.

Lo que significaba que en los cinco años que la conocía, y nuestras bandas habían girado juntas, nunca la había visto desnuda.

Ahora la estaba viendo.

Toda esbelta y tonificada y bronceada y mojada.

Le vi las tetas. De tamaño medio y esa forma perfecta de lágrima. Los pezones tensos y enrojecidos por el frío. Las curvas delgadas de su cintura. La piedra de su piercing en el ombligo brillando a la luz de la luna.

Le vi el coño. Cuidadosamente arreglado, con solo una franja delicada de vello rubio… justo delante de mi cara.

Le habría echado un vistazo más de cerca si hubiera tenido la oportunidad, pero estaba a punto de salirse de la poza, así que le agarré del brazo, la detuve y la miré a los ojos.

—Lo siento —dije, con sinceridad—. Olvida que he dicho eso. Ahora retrae las garras y quédate. No es conmigo con quien estás realmente cabreada.

Se quedó ahí plantada con terquedad durante un largo y tenso minuto mientras le sostenía la mirada, obligándome a no mirarle el resto del cuerpo.

Entonces cedió y se hundió en el agua, soltándose de mi mano.

La dejé ir.

Pero el corazón me latía desbocado.

Elle se recostó contra una roca, a un brazo de distancia de mí, y se quedó en silencio.

Podría haber alargado la mano y tocarla.

No lo hice.

Después de un rato, dijo:

—No es asunto tuyo, Ashley.

—Lo sé.

—No eres de mi banda.

—Soy dolorosamente consciente de ello.

Sus ojos se clavaron en mí y se suavizó un poco más, dejando por fin de estar cabreada conmigo.

—¿Quieres fumar? —ofrecí. Me puse de pie para coger uno, porque no podía estarme quieto. Una energía inquieta y frustrada me revolvía por dentro, retorciéndome las tripas.

Y poniéndome la polla dura.

Deseo. Estaba totalmente ciego de deseo por Elle. Por muy irritada que estuviera conmigo, a mi polla le daba igual.

Pero esto no era exactamente un descubrimiento nuevo.

—No, gracias —dijo, sin mirarme—. Solo una cerveza, si vas a salir.

Salté de la poza y cogí una cerveza de su bolso, la abrí y se la pasé; luego saqué un porro de una pitillera de mi cazadora, junto con un mechero. Lo encendí y me quedé allí un momento, mirando la luna, inhalando el humo de la hierba y el aire helador, dejando que los pulmones me ardieran y se estremecieran mientras los músculos me temblaban de frío.

Dejando que la incomodidad de aquella otra mierda me atravesara.

Te gusta Dylan.

Le di otra calada, y a medida que la hierba hacía su efecto, me relajé.

Me puse el porro entre los labios y volví al agua, dejando la pitillera, con hierba de sobra, sobre una roca cercana.

Elle me miró cuando me hundí a su lado.

—Para que conste —dijo en voz baja—, y para que quede claro, y no tengas que preguntármelo nunca más, Jesse siempre me va a gustar.

—Me parece justo.

—Pero —añadió— ya no le quiero.

Ya.

—Bueno, a mí siempre me va a gustar Dylan. —Se me escapó antes de estar seguro de querer decirlo en voz alta, pero aquí con Elle, ¿qué más daba? Probablemente le contaría lo que quisiera

saber, si preguntaba. Y tampoco es que fuera información nueva—. Pero como le digas algo, voy a tener que matarte. Lo sabes, ¿no?

—¿Crees que él no lo sabe? —dijo simplemente.

No contesté a eso.

—No es tonto, Ash.

—No quiero hablar de esto, Elle.

No quería. Admitirlo delante de ella era una cosa. No significaba que quisiera un debate abierto. Me la sudaba lo que Elle o cualquier otro pensara al respecto.

Se quedó callada. Y noté que se sentía un poco mal por haberlo sacado. Nunca lo había hecho antes, aunque evidentemente se había dado cuenta.

Quizá el mundo entero se había dado cuenta a estas alturas.

Me importaba un carajo.

Mientras no incomodara a Dylan y jodiera las cosas con el mejor amigo que había tenido nunca.

—Sabes que yo nunca diría nada —dijo Elle con un pequeño suspiro—. Tú siempre te has portado de puta madre con mi mierda con Jesse. —Me miró—. Todos los demás se ponen tensos y van de puntillas. Incluso Dylan. Zane. «¿Cómo estás, cielo?» Me hablan como si fuera una víctima de un accidente de coche recuperándose, demasiado despacio, en el hospital. Como si solo pudieran acercarse a mí en el horario de visitas y hablar en voz baja. Como si estuvieran esperando a que alguien apareciera mágicamente y les diera un parte sobre mi pronóstico.

—Las cosas pintan bien —dije, poniendo mi mejor voz de médico charlatán—. Ha superado esa última crisis de diarrea explosiva como una campeona. Es una luchadora.

Se le curvaron un poco los labios en una ligera sonrisa. La primera que le veía en toda la noche.

—¿Ves? A eso me refiero. No te asusta.

—¿El qué?

Se quedó callada un largo momento. Luego dijo:

—Mi corazón roto.

Me quedé mirándola, intentando procesar aquello. Lo jodidamente equivocada que estaba.

—Me da un canguelo tremendo, Elle —le dije—. Por eso hago bromas.

Y por alguna razón, eso la hizo sonreír.

—¿Cuándo te has convertido en tan buen amigo mío? —reflexionó, dando un sorbo a su cerveza. Sonó como una acusación.

—Quién sabe. —Le di una calada al porro—. Tú eres amiga de Dylan. Yo soy amigo de Dylan. Supongo que venía incluido en el pack.

—Ya. —Entrecerró los ojos mirándome—. Eres muy sigiloso con eso, ¿sabes? Un minuto, entro en mi camerino entre bastidores y te encuentro tirándote a un puñado de *groupies* sobre mi mesa de maquillaje… Asqueroso, por cierto.

Me encogí de hombros, como diciendo *Gajes del oficio*.

—Y al siguiente… me preparas una tarta de cinco pisos para mi cumpleaños.

—Culpable de los cargos.

Me estaba atravesando con esos ojos grises y fríos, pero a mí no me engañaba. Elle podía hacerse la reina de hielo todo lo que quisiera, pero yo sabía que por dentro era toda gatita cálida y blandita.

Solo había que saber cómo acariciarla a favor del pelo.

—Eres un espécimen muy desconcertante, Ashley Player.

—Ah, pero aburrir, no aburro jamás.

—Eso te lo concedo. Eres probablemente lo más alejado de aburrido que puedo imaginar.

Me lo tomé como un cumplido.

—Solo sigo el consejo de mi madre —dije, usando ese mismo humor que usaba para desviar todo lo que había estado a punto de hacerme daño—. «Hagas lo que hagas, no aburras nunca a las mujeres.»

Elle medio sonrió, pero pareció frenarse antes de comprometerse con algo parecido a una risa.

—Mentira. Tu madre nunca dijo eso.

—Sí que lo dijo. Justo antes de irse. —Le di una calada al porro y la miré a los ojos—. Resulta que las mujeres que se aburren se van.

CAPÍTULO 2

ELLE

BUENO, mierda.

Ash nunca me había contado eso antes; que su madre le había dejado. No sabía los detalles. Solo sabía que ella no formaba parte de su vida.

Nunca había sido la clase de amigo que hablaba de esas cosas. Como muchos hombres que había conocido, tendía a huir de los temas emocionales. O a bromear sobre ellos.

Al menos, sobre sus propios temas emocionales.

Los míos… eran otra historia. Ash no se andaba con rodeos cuando se trataba de mis mierdas. Y resultó que era justo la clase de amigo que había necesitado este último año.

Alguien que pudiera mirarme a los ojos y tratarme como una persona normal y entera en vez de como una víctima desastrosa y rota.

Alguien divertido, que me hacía sonreír cuando ni siquiera recordaba cómo.

Alguien que mantenía la fiesta en marcha. Que mantenía la vida en marcha.

Que se tomaba la molestia de prepararme una tarta de chocolate de cinco pisos con crema pastelera en el centro y cerezas por encima. No porque yo fuera una superfan de la tarta de chocolate, sino porque sabía que apreciaría la fiesta sorpresa que organizó con ella, con solo unas pocas de las personas más importantes de mi vida presentes, y que ellos —mis amigos y mi familia— *sí* disfrutarían

la tarta. Que les haría felices, lo cual significaba hacerme feliz a mí, en un momento en que casi había olvidado *cómo* ser feliz. Cuando estaba tan absorta en otras cosas que casi había olvidado que era mi cumpleaños.

Esa clase de amigo.

Pero fue más o menos por esa fiesta cuando empecé a tener la sensación de que a Ash le gustaba como algo más que una amiga. Es decir, se hizo evidente que quería follarme.

Muy poco después de conocerle, Ashley, el legendario Player, fue y se echó novia. Mi amiga Summer, de hecho. Entonces no era mi amiga. No la conocía. Pero cuando mi banda conoció a la suya en un festival, hacía más de cinco años, y Dylan y Ash se hicieron amigos al instante, la banda de Ash, los Penny Pushers, se convirtió rápidamente en una presencia fija en nuestras giras. Conocí a Summer a través de Ash, y ella y yo nos habíamos hecho muy buenas amigas con los años.

En algún momento, Ash y Summer cortaron. Él siguió a lo suyo. Yo entré y salí de unas cuantas relaciones.

Luego estuve con Jesse.

Luego Jesse cortó conmigo.

Y Ash me organizó una fiesta de cumpleaños increíble.

Y empecé a tener esa sensación cuando me miraba. Especialmente cuando estábamos solos.

La sensación que tenía ahora mismo.

—¿Cuándo se fue tu madre? —pregunté, con cuidado, medio esperando que se lo quitara de encima con una broma.

Pero se quedó mirando la noche mientras fumaba su porro y pareció pensarlo.

—Tenía trece años. Nunca fue la madre del año, ni siquiera cuando estaba —añadió con ligereza—. Así que no te sientas demasiado mal. Tengo una tía que es genial, así que todo se compensa.

—La tía Ginny —dije—. La recuerdo. ¿La de Montana?

—Colorado.

—Cierto.

Se hizo un silencio, no incómodo, aunque todavía podía sentir esa mirada que me lanzaba, incluso cuando no se la devolvía. *Especialmente* cuando no le miraba.

Imposible ignorar ese interés ardiente, abrasándome.

Ash era todo calor abrasador e intensidad atormentada, y aunque conocía su lado más ligero —su lado ridículo, el que Dylan sacaba de él más que nadie—, podía imaginar la clase de bestia en llamas que sería en la cama. Todo fibrado y definido y tatuado…

No es que me hubiera permitido recrearme realmente en esos pensamientos.

Era demasiado… raro. Era un amigo. Tantos de nuestros amigos eran amigos que él se sentía, extrañamente, como de la familia.

Aunque Jesse también se sentía como de la familia, y aun así me había enamorado de él.

Ash, sin embargo… simplemente no era mi tipo.

Excepto que, en cierto modo, sí lo era.

Le eché un vistazo a hurtadillas. Pelo negro azabache, cara preciosa. Pómulos altos, nariz recta, todo ángulos cincelados y fascinantes, de esos en los que una chica podría perderse. Cejas oscuras fruncidas sobre unos ojos azules, azulísimos. Tatuajes visibles en los hombros, y cuerpo de surfista, aunque la mayor parte estaba escondida bajo el agua ahora mismo.

No es que no le hubiera echado un buen vistazo largo —o cien— antes. Era bastante espectacular, en lo que a cuerpos masculinos se refería.

Ashley Player era una belleza.

Así que quizá simplemente no tenía del todo claro por qué no me le había lanzado ya. O por qué no había dejado que se me lanzara él…

Aparte del hecho de que nunca me había parecido del todo correcto.

O quizá era porque no se había ganado su apellido, su nombre artístico —*Player*—, únicamente porque tocara la guitarra.

O quizá, solo quizá, era porque una pequeña parte de mí le estaba comparando con Jesse Mayes… y ningún varón humano vivo había alcanzado aún ese listón en mi cabeza.

Ya. Esa gilipollez.

—¿Te acuerdas de aquella vez en Colorado? —preguntó, algo soñador, lo que significaba que la hierba probablemente se le estaba subiendo—. En el jacuzzi. —Sus ojos ligeramente entornados me recorrieron la cara mientras hablaba—. Estabas toda sofocada, como ahora, con ese bikini plateado tan sexy que tienes… —Se perdió por ahí, y me incomodó un poco imaginar dónde tenía la cabeza—. Estabas borrachísima —continuó— y feliz, y aquel pijo imbécil intentó ligarte. No tenía ni idea de quién eras. Estaba fascinado con tu pelo platino y tu piercing en el ombligo. Como si fueras una criatura exótica salida de sus sueños húmedos y no pudiera creerse que existieras de verdad.

—Si no recuerdo mal —dije con sequedad—, tú me emborrachaste. —Me acordaba de aquella noche perfectamente, con demasiada claridad. Ash y sus ideas brillantes. El tío podía competir con el mejor camarero, y decidió preparar Baileys casero. Estaba tan bueno que cometí el error de beberme yo sola casi una jarra entera. Estuve épicamente fatal al día siguiente—. No recuerdo haberme sentido nunca tan asquerosa.

—Estabas hecha un desastre —convino—. Te perdiste buscando hielo y acabaste en mi habitación de hotel a medianoche.

—Me acuerdo.

—Te habría retenido allí, te habría arropado y te habría guardado para mí, si Jesse no hubiera venido a recogerte. —Me miró fijamente con esa mirada suya abrasadora, de cien grados—. Lo sabes, ¿no?

Sí, más o menos lo sabía.

También sabía que estaba flirteando conmigo, y no era esa clase de flirteo inofensivo que los amigos hacen a veces, que en realidad no significa nada.

Había calor detrás.

Y un desafío nada sutil.

En realidad, estaba siendo descaradamente seguro de sí mismo. Lo que significaba que estaba siendo su Ashley Player habitual, pero por alguna razón resultaba más halagador de lo normal. Más bienvenido.

Normalmente dejaba que los intentos de Ash de flirtear conmigo me resbalaran. Él los lanzaba, yo los ignoraba.

Esta vez, sonreí. Había que admitir que a Ash parecía importarle mucho hacerme sonreír.

Demasiado, quizá.

Pero ahora mismo, me lo quedaba. Porque ¿cuándo se había vuelto aceptable que yo pasara por la vida sin sonreír?

Sonreír era algo que solía hacer con facilidad, y a menudo. ¿Por qué no? Tenía una vida increíble. Tenía la banda, mi carrera. Tenía la música. A diferencia de muchas otras estrellas del rock que conocía, también tenía una familia sólida. Dos padres cariñosos, y crecí con dinero. Nunca me faltó de nada en realidad, incluido el amor.

Pero luego estaba Jesse.

Y todo el mundo sabía cómo acabó aquello.

Le di un trago a mi cerveza e intenté sentirme agradecida por todo lo que tenía. Intenté sentirme, *sentirme* de verdad, en lo más profundo, feliz por Jesse y por el amor que había encontrado.

Pero igual que todas las demás veces que había intentado hacer eso desde que cortamos, y él conoció a Katie… simplemente no podía.

Sentí las lágrimas asomárseme a los ojos antes de poder evitarlo.

Y Ash dijo:

—Está bien seguir cabreada. Y dolida. Y jodidamente triste. O lo que coño sientas, Elle. Puede que nadie te lo haya dicho. Pero está bien.

—Summer me lo ha dicho —dije—. Y Jessa, y Maggie. Y ahora tú. Pero creo que todos los demás están esperando a poder soltar el aire cuando yo deje de sentir lo que siento, para que todos podamos volver a la vida normal.

—Pues que les den —dijo—. No hay «vida normal». La vida es lo que coño sea, ahora mismo. Y si es tú con el corazón roto sentada aquí conmigo bebiendo cerveza la noche de la boda de Jesse mientras él se folla a su novia en la cabaña, pues que así sea.

Sí. No era de los que se andaban con rodeos.

Pero eso me encantaba de Ash. La verdad era que estaba rodeada de pelotas, hombres y mujeres, todo el santo día. Prefería

que la gente me dijera las cosas a la cara. Más que nunca desde que Jesse cortó conmigo y me dijo que, en realidad, nunca había sido del todo feliz conmigo.

Porque ¿quién necesitaba eso?

No quería estar en esa situación nunca más. Creyendo que las cosas eran algo que no eran en absoluto.

—Vale —dije, y levanté mi cerveza, sorbiendo las lágrimas a medio formar—. Brindo por mí y mi corazón roto. Y por Jesse y su novia.

Ash levantó lo que le quedaba de porro y lo chocó contra el cuello de mi botella de cerveza. Yo le di un trago y él le dio una calada.

—Se llama Katie —dijo, en el silencio que siguió.

—Ajá.

¿Cómo iba a olvidarlo? Su nombre era tan mono como el resto de ella. Y ahora su nombre era Katie *Mayes*. Así que no había manera de escapar de ello.

—Si usas su nombre, la humanizas, y se hace más difícil odiarla.

—Gracias por el consejo.

—Si necesitas alguno más —ofreció—, tengo unos cuantos.

—Lo tendré en cuenta.

Seguía mirándome. De hecho, no creo que hubiera apartado los ojos de mí más de una o dos veces desde que se metió conmigo en la poza.

Y ahora mismo, era más que halagador.

Pero aún no era suficiente.

—¿Crees que yo tendré eso algún día? —le pregunté en voz baja, como si alguien pudiera oírnos—. Ya sabes, lo que tienen ellos. Cómo se miraban allí arriba en el altar…

Ash pareció considerarlo.

—¿Crees que yo lo tendré? —contraatacó.

—No lo sé. ¿Tú quieres eso?

Se encogió de hombros y me dedicó una especie de sonrisa. Esa sonrisa letal de *soy-un-vocalista-increíblemente-bueno-y-sin-una-preocupación-en-el-mundo*.

—No lo sé.

Asentí, como si lo entendiera. Pero la verdad es que no. Luego confesé:

—Yo sí.

—Entonces lo tendrás.

Probablemente tenía razón. Sabía que la tenía.

Pero ahora mismo, simplemente no podía sentirlo.

—Mira —dijo—, yo no tengo ni idea de esa mierda de plantarse ante el altar, Elle. Las bodas no son lo mío. Pero sí sé un par de cosas sobre mujeres y hombres en la cama.

—No me digas.

—Y a ti te llevaría a la cama antes que a Katie sin pensármelo, cualquier día de la semana.

No quería sentirme halagada por eso, pero…

—¿No es tu tipo?

—Ni de lejos.

—Dices eso porque está con Jesse y no está disponible de todas formas.

—Lo digo porque es verdad.

Puede. Pero aunque lo dijera en serio, solo estaba flirteando. Lo sabía. Y como todas las demás veces que lo había hecho, sabía que no podía tomármelo en serio.

No podía tomármelo a *él* en serio.

No quería nada más con Ash que amistad. Una estrella del rock alta, morena y complicada ya era suficiente para mí. *Nada más de guitarristas*; me lo había prometido a mí misma después de la ruptura con Jesse.

Y Ash no era solo guitarrista principal. Era cantante principal, lo cual era peor.

Doble de ego.

Doble de drama.

No lo que necesitaba en mi vida.

Lo que necesitaba, probablemente, era un contable. Alguien lógico y fiable y predecible, sin un solo tatuaje, que no supiera tocar un instrumento musical ni para salvar la vida, que nunca hubiera estado de gira, nunca hubiera pisado un escenario, nunca hubiera

tenido manadas de *groupies* suplicando por follárselo —y jodiéndole la cabeza.

Un tío normal, con una vida normal.

Sí. Probablemente por ahí iba mi vida amorosa, si tenía algo de sentido común.

Pero un poco de flirteo por el camino… sentaba bien. Podía admitírmelo. Ash estaba increíblemente bueno, y sí, había tenido más que su ración de mujeres, pero ahora mismo solo tenía ojos para mí. Quizá solo fuera durante unos minutos en mitad de la noche, cuando no había nadie más compitiendo por su atención, pero me quedaba con sus cumplidos.

—Gracias por decir eso. No debería gustarme, pero me gusta.

—Para eso lo digo —dijo, sin dejar de mirarme. Sin dejar de flirtear.

—Sí —dije, dando un sorbo a mi cerveza—. Supongo que hacía mucho que no oía suficiente de eso.

Se rio. Sus dientes eran blancos contra su piel a la luz de la luna, y se le iluminó la cara. Se le arrugaron los ojos en las comisuras. Y, joder…

¿Ash sentado sin más, con ese aire inquieto y atormentado? Guapísimo.

¿Pero Ash riéndose? Devastador.

—Veeenga —bromeó—. Me estás vacilando, ¿no?

Ojalá. —No.

—Imposible. Eres Elle Delacroix, joder. Como si no te lo dijeran todos los días. Gente diciéndote lo buena que estás.

—Pero es diferente. —Me encogí de hombros—. Diferente viniendo de un hombre. Ya sabes, un hombre… —Me quedé ahí, sin saber cómo terminar. Sin estar segura de querer hacerlo.

—Un hombre que quiere follarte —terminó por mí. Nuestras miradas se cruzaron—. De esos también debes de oír a diario.

Ojalá.

—Te sorprenderías —confesé—. Últimamente no dejo que los hombres se acerquen mucho. Ya sabes, puedo pasar días enteros sin hablar con nadie. Hacer que Joanie me filtre las llamadas.

Encerrarme en algún sitio y aislarme de todo el mundo. Es un poco… patético.

Era verdad. Y lo había hecho, bastantes veces; que mi asistente filtrara a fondo mis llamadas personales, correos, todo.

—Ya —dijo, como si no me creyera—. Así que es verdad eso de que las chicas más buenas se quedan solas en casa el viernes por la noche.

—Qué quieres que te diga. Te sorprendería lo sola que se está en la cima. —Lo dije como si no fuera gran cosa. Pero en realidad, era *lo más* grande.

Sabía que seguía teniendo mi banda, mi carrera, mi familia y mis amigos. Probablemente siempre los tendría. Incluso seguía teniendo a Jesse, como compañero de banda.

Pero nunca me había sentido más sola, más *aislada*, que cuando cortó conmigo.

—No me sorprendería nada —dijo Ash.

Sacó un porro nuevo y lo encendió. Me lo ofreció, pero lo aparté con la mano. No me apetecía fumar. El alcohol que había bebido esta noche ya era bastante malo; temía que, con esta boda, estuviera al borde de algún tipo de depresión profunda, fea y sin fondo, y las drogas difícilmente iban a ayudar.

Ash le dio una calada, mirándome.

—Joanie siempre me pasa mis llamadas —dijo después de un momento.

—Sí —admití—. Lo hace.

—¿Y eso por qué?

—Porque… —Me detuve ahí. *Porque me gusta hablar contigo* no parecía lo más apropiado. Sonaba demasiado a devolverle el flirteo, o a darle luz verde para meterme mano—. Porque eres mi amigo.

—Zane también lo es —contraatacó—. Apuesto a que a él le has filtrado las llamadas unas cuantas veces.

—Puede —admití—. Alguna que otra vez, a lo largo de los años.

—¿Y Jesse? —preguntó—. ¿Le coges todas las llamadas últimamente?

—La mayoría —murmuré dentro de mi cerveza.

—Ajá. Entonces, ¿por qué me coges las mías?

—Porque… Tú nunca me haces sentir mal conmigo misma por estar tan… jodidamente rota.

Porque hablar contigo siempre me hace sentir mejor.

Esa era toda la verdad, pero eso tampoco lo dije.

—¿Y ahora? —insistió—. ¿Te arrepientes de haberme dejado meterme aquí contigo?

—Las termas no tienen puerta, que yo sepa —dije con sequedad —. No es que pudiera impedírtelo exactamente.

—Claro que podrías. Quieres que me vaya, solo tienes que decirlo.

No dije nada.

Y el agua pareció calentarse varios grados más con la mirada que me lanzó.

Madre mía…

Ni siquiera estaba segura de qué pensar sobre el hecho de que los ojos de sexo de mi amigo me estuvieran golpeando tan fuerte entre las piernas.

Pero desde luego no los estaba ignorando como hacía normalmente.

—¿Cómo es que ningún hombre te ha dicho últimamente que quiere follarte? —preguntó.

Lo consideré. Consideré hasta dónde quería llevar esa respuesta. Pero estaba empezando a sentirme un poco atrevida aquí. Disfrutando del flirteo de Ash un poco demasiado. Porque me estaba haciendo sentir algo que no había sentido en mucho tiempo. Que no me había permitido sentir, quizá, desde que Jesse me rechazó.

Deseada.

—No lo sé. A lo mejor lo hicieron y yo simplemente no escuchaba.

—Eso suena muchísimo más probable —dijo.

Entonces decidí hacer una confesión atrevida, que definitivamente entraba en el terreno del exceso de información.

—No he estado con nadie desde Jesse.

Ash me miró fijamente. El porro se detuvo a medio camino de su boca.

—¿Con nadie?

—No.

—Pero… cortasteis en, qué, ¿marzo?

—Abril —dije.

Lo que significaba que llevaba exactamente nueve meses sin nada.

Bueno, en realidad… habían sido unos diez meses. Porque esas últimas semanas entre Jesse y yo no fueron buenas. Y apenas me había tocado.

Me encogí al recordar aquello tan horrible. Como hacía cada vez que recordaba lo mal que se pusieron las cosas entre nosotros hacia el final. Lo rápido que pasé de estar en una nube a aterrorizada de que me fuera a dejar.

Nunca había temido perder a nadie ni nada tanto. Y nunca había estado tan destrozada por una pérdida. Era como intentar superar una muerte; así de doloroso. Y así de casi imposible.

Ash seguía mirándome, y de repente me sentí incómoda exponiendo mi absoluta falta de vida sexual ante él, una estrella del rock. Una estrella del rock guapísima y sexualmente promiscua.

En otras palabras, un tío que probablemente follaba a los pocos minutos, si no segundos, de cualquier momento en que le apeteciera.

—¿Y todos los tíos con los que te veo? —preguntó—. Todo el puñetero rato. Tienes, como, un harén de tíos revoloteando a tu alrededor vayas donde vayas.

—Claro. Se llaman escoltas. Y *roadies*. Y publicistas, y entrenadores personales, y masajistas…

—Y fans cachondos —concluyó, claramente sin tragarse mis excusas.

Me encogí de hombros.

—No lo sé. Supongo que nunca cierro el trato. —Di un sorbo a mi cerveza, tragándome la verdad del asunto—. Paso de ellos, o hago que Jude o alguien lo haga por mí.

—Vaya. —Pareció ir digiriendo aquello, poco a poco—. Bueno, sabes que podrías arreglarlo cuando quisieras, ¿no? Al menos tienes opciones.

—Puede que no quiera opciones —dije, y la verdad de eso era dolorosa.

Vergonzosa.

Porque aunque sabía que no debería, aunque era una gilipollez y era doloroso y masoquista y *él* estaba total y jodidamente pillado por otra, había una parte de mí que todavía se agarraba. Una parte realmente estúpida de mí, que no había recibido el mensaje aún. Que simplemente no podía jodidamente procesar el hecho de que mi oportunidad con Jesse Mayes había pasado, y que nunca volvería a ser mío.

Que nunca fue realmente mío.

Porque nunca me quiso de esa manera.

De la manera en que yo le quise.

—Entonces… —dijo Ash—. Ya no le quieres, pero le sigues deseando. ¿Es eso?

Esperó, mirándome, hasta que pude obligarme a contestar.

—¿Eso me hace patética? —pregunté, con la voz pequeña en la noche, rindiéndome al hecho—. Por favor, dime que soy jodidamente patética. Puede que me ayude a espabilar de una vez por todas.

—No, Elle —dijo, con la voz baja e inusualmente seria. En realidad, estaba llena de compasión, y enronquecida por el más leve borde de envidia—. Te hace humana.

CAPÍTULO 3

ASH

SÍ. Le deseaba a él.

Y si todavía estaba así de colgada de Jesse, después de todo este tiempo, y después de acabar de verle *casarse* con otra, evidentemente no había conseguido el cierre que necesitaba de aquella situación.

Bastaba con echar un vistazo a Jesse con Katie para saber que Elle no iba a conseguir un último revolcón con él, por los viejos tiempos, para quitárselo del sistema. Así que no iba a haber cierre por ahí. Y si todavía no se estaba tirando a nadie más, tenía que haber algo que le impedía seguir adelante con su jodida vida. Porque esta tía podía echar un polvo en un abrir y cerrar de ojos.

Por ejemplo: aquí mismo. Ahora mismo.

Donde le diera la puñetera gana.

Conocía a músicas de gira —incluso casadas— que tenían un flujo constante de fans que su equipo subía a sus habitaciones de hotel y sacaba por la puerta de atrás. Los hombres no eran los únicos que jugaban a esos juegos. Y Elle tenía el poder —y el físico — para hacerlo. Podría haberlos tenido haciendo cola a la vuelta de la esquina si eso fuera lo que quería.

Pero claramente no quería eso en absoluto.

—Nunca hiciste la fiesta de la ruptura, ¿verdad? —me aventuré, sabiendo ya la respuesta.

Arqueó una ceja.

—¿Fiesta de la ruptura?

—Siempre que cortas con alguien, tienes que montar una fiesta. Una fiesta épica. Cuanto peor es la pérdida, más gorda tiene que ser la fiesta, para compensar.

Lo que significaba que Elle necesitaba una fiesta de la ruptura épica de cojones.

Me sonrió, despacio, así que quizá estábamos avanzando.

—Eso es bastante ridículo, Ash.

Me encogí de hombros.

—Funciona. Siempre. Cuando corté con Summer, monté la mayor fiesta de ruptura de la historia, en casa de Zane, en L.A. Me desperté en un albergue de esquí en Alaska, te lo juro, con una pareja iraní-estadounidense buenísima que llevaba un espectáculo ambulante de frikis. Creo que les ligué en el aeropuerto. Tenía un tatuaje nuevo. La resaca duró tres días. —Sonreí al recordarlo—. La mejor ruptura de la historia.

—Oí algo de eso —dijo, ni de lejos tan impresionada como yo con esa pequeña anécdota—. La parte de Alaska, al menos. Sabes que Zane te metió en ese avión, ¿no?

Me encogí de hombros.

—Yo habría hecho lo mismo por él.

Era verdad; el vocalista de Elle y yo habíamos pasado la mayor parte de los últimos cinco años en una competición de egos permanente. El choque de los vocalistas. Él ganaba, la mayoría de las veces, porque tenía la banda más grande y la cuenta más grande. Todo más grande, polla incluida.

Pero el caso era que el tío me hacía reír. Rivalizaba con mis hazañas con las mujeres. Tenía una voz que nunca admitiría que envidiaba tanto como lo hacía. Si no fuera el vocalista de mi propia banda, sin duda querría estar en la suya. Nunca podría con su ego inflado, pero aparte de eso, era difícil encontrarle defectos a Zane Traynor.

A no ser, quizá, que fueras tía.

—Hmm —dijo Elle, con un tono que decía *putos hombres*—. ¿Y el tatuaje?

—¿Esa es la parte que te preocupa de la historia, nena?

Se inclinó y me dio un toque en el hombro.

—¿No me lo vas a enseñar?

—Bajos. Créeme, no quieres verlo.

Se recostó y me miró fijamente.

—¿Bajos…?

—Está debajo de los huevos, bien arriba del muslo. —Cuando se me quedó mirando, con esas cejas finas subiéndole cada vez más por la frente, suspiré y amplié—: Es una puta florecita rosa ñoña que dice *Danny 4Ever*.

Apretó los labios, quizá conteniendo una carcajada.

—¿Quién es Danny?

—Ni idea.

Ante eso, se partió de risa.

Por fin, joder.

Había rebuscado en mis archivos de memoria, y estaba bastante seguro de que hacía como un puto año que no oía a esta chica reírse —o sea, reírse *de verdad*.

—¿Tienes un tatuaje entre las piernas que dice *Danny 4Ever* y no sabes quién es Danny?

—Sí.

Se quedó callada un momento mientras bebía su cerveza. Luego dijo:

—Alguna idea tendrás. O sea, ¿Danny es una chica? ¿O un chico?

—Ni la más mínima.

—Madre mía, Ash.

—Ya ves, ¿no?

—No creo que lo veas.

Entrecerré los ojos mirándola a través del humo de mi porro.

—Sé que piensas que soy un bala perdida.

—No un bala perdida. Más bien un… espíritu libre, bailando a su propio ritmo. —Su sonrisa vaciló, luego desapareció—. Ya sabes… de los que van rompiendo cosas por el camino. —Mientras me miraba, el corazón se me aceleró un poco, dando un latido raro y pesado en el pecho. Porque había algo en su tono…

¿Como si le *importara* que yo siempre estuviera rompiendo cosas?

—¿Y por qué dices eso?

—Porque —dijo, todavía seria—. No te acuerdas de quién es Danny. Pero te apuesto lo que quieras a que él o ella se acuerda de *ti*.

No supe cómo tomarme aquello.

Simplemente me quedé mirándola en la oscuridad, con el vapor del agua y el humo de mi porro difuminándome la visión. Luego miré a las estrellas.

Dejé que sus palabras calaran.

O era lo más romántico y halagador que alguien me hubiera dicho jamás… o era simplemente triste.

¿Quizá las dos cosas?

—Tomo nota —murmuré, y le di otra calada.

—¿Tienes alguna idea? —me preguntó—. Quiero decir… podrías ser el Jesse Mayes de alguien.

—¿Eh? —Parpadeé mirándola—. ¿Qué coño significa eso?

Jesse me caía bien. Él y yo nunca seríamos colegas del alma; simplemente no teníamos esa química. Pero estábamos bien.

No significaba que quisiera que me compararan con él en el terreno sentimental. No en la mente de Elle.

—Significa que ¿sabes siquiera cuántos corazones has roto?

—¿Y tú? —contraataqué.

No contestó a eso. No parecía gustarle la idea, pero ni de coña Elle Delacroix, la princesa de platino, no había roto un corazón o dos a lo largo de los años. O cien.

—Tanta charla de corazones rotos me está deprimiendo —le dije, dándole otra calada al porro. Entre el agua caliente y la hierba y Elle, estaba relajado, flotando y razonablemente contento. Pero también estaba empalmado a tope, con la polla latiéndome hasta distraerme —. Vamos a darle la vuelta a esta noche de una vez.

—¿Y cómo haríamos eso?

—Podríamos follar —dije sin rodeos.

—¿Perdona?

Como si no me hubiera oído.

—Como tú quieras —le dije, y quizá era la hierba soltándome la lengua, pero iba jodidamente en serio—. Ahora mismo. O cuando

quieras. Ni siquiera tiene que significar nada. Puede significar algo si quieres. O puede ser solo cosa de amigos.

Negó con la cabeza, pareciendo un poco atónita, pero no debería haberlo estado. Sabía que me moría por ella, ¿no?

—¿«Cosa de amigos»?

—Ya sabes. Amigos con derecho.

Incluso mientras lo decía, sabía que esperaba más. Que quería más.

Si podía conseguirlo.

Pero con ella, probablemente aceptaría *cualquier cosa* que pudiera conseguir.

No es que estuviera enamorado de Elle. No me había dejado acercarme lo suficiente como para enamorarme. Sí, éramos amigos. Pero nunca había llegado realmente detrás del velo que usaba para ocultarse del resto del mundo. Conmigo, era Elle, la música. La chica famosa. La estrella del rock. Nunca me había dejado acercarme a la Elle de verdad, la chica detrás de toda esa otra mierda.

Cada vez que simplemente intentaba mirarla de esa manera, mirarla de verdad, *verla* de verdad, se esfumaba convenientemente.

Pero el caso era que sabía que probablemente podría colarme por ella si me dejaba.

Quizá eso era lo que tanto le asustaba.

Igual de fácilmente podía disfrutar del sexo y marcharme, si ella realmente quería que lo hiciera.

Quizá.

Difícil saberlo con certeza cuando ni siquiera habíamos llegado ahí aún.

—Quieres superar lo de Jesse, ¿no? —dije—. Pues úsame para superarlo.

Se quedó callada, así que continué.

—Puedes usar mi cuerpo. No me importa que me uses. Lo que quieras, me apunto.

Me miraba fijamente, en guardia, pero se había quedado muy quieta. Quieta de no respirar. Y no solo porque estuviera asustada.

Porque estaba pensando en mi oferta. Lo supe cuando tomó una bocanada de aire temblorosa.

—Es una mala idea, Ash —dijo suavemente.

—¿Sí?

—Sí.

—¿Segura?

—Sí —dijo, endureciendo el tono.

—Pero ¿cómo lo sabes si no lo pruebas?

—Es una mala, *mala* idea, Ashley —dijo con énfasis.

—O a lo mejor no.

—*Sí* lo es —insistió—. Totalmente. De hecho, en la historia de las malas ideas, esa puede que pase a la historia como la *más*…

—Vale, vale. —Levanté las manos en falsa rendición y le quité importancia—. Ganas tú. Estaba de coña.

Pero los dos sabíamos que no.

—Ya…

—En serio. Eres demasiado flaca y demasiado rubia para mí —le dije—. Y demasiado guapa. —Apagué la colilla en una roca y la tiré a los arbustos. Luego la miré a los ojos, con la cara cuidadosamente inexpresiva—. ¿A quién le gustan las rubias flacas?

—Ajá —dijo, dando un sorbo a su cerveza—. Nos estamos pasando de moda.

—Exacto. Seguramente no podrías ponérmela dura ni intentándolo.

Ante eso, se le encendieron los ojos. Pero no podía leerlos en la oscuridad. No tenía ni idea de si le parecía hilarante, ridículo o insultante. O si sabía que era mentira.

Si tenía la menor idea de lo empalmado que estaba ya, solo con flirtear con ella.

Se tragó la cerveza y dijo, con un punto mordaz:

—Mejor. Porque no querría que se te pusiera dura. Eres demasiado alto, moreno y ególatra para mí, Ash.

Pero los dos sabíamos que eso tampoco era verdad.

CAPÍTULO 4

ELLE

—¿SÍ? —dijo, y me lanzó una mirada tan abrasadora, tan de *Vamos a follar ahora mismo*, que el coño se me contrajo en respuesta.

Hacía mucho, mucho tiempo que un hombre no me miraba así.

O que yo *notara* que un hombre me miraba así.

Pero ¿qué narices estaba diciendo? Mis palabras estaban cargadas de flirteo. De *desafío*. Y a un tío como Ashley Player no le lanzabas un desafío a follarte.

A no ser que quisieras que te follaran.

Él sabía tan bien como yo que «alto, moreno y ególatra» era más o menos mi zona de confort. A pesar de mis mejores intenciones, era totalmente mi zona de confort. Prueba A: Jesse Mayes.

A la mierda los contables.

Prácticamente podría haber abierto las piernas y haberle dicho que me la metiera.

Era la primera vez que le devolvía el flirteo a Ash abiertamente, jamás, pero no estaba realmente preparada para el resultado de ese flirteo: su mano, deslizándose sobre mi muslo bajo el agua mientras su mirada azul se oscurecía y se pasaba la lengua con el piercing por el labio.

—Lo siento —solté—, no sé lo que digo. Es que estoy un poco deprimida esta noche. O algo…

La mano se le quedó congelada a mitad del muslo.

Luego la retiró y yo me quedé sentada mirándole, sintiéndome como una imbécil, intentando averiguar qué decir que no me hiciera

sonar como una zorra total. Una zorra hecha polvo que estaba tan harta de disculparse por sus humores de mierda.

—No debería haber dicho eso, Ash.

—No pasa nada —dijo con ligereza.

—Sí pasa. O sea, tú sí eres alto, moreno, y… —Me quedé ahí—. No debería estar flirteando contigo. No intento darte falsas esperanzas.

—Vale.

—Es que ha sido una noche dura.

—Lo sé.

—¿Estamos bien?

—Estamos bien —dijo—. Siempre estaremos bien.

Pero yo no estaba tan segura.

Se hizo el silencio entre nosotros. Un silencio lleno de los sonidos de la noche, el agua agitada de la cala lamiendo las rocas y retirándose de nuevo, el borboteo de las termas, el chirrido ocasional de un animal o insecto en el bosque. El cielo estaba clareando sobre los árboles; el sol saldría pronto. Y parecía tan tremendamente injusto, tan cruel, que este día, el primer día después de la boda de Jesse, empezara con mi corazón todavía hecho un desastre.

Pero no sabía qué decir, o hacer, para mejorar las cosas.

—¿Sabes qué necesitamos? —Miré y encontré a Ash observándome—. Música —se respondió él mismo.

Entonces se puso de pie, con el agua escurriéndole por el cuerpo de surfista, fibroso y tonificado. Su piel tostada por el sol… los tatuajes que le recorrían ambos brazos y le cruzaban un pectoral, bajaban por el costado del torso y por una cadera, desapareciendo bajo la ropa interior. Mi mirada bajó hasta su paquete, claramente definido mientras la tela negra mojada se le pegaba como una segunda piel.

Casi me atraganté con la bocanada de aire.

Estaba *empalmado*.

Y era absolutamente obsceno.

Prácticamente podría haber estado desnudo. Podía verlo *todo*. Incluso la silueta de la bola lisa y dura del piercing, en la cabeza de

su…

Bajé la mirada, que ahora aterrizó en la cara interna de su muslo. Quizá esperaba ver de pasada ese tatuaje de la florecita que decía *Danny 4Ever*…

Sin suerte.

Debía de estar muy arriba del todo. Sus calzoncillos eran definitivamente… cortos.

Di un sorbo a mi cerveza, ya templada, y aparté la mirada mientras salía del agua. No era para tanto, en realidad. Ya le había visto la polla a Ash antes. No a propósito, pero a veces las fiestas se desmadraban, los tíos se emborrachaban, y llevar ropa pasaba a un puesto muy bajo en su lista de prioridades.

Pero nunca la había mirado de *esa* manera.

Sobre todo porque incluso cuando la había visto, iba pegada a otra persona. A saber, Summer, o cualquiera de la cantidad de gente con la que se había liado desde que cortaron.

Pero definitivamente la estaba mirando —*le* estaba mirando— de esa manera ahora, mientras se agachaba a rebuscar algo dentro de su cazadora de cuero y su cuerpo esculpido brillaba todo mojado y liso y duro a la luz de la luna. Toqueteó un rato el móvil, y me sentí un poco culpable por comérmelo con los ojos.

Aparté la mirada de nuevo y di otro sorbo de cerveza templada, con el corazón latiéndome más rápido de lo que debería en el pecho.

Volvió al agua sujetando un pequeño altavoz portátil en la palma de una mano. Lo encendió, y una especie de canción de baile sexy llenó el aire. No conocía la canción, pero reconocí el estilo del *DJ* y la voz; era Calvin Harris.

Sí. Sexy…

Dejó el altavoz en una roca y usó el jersey para secarse un poco mientras tiritaba. La polla seguía en mi línea de visión, aunque parecía un poco menos entusiasta en el aire gélido de la noche. Empezó a vestirse.

Y me sentí un poco… decepcionada.

Completamente vestido, me tendió la mano.

—Venga —dijo.

Cuando dudé, puso los ojos en blanco y giró la cabeza.

—No miro. Hazlo rápido o te vas a congelar.

—Me voy a congelar de todas formas. Tenía la esperanza de quedarme aquí hasta que al menos saliera el sol.

—Te vas a congelar igual —dijo—. Por eso vamos a bailar.

Justo entonces, arrancó el ritmo de la canción. Ash me miró por el rabillo del ojo y sonrió con suficiencia.

—Bienvenida a tu fiesta de la ruptura.

Vale. Eso me llegó.

Tuve que devolverle la sonrisa. Sonreí de oreja a oreja, de hecho.

—Siempre quise una de esas —dije.

Le cogí la mano y dejé que me sacara del agua. Fue lo bastante educado como para hacer un espectáculo de mirar hacia otro lado, aunque cuando resbalé en las rocas y me choqué contra él, desnuda, apretó la mandíbula. Luego me vestí, lo más rápido que pude, tiritando sin parar. No le miré mientras lo hacía, así que por lo que yo sabía, se estaba dando el festín visual. Pero sinceramente, tenía demasiado frío para importarme.

Usé la toalla que había traído para secarme a toda prisa, pero seguía tan húmeda que los vaqueros ajustados se me pegaron y no conseguía subírmelos del todo por las caderas para cerrar la cremallera. Eso también me daba igual. Apenas me lo había puesto todo y subido la cremallera de la cazadora cuando Ash me agarró y empezó a darme vueltas.

—Venga, que te vas a congelar —me instó.

—Ya estoy congelada —me quejé.

Pero me dejé llevar.

Sobre todo porque Ash era buen bailarín. Tenía el ritmo serio de un músico y el cuerpo de un atleta. Bailaba como un rockero, lo que significaba más saltar arriba y abajo que otra cosa, pero a mí me funcionaba. Funcionaba para la canción. Tenía un ritmo genial, contundente, arrollador. En cuestión de segundos teníamos una fiesta de baile para dos.

Sentaba bien. Algo liberador.

Aliviaba la tensión.

¿Quién necesitaba sexo?

Mi mejor suposición del título de la canción era *You Used to Hold Me*. Al menos eso deduje del estribillo que se repetía. Mientras pogueaba en la casi oscuridad con Ash, él cantaba la letra, más o menos dándome una serenata, y no paraba de agarrarme las caderas para hacerme girar… y me sentía jodidamente eufórica.

Antes de darme cuenta, estaba saltando como una idiota.

Estaba soltando *risitas*.

¿Había bebido tanto esta noche?

Me encantaba bailar, y me encantaba la música electrónica. Summer —también conocida como *DJ Summer*— había trabajado conmigo en mi álbum en solitario; era sobre todo rock electrónico con unas cuantas canciones de baile puras. Probablemente esa era la razón por la que Ash me estaba poniendo esto. Nunca me había parecido un gran amante de la música de baile.

Pero ¿por qué narices estaba saltando y soltando risitas en el bosque en mitad de la noche, con Ash?

Seguía dándome serenata, con un énfasis cada vez más dramático, como un actor de Broadway increíblemente bueno, haciéndome girar… y luego inclinándome hacia atrás sobre su brazo.

Y sentí una oleada de… algo.

Cuando me volvió a subir, aplastándome —a propósito— contra su pecho, le dije:

—Eres idiota. —Pero estaba sonriendo como una tonta.

No recordaba cuándo me había sentido tan relajada o tan bien con nada.

Había pasado tanto tiempo.

Demasiado.

—Lo sé —dijo.

Entonces me besó.

En realidad, se estampó, boca primero, contra mí. Y lo vi venir. No es que no supiera el instante exacto en que iba a pasar. El oscurecimiento de sus ojos, cómo bajaba los párpados, cómo se le desvanecía la sonrisa justo antes de hacerlo.

Pero le dejé hacerlo.

Le dejé restregar sus labios contra los míos, calientes y húmedos y con sabor a hierba dulce y ahumada. Le dejé abrirme y deslizar su

lengua, caliente y firme, contra la mía.

Sentí la bola lisa de su piercing en la lengua, y cuando me recorrió la mía, un calor me desgarró la columna.

Entonces empezó a caminar conmigo sendero arriba por el camino rocoso hacia la pasarela de madera.

Y le dejé.

Me envolvió con los brazos, con las manos recorriéndome entera, y se enrolló conmigo como si hubiera deseado esto durante mucho tiempo.

Y me estaba calentando de verdad…

Cualquier miedo que hubiera tenido sobre si merecía la pena o no cruzar la línea con Ash quedó disipado. Porque no cabía duda de que este hombre sabía exactamente qué hacer con la lengua.

Solo podía imaginar que sabía qué hacer con el resto.

Y había visto el tamaño de su empalme.

Oh, sí… Esto estaba pasando.

Cuando llegamos a la pasarela, se apartó, respirando profundamente en la oscuridad, su mirada abrasadora clavada en mí.

—¿Vas a dejar que te folle? —dijo, con la voz ronca de deseo—. ¿O paro ahora?

—No pares —dije, atrayéndole hacia mí por la cazadora—. Bueno… ¿a no ser que no tengas condón?

—Tengo condón —murmuró, y luego me besó otra vez, a fondo. Me besó la cara. Me besó el cuello, chupando y lamiendo, arrastrando la bola de su piercing por mi garganta.

Y yo simplemente le dejé, saboreando la sensación de que me besaran.

—¿Cómo lo quieres? ¿Arriba en mi cabaña, delante del fuego…? —Me iba besando el pecho hacia abajo, abriéndome la cremallera de la cazadora según avanzaba, forcejeando con el jersey—. ¿En el puto suelo…? —Me estaba empujando hacia atrás ahora, por la pasarela, mientras me besaba y me manoseaba.

Y me sentía jodidamente colocada con todo.

Era esa sensación temeraria de *Esto-es-probablemente-un-error* mezclada con *Me-importa-una-mierda*, y la extraña emoción de

saber que Jesse estaba ahí arriba en su cabaña, ahora mismo, con Katie… y que *le jodan*. No era el único que podía echar un polvo esta noche.

Agarré a Ash y me planté en seco en medio de la pasarela.

—Aquí —dije.

—¿Aquí?

—Sí. —Le atraje contra mí, y cuando nuestros cuerpos se juntaron y le sentí, duro por mí, fue tan jodidamente bueno.

Estaba olvidando rápidamente que esto era una mala, mala idea.

La peor idea.

¿*Amigos con derecho*?

¿Eso funcionaba alguna vez de verdad?

No. No, no creía que funcionara nunca de verdad.

Y sin embargo… las palabras seguían saliéndome de la boca.

—Así es como lo quiero —le dije—. Aquí mismo.

Entonces le devolví el beso, con fuerza.

Le jodidamente *devoré*.

Le chupé la lengua, trabajando la mía contra la suya, acariciando su piercing… restregándome contra él, contra todo él, mientras me subía el jersey y deslizaba la mano dentro del sujetador. Se sentía cálido en la noche fría, los dedos ásperos de callos mientras me apretaba el pecho, y gemí en su boca. El hormigueo y la tensión en los pezones fue la primera oleada de verdadera excitación, de las que te marean, que había sentido en mucho, mucho tiempo.

Luego me estaba bajando los vaqueros por las caderas, y las bragas, y metiendo la mano entre mis piernas.

—¿Lo quieres despacio, Elle? —preguntó mientras me masajeaba el coño, despacio, con la palma de la mano, provocándome la entrada con las yemas de los dedos, apenas rozando—. ¿Lo quieres tierno? —Se lamió el labio—. ¿Lo quieres duro? —Y volvió a sumergir esa lengua mágica en mi boca.

El calor y la necesidad prendieron entre mis piernas, incendiándose, y me restregué contra su mano.

—Duro —logré decir entre besos.

Entonces me empujó contra la barandilla. Me abrió y me metió un par de dedos de golpe.

Jadeé por la sorpresa, pero me encantó.

—¿Así…? —preguntó, con la voz grave de hambre mientras yo le abría los vaqueros y le sacaba la polla. La sentí caliente y sedosa en mis manos frías.

—Sí —jadeé, mientras me follaba con los dedos, girándolos según avanzaba. Me pasó el pulgar por el clítoris. Y se sentía *tan* bien…

El deseo crecía dentro de mí, agudo y rápido.

Hacía *demasiado* jodido tiempo…

Le apreté la polla; estaba dura y caliente. Mientras se la trabajaba con movimientos largos y firmes, sentí la bola lisa de acero en la cabeza contra la palma. Gimió, y la verdad es que me daba igual si se corría en treinta segundos, siempre que me hiciera correr a mí.

Lo quería, y lo quería fuerte y rápido.

—¿Has follado alguna vez… con un tío… con la polla con piercing? —preguntó entre besos, jadeando.

—No.

Se le dibujó una sonrisa perversa, una sonrisa de esas de ego muy masculino. Entonces me giró por las caderas. Me empujó hacia delante, doblándome sobre la barandilla. Oí cómo rasgaba el envoltorio del condón y le sentí ponérselo, los nudillos rozándome. Me sujetó las caderas con una mano mientras alineaba su polla con mi entrada, y yo me agarré a la barandilla para sostenerme.

—Aviso: te va a dar en el punto G y te va a volar la cabeza.

Sí, por favor.

Pero no entró.

—¿Te parece bien? —preguntó.

¿A qué chica no le parecería bien?

—Date prisa —solté, preparándome. Había pedido que fuera duro, y «duro» probablemente era subjetivo—. Lo quiero rápido.

Pero seguía sin follarme.

—Amigos, ¿verdad? —dijo.

—Sí —respiré, poniendo un poco los ojos en blanco, aunque él no podía verlo—. Amigos para siempre.

Me dio un azote en el culo. Supongo que no le hizo gracia el sarcasmo, pero a mí no me molestó el azote tampoco.

—Me quedo con los derechos —dijo, con la voz ronca, como si le estuviera matando contenerse—. Pero no quiero que joda la amistad.

—Nada de joder la amistad —dije—. Solo follar.

—Vale —dijo—. Trato.

Entonces embistió dentro de mí.

Y *joder*, sí. Esa sensación; caliente, impactante… jodidamente increíble.

—Mierda —gimió. Me deslizó una mano por la curva de la espalda, bajo la cazadora—. Elle… eres tan jodidamente preciosa…

—No hace falta que hables —jadeé—. No hables.

Así que no habló.

Simplemente me sujetó las caderas, fuerte, y me folló con todo lo que tenía. Jadeaba, gruñía mientras me lo daba. La pasarela crujía bajo nosotros. Las olas rompían en las rocas de abajo. El corazón me latía en la garganta, detrás de los ojos. Y el coño me palpitaba, apretándose alrededor de él mientras me embestía.

Mi cuerpo fue calentándose, de dentro afuera, el calor irradiando desde mi centro mientras me trabajaba. Todo el cuerpo me hormigueaba, cada vez más desesperado por liberarse mientras él me mecía las caderas al encuentro de sus embestidas, adelante y atrás, atrayéndome sobre su polla una y otra vez… empujándome hacia el clímax, centímetro a centímetro. Y yo quería que me llevara hasta allí.

Así que me solté, relajándome con una exhalación, y simplemente me permití esto. Me entregué, solo por este momento.

Porque me lo merecía, ¿no?

Por suerte para mí, mi amigo con derecho era un polvazo.

Sabía exactamente qué hacer, cómo dármelo fuerte sin hacerme daño en el proceso. Cómo sujetarme con sus manos fuertes. Cuándo restregarse contra mí para darme en el clítoris, y cuándo casi salir durante un par de respiraciones, solo para hacerme desearlo más.

Incluso sabía cuándo soltarme las caderas y rodearme con los brazos para que pudiera sentir su calor, su tensión y necesidad y su

aliento jadeante, contra mí. Cuándo necesitaba esa sensación de confort, de aceptación, para soltarme de verdad.

Y tenía razón con lo del piercing.

Podía sentir una presión increíblemente caliente creciendo dentro mientras me acariciaba de todas las formas correctas. Me iba a correr sin duda, gritando y perdiendo totalmente el control, como una mujer que no se había corrido con un hombre en diez largos meses.

Que no la habían follado, ni abrazado, ni deseado de esta manera —así de cerca e íntima— en demasiado jodido tiempo.

Y me di cuenta, en algún lugar profundo en medio de todo, al borde mismo del orgasmo… de que esto era *exactamente* lo que necesitaba ahora. Puede que fuera lo que había necesitado todo este tiempo.

Un hombre que simplemente me deseara.

Y me daba igual de qué iba ese deseo. Diseccionarlo, inspeccionarlo, rechazarlo; a partir de ahora, simplemente *había terminado* de descartar de plano a cada hombre que aparecía porque no era Jesse Mayes.

Jesse Mayes no me deseaba.

Este hombre sí.

Ash sí.

Mi amigo.

Ahora, mi amante.

Y que me follaran en la casi oscuridad, en mitad de la noche, en el bosque, por detrás, con la ropa a medio poner… era decididamente salvaje.

Pero no era solo sexo. No para mí.

Era locamente emocional mientras temblaba y jadeaba en sus brazos…

Apoyé la cabeza hacia atrás en su hombro. Levanté los brazos detrás de mí y le agarré el pelo a puñados mientras me besaba el cuello, y me aferré fuerte, mientras toda la mierda que había estado conteniendo, guardada bajo llave, subía hirviendo a la superficie. La tensión abrumadora de todo. El peso del desamor y la pérdida que

había cargado durante el último año de mi vida como un jodido yunque. La *presión* aplastante.

Todo simplemente se rompió y salió.

Y me corrí… jadeando en la noche con la liberación. Sabiendo en ese instante, con claridad cristalina, que nada volvería a ser lo mismo.

También sabía que no estaba exactamente pensando en Ash cuando me corrí —el hombre guapísimo abrazándome, embistiendo contra mí, dentro de mí, mientras se estremecía y gemía con su propia liberación.

Estaba pensando en otra persona.

Pero no de mala manera.

Porque esto era un nuevo comienzo. El comienzo de dejar *de verdad* ir a Jesse.

Lo supe mientras cabalgaba las olas del orgasmo, mientras otro hombre me abrazaba fuerte entre sus brazos…

Esto era lo que se sentía al soltar.

FIN

¡Gracias por leer!

¡No te pierdas *Tan canalla como Seth*, el siguiente libro de la serie Dirty! Ve al final de este libro para leer un avance.

LIBROS DE JAINE DIAMOND

Para consultar la lista más actualizada de los libros publicados por Jaine Diamond, visita su página de Amazon.

Únete a la Newsletter del Diamond Club de Jaine para recibir información sobre nuevos lanzamientos, novedades exclusivas y contenido extra gratuito.

AGRADECIMIENTOS

En primer lugar, gracias a todas las personas que participaron en el concurso *Ponle nombre a un personaje de Dirty*, que organicé poco antes de la publicación de este libro. Fue una idea divertidísima desde el principio y, con casi 500 participaciones, ¡la elección fue tremendamente difícil! Al final, Summer fue el nombre ganador; un enorme agradecimiento a Shellcey Germano, que propuso el nombre Summer en el concurso. Summer es un nuevo personaje femenino secundario, mencionado por primera vez en este libro (en la cuarta historia, *A Dirty Deal*); Summer hará su primera aparición en el próximo libro, *Tan canalla como Seth (Dirty Like Seth)*, y quizá también tenga su propio libro en el futuro, si nosotros (y los hombres del mundo de Dirty) nos enamoramos de ella. (Actualización: ¡el libro de Summer es *Sweet Temptation*!) Además, un agradecimiento especial a Linda Fox y Desiree, que propusieron el nombre Skye, que estuvo muy (muy) cerca de ganar el concurso.

Gracias, como siempre, a los numerosos blogueros y reseñadores que siguen apoyándome a mí y a mis libros, escribiendo reseñas apasionadas de mis nuevos lanzamientos simplemente por amor a la lectura y por el placer que les dan mis libros. Me dejáis alucinada y os estoy profundamente agradecida. ¡Tendréis noticias mías en cuanto el próximo libro esté listo!

A las chicas de mi club de lectura, por organizar mis primeras (¡geniales!) fiestas de firma de libros y compartir vuestra pasión por los libros, incluidos los que he escrito yo. Gracias por hacerme leer en voz alta. Da miedo, pero mola. ;) A Chris, por acogernos, leer betas y ser tan generosa y enrollada. Y a mis muchas otras amigas, amigos y familiares que siguen apoyándome en la escritura y dando a conocer mis libros a otros lectores: gracias.

A Guinevere, gracias por leer la beta, por apoyarme con tanto entusiasmo y por querer estas historias. ¿A que mola que ahora seas autora? Enhorabuena por publicar, bonita.

A Mr. Diamond, gracias por leer la beta, como siempre, por ayudarme a mejorarlo, por compartir este sueño mío (¡nuestro!) y darle alas. Te quiero. ¡Ahora vamos a hacer más libros!

A mis lectores: GRACIAS por leer este libro y por acompañarme en este viaje. Vuestros mensajes diarios, vuestra amabilidad y vuestro apoyo lo significan todo para mí. Saber que lo que escribo ha tocado vuestras vidas me deja sin palabras. Gracias por escribirme y conectar conmigo. Vuestra genialidad me conmueve. Si habéis disfrutado de esta colección de historias, considerad dejar una reseña y recomendar este libro a vuestros amigos; vuestro apoyo continuo significa muchísimo para mí.

Con cariño y gratitud,
Jaine

AVANCE DE TAN CANALLA COMO SETH

¡No te pierdas el siguiente libro de la serie Dirty, *Tan canalla como Seth*: la historia de Seth y Elle!

Tan canalla como Seth es una historia de redención de amigos reencontrados que se enamoran, con un héroe caído que necesita perdón, una heroína superestrella que sabe lo solitario que es estar en la cima y un amor secreto que florece a pesar de tenerlo todo en contra.

CAPÍTULO 1

SETH

Había hecho cosas peligrosas de cojones en mi vida. Peligrosas y estúpidas.

Engancharme a la heroína.

Sufrir una sobredosis.

Casi morirme a los veintidós.

Sí; esas eran, sin duda, el top tres.

Pero esto, ahora mismo, tenía que estar en lo alto de la lista de estupideces peligrosas.

Para empezar, estaba invadiendo una propiedad privada, en el aparcamiento de un bar que pertenecía a un miembro de mi antigua banda, Dirty. Toda la banda estaba dentro del bar, y aunque no tenían ni idea de que yo estaba aquí, estaban a punto de enterarse. Y la verdad es que no estaba nada seguro de cómo iban a reaccionar.

Pero de algo estaba seguro: probablemente no iban a ponerme la alfombra roja.

Y por si fuera poco, el bar estaba plagado de seguridad, y los tíos de seguridad que acompañaban a Dirty últimamente eran casi todos exmilitares o moteros. Lo cual significaba un montón de tíos que sabían cómo hacer sangre.

Y por último, pero no menos importante, estaba apoyado en una moto aparcada al fondo del aparcamiento detrás del bar. Una Harley. Una moto que no era mía pero que claramente pertenecía a un motero serio: uno de los West Coast Kings, a juzgar por la insignia negra y esquelética del rey de picas pintada sobre el depósito.

Era la moto de Jude Grayson. Jefe del equipo de seguridad de Dirty. Al menos, eso era con lo que contaba.

Si no era la de Jude, confiaba en que, como mínimo, fuese la moto de alguien conocido suyo, y que por tanto no fueran a asesinarme en el instante en que el motero en cuestión saliese por la puerta trasera del edificio.

Estaba haciendo lo que siempre hacía cuando me ponía nervioso: tocar la guitarra. Pero mi cabeza estaba puesta en aquella puerta. Estaba pintada de rojo, con una cámara de seguridad en la pared encima, apuntando directamente hacia abajo. No estaba apuntando hacia mí, pero eso no significaba que no hubiera alguna otra que sí.

Estaba cayendo la tarde y el aparcamiento estaba desierto. Había unos cuantos camiones grandes, de los que transportan equipo de bandas, material de rodaje y mierda para el escenario, y varios vehículos más encajados en las estrechas plazas. Pero había una valla alta alrededor del recinto con una verja cerrada con llave, y por lo visto nadie en Los Ángeles era lo bastante idiota como para saltar esa valla para entrar.

Nadie salvo yo.

Iba por la mitad de *Wish You Were Here* de Pink Floyd cuando la puerta roja se entreabrió y asomó la cabeza de un tío. Abrió la puerta de una patada y salió; se dirigió directo hacia mí, abriéndose paso entre los coches aparcados mientras la pesada puerta se cerraba de golpe tras él. Y sí, era un motero. Un motero novato. No podía tener más de diecinueve años. Llevaba un taco rebosante en una mano, a medio comer, así que debí de haberle interrumpido la cena.

Podía haber sido el tío con el pinganillo que se había materializado en la acera poco después de que yo saltara la valla; podía haber sido alguien mirando las cámaras de seguridad. Pero alguien le había avisado de que yo estaba aquí fuera. Y como no había sido el propio Jude quien había salido, fuera quien fuese probablemente no me había reconocido.

Alguien nuevo en el equipo.

Este chaval, con un chaleco de cuero negro de los Kings sobre la camiseta, con un parche cosido en el pecho que decía *Prospect*, parecía más flipado con mi estupidez que cabreado. No le conocía, y que me reconociera o no parecía lo de menos. En cualquier caso, los ojos se le salían de las órbitas en dirección a mi culo, que estaba posado sobre el asiento de la moto.

Quizá con un poco de suerte también estaba flipando con mis habilidades musicales, porque no paraba de mirar de la moto a mi guitarra y a mi cara.

—¿Sabes de quién es esa moto? —dijo, con la boca abierta y llena de carne de taco que se había olvidado de terminar de masticar. Por lo visto, le preocupaba más que mi culo invadiera la moto que el resto de mi persona en el aparcamiento.

Seguí tocando, mirándole fijamente a los ojos, y dije:

—Sé de quién es la moto. Puedes decirle que Todd Becker está aquí para verle.

El chaval cerró la boca, masticó despacio un rato y me miró como si estuviera decidiendo si yo era peligroso, idiota o simplemente estaba loco. Al parecer, se decantó por lo último y negó con la cabeza. Echó un vistazo al tío de seguridad de paisano en la acera,

que hacía como si no escuchara. Luego me lanzó una mirada de moterillo chulito que decía *Allá tú* y se metió de nuevo dentro.

Y por primera vez en todo el día, me pregunté de verdad si esto era un puto error monumental.

Lo último que quería era meterle a Jude en ningún marrón.

Cuando me enteré de las audiciones para el nuevo guitarrista rítmico de Dirty, mi plan había sido ir directo a Vancouver a probar suerte. Pero luego cambié de opinión. Las audiciones solo empezaban en Vancouver, pero terminaban en L.A. la semana siguiente. Y cuanto más lo pensaba, más sentido tenía esperar.

Entonces llamé a Jude y descubrí que ni siquiera estaba en Vancouver. Ya estaba en L.A. Y eso terminó de decidirme.

Le dije que iba a ir.

Se rio.

La verdad es que no creo que se lo creyera de verdad.

Pero aquí estaba.

Toda la semana había estado pasando el rato en la taquería cutre del otro lado de la calle. Cada mañana, veía cómo la cola de aspirantes crecía, serpenteando por la acera detrás de la cuerda de terciopelo y doblando la esquina. Cada tarde, veía cómo la multitud se iba reduciendo hasta que el último guitarrista salía del edificio. La mayor parte del tiempo me había sentado en la acera, tocando mi acústica, y aunque no estaba tocando en la calle a propósito, la gente me había tirado dinero.

Eso fue raro.

Hubo un tiempo en que tuve un álbum número uno. Ahora tenía billetes arrugados en la funda de la guitarra.

Al final de cada día, había comprado tres tacos y un zumo. Se los daba al viejo que vivía detrás de la taquería, junto con todo el dinero sobrante. Quizá eso era solo financiar una adicción, y quizá después de todo lo que yo había pasado con mi propia adicción debería haber tenido cuidado con eso. Pero el tío tenía setenta y seis años y vivía en un callejón; si quería whisky para desayunar, a mí me parecía que eso era cosa suya.

Pasaron varios días antes de que siquiera vislumbrara a algún miembro de la banda.

El jueves, justo cuando el sol empezaba a ponerse, Dylan Cope salió del recinto vallado de detrás del bar —su bar— a la acera con unos cuantos tíos más. El tío era absurdamente alto, y además su pelo rojizo e indomable era una llamarada bajo el sol del atardecer, así que era imposible confundirle. Sonreía. Se reía.

El batería de Dirty era sin duda el más tranquilo de todos los miembros de la banda, y no es que no se me hubiera ocurrido apelar a su carácter relajado para conseguir su perdón. El problema era que nunca iba a ser tan fácil. Dylan era un jugador de equipo casi en exceso; el tío no se cambiaba los calcetines sin que el resto de la banda le diera antes su aprobación.

Especialmente la de Elle.

A ella también la había visto, esa misma tarde. Elle Delacroix, la bajista de Dirty. También inconfundible con su larga melena rubio platino recogida hacia atrás en una coleta alta, su figura esbelta y bronceada embutida en un vestido blanco diminuto y botas altas. Había salido con un pequeño séquito: su asistente, Joanie, un tío tieso vestido de negro que probablemente era de seguridad, y un par de mujeres más. Ni siquiera pude verle la cara. Habló con los chicos, sobre todo con Dylan, y después de darle un abrazo y un beso en la mejilla, desapareció detrás del edificio.

¿Estaban saliendo ahora? Ni idea.

No era precisamente alguien que estuviera al tanto de las cosas.

Sabía que Elle había salido con Jesse Mayes, el guitarrista principal de Dirty, hacía un tiempo; eso lo sabía todo el mundo. Así que quizá todo era posible. Pero Dylan se quedó en la acera con un grupo de tíos, hablando, algunos fumando, mucho después de que el todoterreno de cristales tintados se llevara a Elle.

Hoy, el último día de audiciones, había esperado al otro lado de la calle hasta el final del día. Hasta que el último de los aspirantes fue rechazado y se marchó, guitarra en mano. Recordaba esa sensación con una nitidez brutal. Darlo todo tocando con la esperanza de que te vieran, de que te volvieran a llamar, sin tener ni idea de si eso iba a pasar o no.

Yo había estado en esa situación varias veces en mi vida. Ninguna más estresante que cuando conocí a Dirty a los diecinueve

años. Cuando su vocalista, Zane Traynor, me llevó a su casa, al garaje de su abuela, a conocer a la banda. En cuanto los conocí y los oí tocar, supe que tenía que hacer lo que fuera para que me dejaran quedarme. Ya había tocado con bandas de garaje antes. Pero estos tíos eran otra cosa. Y ya tenían un guitarrista de la hostia en Jesse.

Así que sabía que tenía que aportar algo diferente.

Los siguientes tres años de mi vida los pasé empeñado en hacer exactamente eso.

Desde aquella primera audición informal hasta el último concierto que toqué como miembro de Dirty —la noche que me echaron de la banda— supe que tenía que petarlo. Currar como un animal para ganarme la oportunidad que me habían dado. Tenía que devolverles algo que no hubieran visto nunca, que no hubieran oído… algo sin lo que no pudieran vivir.

Igual que tenía que hacer ahora.

Y para eso, había decidido que tenía que ser la última persona que vieran hoy. La última persona que *oyeran*. El último guitarrista en hacer la audición para el puesto. *Mi* antiguo puesto.

Para que, viniera lo que viniese antes, no pudieran olvidar mi actuación en la avalancha de todas las demás.

Guardar lo mejor para el final.

Eso era lo que pensaba, lo que me repetía a mí mismo, mientras estaba aquí sentado fuera, mirando hacia dentro. Esperando a que Jude saliera y me *dejara* entrar.

Pero esperar no era nada nuevo para mí.

Había esperado siete largos años a que Dirty recapacitara, a que me pidieran volver a la banda. Había escuchado álbum tras álbum, les había visto girar por el mundo, tocando mis canciones, con un guitarrista tras otro que no era yo.

Y entonces, aquel día del año pasado, vi a Zane en la playa… Me pidió que fuera a tocar con él, igual que había hecho tantos años atrás. Y aquella *jam* se convirtió en una reunión con él y Jesse, y aquello se convirtió en un concierto de reunión en Vancouver, en un garito llamado the Back Door, donde solíamos tocar. De eso hacía poco más de seis meses. Yo, arriba en el escenario con los cuatro

miembros fundadores de Dirty —Zane, Jesse, Dylan y Elle— para una canción. Nuestro mayor éxito. *Dirty Like Me*.

Y me pidieron que volviera a la banda.

Y la hermana de Jesse, Jessa, les contó algunas mierdas feas sobre mí.

Y me volvieron a echar.

Durante seis meses, esperé una llamada que nunca llegó.

Y ahora aquí estaba. Dispuesto a demostrarles a todos lo equivocados que estaban conmigo, mientras tocaba para sacarme los nervios con la música. Mientras la puerta roja se abría por fin… y aparecía Jude.

Tío grande, musculoso. Intimidante, si no le conocías. O quizá incluso si le conocías. Pelo oscuro, casi negro. Camiseta negra, tatuajes brutales bajándole por los brazos, vaqueros y botas de motero.

Y cara de no estar nada impresionado cuando me vio.

Hizo un gesto al tío de paisano, que seguía merodeando por la acera, vigilándome. Solo un movimiento de barbilla. *Lárgate*, decía ese gesto. El tío desapareció, doblando la esquina del bar y perdiéndose de vista para cuando Jude salió al aparcamiento y la puerta se cerró de golpe tras él.

Había cambiado de canción, así que ahora intentaba no cagarla con *The House of the Rising Sun* mientras Jude se acercaba. Se detuvo a medio metro de su moto, de mí, y me miró de arriba abajo como asegurándose de que *no* me había vuelto loco.

—¿Me estás vacilando? —fueron las primeras palabras que salieron de su boca. No eran exactamente hostiles. Sonaban más bien a que estaba moderadamente flipado, aunque no tan flipado como el chaval del taco.

Dejé de tocar, aplastando la mano sobre las cuerdas para silenciarlas.

—Has venido en moto desde Vancouver —observé—. ¿Te has cogido unos días libres?

Cruzó los enormes brazos sobre el pecho.

—Me gusta hacerlo de vez en cuando. Salir a la carretera. Solo. Desconectar de toda la mierda. —Me repasó de nuevo con su mirada

oscura—. ¿Me traes mierda?

—Supongo que depende —dije— de cómo lo mires.

—Visto desde aquí, parece mierda.

—Ninguna mierda. Esto es una audición. —Toqué unas líneas de *Voodoo Child* de Jimi Hendrix. Farolear, quizá—. He venido a hacer la audición.

Jude seguía sin parecer impresionado en absoluto.

—Las audiciones están cerradas. Solo con invitación. Preselección. Y nunca vi tu nombre en la lista… *Todd Becker*.

—Pues hazme la preselección ahora —dije, sin dejar de tocar, en voz baja, mientras hablábamos—. ¿Qué quieres oír? ¿*Fortunate Son*…? ¿*Roadhouse Blues*…? —Toqué un poco de cada canción mientras hablaba—. ¿*Dirty Like Me*…?

Jude permaneció en silencio, brazos cruzados, ojos oscuros observándome mientras tocaba. El tío era difícil de leer, pero el Jude que yo conocía siempre había disfrutado escuchándome tocar.

Habíamos inventado un juego, al principio de nuestra amistad, en el que él me lanzaba el título de una canción y yo se la tocaba. Si no me sabía la canción, fuera la que fuera, la aprendía, rápido. Era en parte gracias a Jude y a este jueguecito nuestro por lo que me había vuelto tan bueno con la guitarra. Porque si alguna vez me costaba dominar una canción que él me había pedido, no me dejaba olvidarlo jamás, a pesar de que el tío era incapaz de rasguear una melodía ni aunque le fuera la vida en ello. Y había convertido en su pasatiempo favorito retarme con las canciones más difíciles. En algunos casos, canciones que nunca habría aprendido si no llega a ser por él provocándome.

—¿Te sigue gustando Metallica? —Empecé a tocar *Master of Puppets*. No era mi banda favorita, pero en su día había dominado *Master* —nada fácil— para entretenerle.

Arqueó una ceja oscura, así que quizá estábamos avanzando.

—Te acuerdas.

—Difícil de olvidar. Me sangraron los dedos literalmente aprendiéndola.

Soltó un gruñido, que era lo más parecido a una sonrisa que iba a conseguir ahora mismo. Lo sabía.

—¿O qué tal un poco de Rage? —Cambié a *Killing In the Name* de Rage Against the Machine, otra de las favoritas de Jude. Al menos lo era hacía años.

Negó con la cabeza, lo cual interpreté como que su admiración por mis habilidades con la guitarra no venía a cuento en ese momento. Así que hice lo que sabía hacer: seguí tocando. Mi talento era la única carta real que tenía que jugar aquí.

Quizá era la única carta que había tenido que jugar en mi vida.

Killing era otra canción difícil —pesada y complicada de dominar. Yo la había dominado. Se la había tocado tantas veces, hacía mucho, que la llevaba en la sangre. Cualquier canción que hubiera aprendido alguna vez se me quedaba en la sangre; una vez aprendida, buena o mala, nunca perdía una canción. Ni siquiera cuando iba ciego perdido con la mierda que fuera que consumía. Lo cual era probablemente la razón por la que había aguantado tanto en Dirty.

Sí, sufrí una sobredosis en el autobús de gira y casi me morí. Pero siempre podía subirme al escenario a la hora del concierto y bordar cualquier canción.

Jude se quedó allí plantado, con esa expresión impasible en la cara; una expresión perfeccionada durante muchos años trabajando de seguridad para Dirty y montando con un club de moteros fuera de la ley. Pero como aún no me había dicho que me largara, sabía lo que probablemente estaba pensando.

No era tanto que estuviera pensando en su propio culo —en cómo podía salpicarle esto si me dejaba entrar en aquel bar. Lo más probable era que estuviera pensando en lo mucho que *a mí* me iban a patear el culo.

—¿Quieres que también te baile? —le reté, dejando asomar un poco de sarcasmo en el tono.

Jude permaneció en silencio hasta que se me acabó la canción. Entonces dijo:

—Así que va a ser así, ¿no?

—Eso parece.

—Lo que parece es un idiota tocando la guitarra en un aparcamiento —dijo. Pero entonces descruzó los brazos con un

pequeño suspiro inaudible. Me estaba mirando de nuevo, de arriba abajo, como calculando cuánto tardaría la banda en reconocerme.

Sabía que las audiciones eran a ciegas. Pero no es que estuviera ocultando quién era. Aparte del nombre falso, seguía siendo yo.

Me había cortado el pelo nada más llegar a L.A.; hacía un calor de cojones, pero la verdad era que tenía hambre de un cambio. Un nuevo comienzo, quizá. Nadie me había visto con el pelo corto desde los doce, así que eso era diferente. También llevaba barba corta, aunque me la había dejado de forma intermitente los últimos años, y Dirty me había visto con barba. Llevaba gafas de aviador, pero esto no era exactamente un truco de Superman de gafas puestas/gafas quitadas. No me estaba haciendo pasar por Clark Kent con intención de sacar la capa después.

Este era yo, sin más.

Camiseta Cream desteñida, vaqueros gastados, botas de piel de serpiente, bandana en el bolsillo trasero. Pulsera de metal con la palabra BADASS grabada, que Elle me regaló cuando me uní a Dirty y que nunca había dejado de llevar.

Me verían a un kilómetro de distancia y sabrían quién era.

Seth Brothers.

Antiguo guitarrista rítmico y compositor de Dirty. Estrella caída. Paria. Y aun así, le gustase a Dirty o no, favorito de los fans. A ningún guitarrista que vino después de mí lo quisieron tanto como a mí. Nadie quería que volviera a esta banda más que los fans. Eso lo sabía por los mensajes que seguía recibiendo a diario. Era la única razón por la que mantenía una cuenta en Twitter.

Eso era gran parte de lo que me mantenía aquí, frente a unas probabilidades cada vez peores. Estaba empezando a sentir lo malas que eran esas probabilidades, dada la reticencia de Jude a dejarme siquiera pasar por la puerta.

No tenía muy claro qué hacer al respecto. No esperaba que Jude fuera mi problema.

—¿Estás seguro de que quieres esto? —me preguntó, con sus ojos oscuros fijos en los míos—. ¿Ahora?

—Una vez dijiste que me cubrirías las espaldas, cuando llegara el momento.

—Digo muchas gilipolleces —admitió—. No todas inteligentes.

—Entonces tenemos eso en común.

Gruñó otra vez.

—Te diré una cosa. Me tocas Metallica y tienes tu audición.

—Genial —dije.

No era genial. La única canción de Metallica que me sabía lo bastante bien como para impresionar a alguien —quizá— era *Master of Puppets*, y esa no parecía la mejor opción para una audición de Dirty. Dirty no era una banda de metal.

Claramente, ese no era problema de Jude. Me dio la espalda, un gesto de despedida, y se dirigió de vuelta al bar.

Solté el aire; tenía la sensación de haberlo estado conteniendo toda la puta semana.

Guardé la acústica en su funda y la cogí, junto con la otra funda, la que contenía mi guitarra eléctrica: mi Gibson favorita. Y seguí a Jude.

No era exactamente una alfombra roja, pero servía.

Lee *Tan canalla como Seth*

SOBRE LA AUTORA

Jaine Diamond es una autora de romance contemporáneo incluida en el Top 50 de los más vendidos de Amazon. Escribe novelas emocionales que enganchan, protagonizadas por héroes de los que suspirar y heroínas fuertes y con carácter. Reconocida por combinar ingenio, una química explosiva y una vulnerabilidad cruda, crea historias de amor profundamente inmersivas que perduran mucho después de la última página.

Jaine vive en la preciosa costa oeste de Canadá con su héroe romántico de la vida real, su hija y su dulce perro. Cuando no está escribiendo o leyendo, la encontrarás dando rienda suelta a su amor por la música mientras crea extensas playlists para sus libros, o disfrutando de su nuevo restaurante favorito, una taza de chai o un vino local.

Para más información sobre Jaine y sus libros, visita su página web en www.jainediamond.com.

Únete al grupo de lectoras Jaine Diamond's VIPs en Facebook para charlar con Jaine y otras lectoras (en inglés).